

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES
ARAGÓN

“ENTREVISTA DE SEMBLANZA A
IGNACIO DEL VALLE MEDINA, LÍDER
DE ATENCO”.

TRABAJO PERIODÍSTICO

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN COMUNICACIÓN Y PERIODISMO

PRESENTA:

JOSÉ VILLALOBOS TORRES

ASESORA:

**SILVIA VERÓNICA
RIVERA NAVARRETE**





Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS.....4

INTRODUCCIÓN.....8

APARTADO I
¿POR QUÉ QUERER ATENCO?.....16

APARTADO II
RAÍCES DE LA INFANCIA EN ATENCO.....26

APARTADO III.
PRIMERA DEFENSA HISTÓRICA DE LAS TIERRAS DE ATENCO.....50

APARTADO IV
LA CÁRCEL, ESA OTRA MEMORIA.....78

APARTADO V
TOMA ESTE RELOJ, TE LO DOY.....109

A MANERA DE CONCLUSIÓN.....126

BIBLIOGRAFÍA.....132

“Somos la memoria que tenemos y la responsabilidad que asumimos. Sin memoria no existimos y sin responsabilidad quizá no merezcamos existir”.

José Saramago.



AGRADECIMIENTOS

Quiero dedicar este trabajo a mi familia, sin cuyo apoyo y solidaridad no habrían sido posibles estos años de educación. No obstante la gran distancia de por medio, sé que a diario mis padres y hermanos piensan en mí y me bendicen desde Tejas. De la misma forma yo los recuerdo con anhelo desde México.

Agradezco de manera especial a mis amados padres Rosa y Ruperto, sus palabras de aliento y tenacidad están conmigo siempre; aunque ningún agradecimiento puede retribuir todo el amor y fortaleza que me han sabido transmitir. Este trabajo está escrito gracias a su inagotable esfuerzo.

Dirijo un sentimiento de gratitud a todos mis hermanos.

Elvia y Araceli gracias por tenerme paciencia. Elvia, te felicito porque educas a Valeria de la misma manera como nos educaron nuestros padres, con humildad, dignidad y respeto hacia la familia.

Julio, realmente te amo; espero que este trabajo sea un ejemplo para ti y te impulse a continuar tus estudios profesionales. Sabes que extraño aquellos momentos de fútbol en el parque contigo, pronto volveremos a jugar de nuevo.

Gracias particularmente a Martha, mi hermana gemela; también mi mejor amiga, cómplice de mi vida. Felicidades por ser madre de Chelsea y Leslie, ahora ellas compartirán tu amor que es auténtico.

Araceli, posees la misma fortaleza de mis padres. He aprendido como tú a resolver los obstáculos con vehemencia. Tu profesión es Médico, pero tu verdadera vocación es la de ser noble.

Olivia, ahora eres parte de mi vida. Elogio la determinación que tienes de compartir esta meta conmigo. Te amo mujer.



Por supuesto, un enorme agradecimiento al señor Ignacio del Valle Medina y a su esposa Antonia Trinidad Ramírez por su invaluable tiempo y colaboración esenciales. Gracias a las numerosas sesiones de entrevista, ellos hicieron posible este trabajo escrito.

También ofrezco un sincero agradecimiento a mi asesora Silvia Verónica Rivera Navarrete. Reconozco las valiosas sugerencias y orientaciones que me proporcionó a lo largo de la realización de este trabajo. Más que cualquier otro profesor, ella contribuyó a mi crecimiento profesional.

Gracias también al estado grande de Tejas que le ha dado a mi familia un sustento digno de subsistencia. Un estado que ahora es la patria de Chelsea y Leslie, las nuevas integrantes de la familia Villalobos.

Gracias a Dios por ayudarme a conocer el valor de esta familia.

En la víspera de cada día, algo de Tejas está conmigo.



ACKNOWLEDGMENTS

I dedicate this thesis work to my family, without their support and solidarity, I wouldn't have been able to finish all this years of higher education. In spite of the great distance through, I know my parents and brothers remind me and bless me everyday from Texas. Just as I remember them eagerly from Mexico.

I specially want to thank my loving parents, Rosa y Ruperto, whose words of encouragement and push for tenacity are still with me. Even though I know that no gratitude pays back all the love and strength they have given to me. This work has been written thanks to their tireless efforts.

A feeling of gratitude to all my sibilins.

Elvia and Araceli thanks for your patience. Elvia, congratulations because you're educating Valeria in the same way our parents raised us, with humility, dignity and respect for the family.

Julio, I really love you and hope this work can be an example for you and urges you to continue your professional studies. You know I miss those moments of soccer in the park with you, soon we will meet again.

Thanks particularly to Martha, my twin sister; she has always been by my side. Congratulations on becoming the mother of Chelsea and Leslie, now they share your love that is true.

Araceli, you own the same strength of our parents. Thanks to you, I have learned how to overcome obstacles just like you did in the past. You're a doctor, but your true calling is to be noble.

Olivia, thanks for becoming part of my life. I admire the determination you have to share this goal with me. I love you lady.



A lot of thanks to Mr. Ignacio del Valle Medina and his wife Antonia Trinidad Ramírez for their priceless time and collaboration, through the many interview sessions they made possible this written work.

And also I like to appreciate my advisor Silvia Verónica Rivera Navarrete. I gratefully acknowledge her invaluable suggestions and guidance that she provided throughout my work. She, more than any other teacher has contributed to my professional growth.

Thanks also to the great state of Texas, which has given us a decent livelihood; Texas is now the homeland of our new family members, Valery, Chelsea and Leslie.

I thank God for allowing me to love this amazing family.

On the eve of every day, something about Texas is with me.



INTRODUCCIÓN

La entrevista no es sólo una conversación bidireccional en la que uno de los interlocutores tiene el derecho de preguntar y el otro el de ser escuchado, y que además sea centrada en el entrevistado. La entrevista es uno de los géneros periodísticos más nobles con los que cuenta el periodismo. Jorge Halperín, periodista argentino, afirma que a través del diálogo se recogen datos, opiniones, noticias, comentarios, interpretaciones, juicios de interés social. Además de género periodístico, la entrevista es un eficaz método de investigación.¹

El encuentro conversacional privado se convierte después en un escrito de divulgación pública aunque funciona con las reglas del diálogo privado como son: proximidad, intercambio, exposición discursiva con interrupciones, un tono marcado por la espontaneidad, presencia de lo personal y atmósfera de intimidad. La entrevista periodística está esencialmente construida para el ámbito de lo público.²

De acuerdo con Manuel Pérez Miranda, el género periodístico de la entrevista se divide principalmente en tres modalidades, una de éstas es la entrevista de semblanza cada vez más utilizada en los diversos medios de comunicación a causa de la curiosidad que las audiencias tienen por personajes públicos en las distintas esferas sociales, políticas, de deportes, científicas, etcétera.³

¿Por qué realizar esencialmente una entrevista de semblanza y no una informativa o de opinión?

Si bien cualquier entrevista pertenece simultáneamente tanto al género de entrevista de opinión, de personalidad o a la informativa, no todas las variantes de entrevista permiten un alto grado de profundización en la vida del personaje en estudio, allí reside la justificación del uso de la entrevista de semblanza en este trabajo.

1 Halperín, Jorge. *La entrevista periodística*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1995, p. 24.

2 Ibidem. p. 10.

3 Pérez Miranda, Manuel, *La Entrevista de Prensa*, México, Asociación Cultural Carlos Septién García, 1986, p. 106.

Las entrevistas de opinión e informativa son herramientas periodísticas bastante utilizadas que coadyuvan para dar a conocer cifras, porcentajes, gráficas y declaraciones; es por ello que ambas modalidades limitan el alcance de mis objetivos para este trabajo y no las considero como variantes del género de la entrevista apropiadas para el desarrollo de la semblanza.

Así, elijo la semblanza como modalidad fundamental para este escrito, pues esta modalidad de entrevista me permitirá traspasar las primeras impresiones que tengo de Ignacio del Valle, además de que me ayudará a descubrir los motivos más profundos de sus acciones como luchador social. De eso se trata la semblanza, de un acercamiento más personal y humano con el entrevistado.

Como lo dice Carlos Marín en su libro *Manual de periodismo*, la entrevista de semblanza abarca exhaustivamente la mayor parte de los siguientes aspectos: descripción física del entrevistado en cuestión, anecdotario, descripción psicológica, valoración del personaje, descripción biográfica, régimen de vida y escenario.⁴

Marín sostiene que la entrevista de semblanza es la que más exhibe, ya que penetra en el mundo interior de los personajes entrevistados y trata de dar respuesta a las siguientes preguntas:

“(…) cómo son, cómo viven, qué piensan de sí mismos, cuál es su formación religiosa o filosófica, cuáles son sus hábitos, etc”.⁵

Jorge Halperín coincide también en que la semblanza aprueba que el entrevistador realice un abordaje a la intimidad del entrevistado, se adentre a su manera de pensar, a sus razones, acercarse a las debilidades del mismo, a sus obsesiones y contradicciones. La semblanza también permite que el entrevistado muestre involuntariamente lo que desea ocultar.⁶

4 Marín, Carlos. *Manual de periodismo*, México, Editorial Random House Mondadori, 2006, p. 42.

5 Ibidem, p. 43.

6 Haperín, op. cit., p. 27.

Esta entrevista a Ignacio del Valle centra principalmente su atención en los aspectos de descripción biográfica, descripción física, régimen de vida y anecdótico.

En numerosos casos, la redacción de la entrevista de semblanza utiliza la estructura tradicional de pregunta-respuesta, aunque yo prefiero hacer uso del relato como estrategia de lenguaje escrito, ya que de esa forma se ameniza la lectura en su extensión. Delego el desarrollo de la narración a Ignacio, que él relate las pláticas y se muestre cómo lo hizo en las sesiones, relajado y abierto. Por ello, la redacción es fundamentalmente en primera persona. Así, Ignacio cuenta su vida, sus actividades y anécdotas.

El empleo de la estructura de relato en la entrevista de semblanza deja al desnudo la naturaleza de las charlas con Ignacio, sin riesgo de que resulte aburrido, con lo cual se reconstruyen gestos, miradas y expresiones que conservan la voz e imagen del entrevistado. En algunos fragmentos del trabajo, se utilizan diálogos para darle descansos a la lectura del mismo. Se incluyeron las segundas y terceras personas para que el texto apareciera con la naturalidad absoluta que con otras técnicas tradicionales no se hubiera alcanzado.

Francisca Robles hace referencia del uso del relato en la entrevista,

“El entrevistador, al transmitir su vivencia con el entrevistado hacia el lector, transforma la entrevista en una entrevista-relato. En ese fin, el entrevistador es portador de su propia voz, mientras que el entrevistado es sometido a la interpretación de su voz y a la representación textual de la misma.

Así, el entrevistador está en libertad de relatar en su propia voz o delegar el relato a la voz del entrevistado, de interpretar o representar la voz del entrevistado. Además, el entrevistador puede reordenar la historia de la entrevista, es decir, puede acercar o alejar la entrevista-relato de lo que fueron las sesiones de entrevista reales.

Como relator, el periodista da o quita la voz a los protagonistas de los acontecimientos, impone su intención y su punto de vista de los relatos que produce. Por lo que la entrevista es la visión que deja entrever cierto personaje, se abre una ventana para

que el lector se aproxime al entrevistado”.⁷

Otro recurso periodístico utilizado para la redacción de este trabajo, es el uso de la crónica. Ello permitió recrear los distintos espacios que sirvieron de escenarios para la entrevista de semblanza.

Aunque la entrevista de semblanza pareciera presentar la estructura de una crónica periodística, la redacción de este trabajo más bien recurre a la descripción cronológica de los distintos contextos donde se realizaron las entrevistas con el señor Del Valle, y que sirvieron como pretexto para el desarrollo de una semblanza de Ignacio. Realizar una crónica periodística no es el fin de este trabajo.

Carlos Marín dice que el empleo de la crónica le imprime mucho color a la redacción, y que además admite la apreciación personal del periodista, su emotividad y su sensibilidad hacia determinados sucesos.⁸

¿Por qué consumir una entrevista de semblanza de Ignacio del Valle?

Cinco semanas después de los acontecimientos terroristas en Estados Unidos, el sector aeronáutico dio de qué hablar en México. Los gobiernos Federal y del Estado de México planearon conjuntamente la construcción de un nuevo Aeropuerto Internacional que despresurizara los actuales servicios aeronáuticos de la Ciudad de México. En ese proceso, en octubre de 2001 las autoridades decretaron la expropiación de miles de hectáreas de la región oriente del Valle de México y que afectarían principalmente a los pobladores del Municipio de Atenco, quienes obtienen su sustento con el trabajo de sus ejidos.

Casi inmediatamente, los vecinos de aquella región se organizaron, movilizaron e integraron el Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra (FPDT). Ignacio del Valle fue fundador y miembro medular de esa organización.

7 Robles, Francisca, *La entrevista periodística como relato; una secuencia de evocaciones*, Tesis de maestría, UNAM, México, 1998, p. 138.

8 Marín, Carlos, op. cit., p. 44.

El Frente de Pueblos no sólo logró la anulación de la expropiación de sus ejidos en agosto de 2002, sino que obligó al Gobierno Federal a cancelar lo que sería el megaproyecto más importante del sexenio de Vicente Fox. En general la población de Atenco pagó la factura de aquella proeza, Ignacio lo hizo con cuatro años de cárcel cuando fue preso político en el penal del Altiplano junto con otros doce miembros del Frente de Pueblos.

En la última década, Del Valle se transformó en un gran líder de la lucha social del oriente del Valle de México. Por ello es importante la construcción de un perfil de él, primero porque es representativo del Municipio de Atenco y también porque fue clave en la resistencia que echó abajo los planes del nuevo aeropuerto.

Igualmente, es un personaje público ligado a la historia de la lucha social en México por ser parte de la noticia más relevante a principios de la primera década del siglo XXI. Además de que es significativo conocer el valor de sus ideas.

Este trabajo escrito no pretende conseguir que Ignacio del Valle haga revelaciones inéditas, más bien procura mostrar ángulos desconocidos de este personaje y lograr que el entrevistado profundice en lo que ha llamado su atención: la lucha social. Otro objetivo es la construcción de un retrato de su personalidad y exponerlo como un ejemplo de las consecuencias latentes que sobrelleva ser un luchador social en México.

Es sustancial hacer notar que este trabajo apenas contempla un acercamiento a la vida de Nachito, como lo llaman sus cercanos.

En el primer apartado, *Por qué querer a Atenco*, intento contextualizar al personaje, presentar a Ignacio del Valle en su atmósfera y ambiente a partir de una visita colectiva a los ejidos de Atenco. Coincidentemente, ese día 2 de julio, Ignacio conmemoraba el primer año de libertad después de su larga estadía en prisión.

Con el segundo apartado, *Raíces de la infancia en Atenco*, Nacho nos cuenta las memorias más importantes de su infancia, reconstruye anécdotas que han influido en su personalidad. Su enamoramiento con la niña Bertha, sus pleitos, así como las enseñanzas y vivencias con su abuelo Alberto Medina que son definitorios para entender al amor que Del Valle expresa por sus ejidos y por Atenco en general.

Su postura social, política e ideológica se encuentran latentes en el tercer apartado, *Primera defensa histórica de las tierras de Atenco*. Aquí, Del Valle revela la admiración por su tío Odilón y confiesa la innegable influencia que tuvo éste en su carácter. A través de sus acciones, la colaboración con otros movimientos y organizaciones sociales desde muy joven, Ignacio nos habla de su manera de no permanecer ajeno e impasible ante los problemas que afectan a su comunidad y a nuestro país.

Con *La cárcel, esa otra memoria*, Nachito revive la terrible y desafortunada estancia en el Altiplano. Ignacio, el preso político que contrasta su persona frente a aquellos otros prisioneros, criminales, secuestradores, narcotraficantes. Ignacio calla el desahogo que sufrió con la muerte de los dos hombres más importantes en su vida y exterioriza un sentido de culpa por las violaciones de sus compañeras de Atenco en la represión del 4 de mayo de 2006.

En el último apartado, *Toma este reloj, te lo doy*, es María Antonia Trinidad Ramírez, esposa de Ignacio, quien principalmente nos platica lo que Ignacio no puede, la formación de la familia Del Valle Trinidad y cómo las consecuencias de la lucha social han repercutido negativamente en su núcleo. Así es como presento e invito a conocer parte de la historia de vida de Ignacio del Valle.

ENTREVISTA DE SEMBLANZA



A. Ignacio del Valle

Por: José Villalobos Torres

FOTO: JOSÉ VILLALOBOS

Apartado I

¿Por qué querer a Atenco?

El cliché de la imagen rural sin progreso se fragmenta si uno se dispone a conocer la atmósfera de Atenco, que es ajena y opuesta a los intereses de la vecina Ciudad de México.

Su campo representa no sólo productos agrícolas o campiranos, también es símbolo de lucha constante por la conservación de su identidad.

El sábado 2 de julio de 2011 una caravana de treinta personas y seis vehículos se dirigen a atender la invitación de Ignacio del Valle para conocer Atenco, pero también para respirar el olor de sus ejidos; aún más para entender la colectiva resistencia social a la presión externa para construir un aeropuerto sobre este asentamiento.

Tomando de referencia la salida por la carretera México-Texcoco, la caravana se desvía en el kilómetro 19 para internarse en la ruta Lechería-Los Reyes, avanza un par de kilómetros y una señal de tránsito advierte que a la izquierda del camino está uno de los principales accesos.

La entrada es estrecha, el color café y caduco de algunas flores adorna el arco de recibimiento, sólo las letras que mantienen un brillo dorado resaltan el

nombre San Salvador Atenco.

Al momento del ingreso a la comunidad pueden leerse indicios de lo que pasó y resonó en todos los medios masivos de comunicación desde 2001; algunos muros admiten leyendas de protesta social como “la tierra no se vende” o “Conagua fuera de Atenco”, las cuales rubrican en rojo las paredes de las primeras casas.

Adentrada en lo angosto de las calles, la punta del grupo avanza.

Estelas de ingenuidad distinguen a los visitantes, quienes acuden a esta comunidad a donde el esfuerzo colectivo pudo frenar jurídicamente, en octubre de 2002, el proyecto aeroportuario y comercial que se pretendía con los decretos expropiatorios de 2001.

El punto de encuentro es el Panteón Civil local, de último momento se acordó este lugar para la reunión con Ignacio del Valle.

No obstante la nubosidad, un considerable calor llama a calmar la sed. En la esquina más próxima, al comprar una botella de agua el tendero local pregunta:



— *¿Y ahora qué pasa?*

— *Venimos con Nacho del Valle a conocer Atenco señor,* contestamos con franqueza.

En un pueblo chico todo mundo se conoce y el nombre de Ignacio del Valle es muy conocido y respetado por la mayoría.

Atenco es el lugar de origen de miles de personas y en especial de Ignacio del Valle, un ejidatario que con machete en mano defendió sus ejidos de lo que fue un arrebato presidencial, razón por la que estuvo preso cuatro años en el penal de máxima seguridad del Altiplano, en el Estado de México.

Además de su encierro, las relaciones con sus hermanas y su propio núcleo familiar se vieron afectadas de manera irreversible por la pugna de ceder las tierras.

A las tres de la tarde, el grupo de dieciséis hombres, doce mujeres y dos niños está frente al Campo Santo, es curioso que éste dé salida por una amplia vereda a otro campo por el que los lugareños estuvieron dispuestos a dar su vida.

Los mismos ejidos que con los decretos de octubre de 2001 valían oro para el Gobierno Federal, ahora son invaluable para cuantiosos atenquenses.



En palabras de algunos: este territorio no tiene precio.

Ignacio del Valle llega a la hora acordada, sereno y pedaleando su bicicleta azul, que es ordinaria como cualquier otra de ciudad, sólo que ésta tiene las llantas blancas por los cúmulos de lodo seco que zigzagueó en el camino.

En la calle Emiliano Zapata, Ignacio mira atento el camino por el que conduce con una especie de ensimismamiento.

Esta calle es amplia como pocas en Atenco, Nacho serpentea los costados de banqueta a banqueta como un niño que sale a divertirse, nos percibe y se aproxima, pero no apresura la rodada.

Y aunque la postal semirural no concuerde, este pueblo no es de ciclistas.

A Ignacio le gusta transportarse de esta forma, si bien la bicicleta no pareciera ser homóloga con el medio ejidal, es evidente que funciona.

Antes que Del Valle, pasa a nuestro lado un rebaño de vacas adultas y ovejas jóvenes, veinte al tanteo. No obstante el olor de los animales de establo, reconforta el hecho de estar lejos de la desmedida Ciudad.





La bicicleta de Ignacio lleva otra herramienta no menos útil; del costado derecho cuelga una pala de la que sólo Del Valle sabe el número de paladas que ha dado para remover cientos de kilos de tierra y preparar el terreno.

No obstante lo enérgico que es el señor Ignacio, se evidencia un deterioro físico en él.

Todo él está chapoteado de fango, el azul de los pantalones de mezclilla pasa al negro del lodo fresco en sus rodillas; en cambio, sus botas negras están moteadas de blanco por el légamo seco en el recio trabajo madrugador del campo.

Un poco del verde campestre se ha venido con Ignacio en el suave olor a campo. El grupo consciente rodea con vistazos a Ignacio, luego la presencia física de todos lo envuelve para hacer recíproco el recibimiento, la mayoría no lo conocía en persona. Su sombrero, tejido de hoja de palma, es de ala ancha que está ennegrecida por el uso y por el tiempo.

Antes de saludar de mano a cada miembro del grupo y como signo de humildad, Del Valle se retira el sombrero y se aproxima con la cabeza alta, abarcando con su mirada a todos.



Ignacio trata de reconocer a algunos de los presentes y a manera de lección académica, comenta:

— *Es un gusto recibirlos aquí en su casa, Atenco. Aquí podremos revalorar el significado de la palabra Atenco que en Náhuatl es “A orilla del agua”, y vean que ya no hay agua por ningún lado. Hace una semana empezó a llover, estas lluvias tuvieron un mes y medio de retraso, es por eso que las milpas aún no alcanzan la altura como para percibir las desde aquí.*

— *Además del agua, para nosotros también nos es muy valiosa la llegada de gente como ustedes, personas que como la lluvia, nos otorgan amistad y solidaridad. Yo les agradezco su presencia.*

En la voz de Ignacio se percibe la convicción de arraigo y comunión con sus medios natural y social.

Para el promedio general, Ignacio es bajo de estatura, poco menos de un metro sesenta, pero en términos de arraigo a sus ejidos, a la tradición, a lo esencialmente doméstico supera a este grupo en su conjunto. La estatura no ha sido un factor que limite los alcances que tienen la dignidad y la voluntad de los hombres y mujeres de esta región.



A semejanza de otros habitantes, Ignacio no exhibe un sólo rasgo de peligro. En mayo de 2006, después de una intervención policiaca en San Salvador Atenco, la administración de Enrique Peña Nieto, entonces nuevo gobernador del Estado de México, calificó a Del Valle como un sujeto de alta peligrosidad.

El sistema judicial del Estado de México se encargó de enjuiciarlo y sentenciarlo a 112 años en una prisión de máxima seguridad.

El único delito de Ignacio del Valle fue el antecedente de formar, junto con otros dos activistas, el Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra (FPDT) y oponerse a los decretos expropiatorios.

Ignacio se convierte entonces en el guía del grupo y lo lleva a conocer de lleno los ejidos que ha defendido durante los últimos diez años.

El camino es previsible, ya que sólo existe uno, continuaremos por el exterior del parque de Los Ahuehuetes, que es considerado por los habitantes como el lugar original de asentamiento del águila sobre el nopal que según la profecía ayudó a fundar la antigua ciudad de Tenochtitlán.

Ignacio va solitario, el rastro de su bicicleta recorre las mismas veredas amplias que transitan el escaso ganado y



el abundante autotransporte. Él siempre está ocupado, va de su casa a los ejidos y de los ejidos hacia donde sea para resolver las actividades agrícolas en el perímetro.

Del Valle hace consciente la historia de esta región, se registra en él una mirada que desborda raíces. Con la cabeza inclinada, un Ignacio reflexivo pedalea en automático; perceptible pero impalpable, una fuerza interna lo impulsa, probablemente la misma que lo arraiga a Atenco.

Ignacio marcha con la lentitud que permite reconocer cada bloque del camino labriego, de reojo inspecciona el cultivo, bordea las escasas laderas en Atenco, surca el agua de los charcos que se forman en este tiempo de lluvias hasta recalar en el núcleo de las tierras que estuvieron en disputa.

El pasado que comparte la gente de Atenco tiene un sentido de lucha social. Los pobladores enfrentaron un largo periodo de colonización durante siglos para después derivar en un sistema hacendario de explotación, que en el siglo XIX les arrebató sus tierras antes de la llegada de los españoles.

A la par de la Revolución Mexicana, iniciaron un proceso de recuperación de sus tierras que culminó con la primera repartición de tierras que Atenco apropió

en marzo de 1920.

El pueblo que habitan 50 mil personas se va quedando atrás; la calzada, que continuamente se bifurca para dar lugar a caminos secundarios y perpendiculares, lleva a los ejidos que se dilatan más allá de lo que la vista permite.

Hay una lentitud en el avance, la caravana encuentra el único enfrentamiento con este lugar, las llantas de los autos se han atascado en el lodo negro y hay que bajarse a empujar de los vehículos.

El patinaje de los neumáticos salpica a los voluntarios que empujan, momento en el que es posible notar una sonrisa que modifica el rostro mesurado de Ignacio.

Una muestra de generosidad proviene del señor Del Valle; sin escuchar una sola petición de ayuda, él toma con sus manos robustas la pala ancha, con ella cava cúmulos de tierra seca y los arroja al terreno blando para endurecerlo y poder liberar las llantas del lodoso terreno. Cualquier capitalino hubiera tardado más en decidirse a ayudar.

Toda vez resuelto el percance, se llega entonces hasta el límite donde el terreno hace imposible continuar con los autos, pues se alza el montículo “Huetepec” que por salud y disfrute se debe recorrer a pie.





FOTO: JOSÉ VILLALOBOS

Este montículo revela la estratégica posición de este lugar, es el núcleo ejidal que está rodeado por cercas naturales de nopaledas viejas y jóvenes.

Con la advertencia de no pisar una variedad de plantas cuyas espinas son capaces de perforar la suela de zapatos ordinarios, es hora de subir la colina.

Metro a metro la colina empieza a revelar el verdadero valor de estas tierras. Una atmósfera limpia deja observar en el norte un signo de enemistad para los pobladores: la torre radar del Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México.

Arriba, en el centro del cerrito, está una construcción piramidal de concreto que alza una banderilla color azul de un metro de alto, ese signo de medición topográfica insistente cuenta la intimidación que aún persigue a los lugareños de Atenco.

Ignacio en bicicleta parece ser más alto de lo que sus pies en tierra revelan. Él no necesita ser alto porque el montículo de Huatepec, que se eleva sobre los terrenos del desaparecido sistema de lagos de Texcoco, realza su conexión con los ejidos de San Salvador Atenco.



Un avión que surca próximo no es ninguna coincidencia; el escándalo de las turbinas suprime los murmullos de las siembras aún jóvenes.

Nuevamente, el conjunto de visitantes se reúne en torno a Ignacio, uno de los ejidatarios que tiene cien hectáreas en este municipio, el anfitrión comienza su discurso:

— *Les agradezco a todos estar aquí, resistieron el trayecto, sucios pero llegaron hasta acá.*

Las risas de todos aparecen, así acostumbra romper el hielo con sus interlocutores; y volvemos al silencio que presta nuevamente la palabra a Del Valle.

— *Ese avión pudo haber aterrizado aquí, en estas tierras donde alguna vez se sentó el poeta Nezahualcóyotl a escribir los confines que presidió.*

— *A los miembros del Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra, nos parece infame que Vicente Fox y Enrique Peña Nieto hayan querido establecer un aeropuerto en estos ejidos que son altamente productivos.*

Las botas de Del Valle pisan fuerte y con orgullo las hectáreas que le fueron entregadas.

El fresco del aire sondea con ráfagas intermitentes, a veces sostenidas.

La voz de Ignacio es paciente pero también se percibe pesarosa, sabía de las ocasiones que ha tenido que reprochar a los gobiernos la injusticia social.

Ignacio da otras reminiscencias de lo que a continuación comparte:

— *Atenco no son sólo tierras que domina el suelo salobre, sino que es también la historia de cuantiosas generaciones que en el pasado lucharon por estas tierras. En los años veintes, nuestros abuelos pidieron la restitución de los ejidos que fueron robados por los hacendados, pero el gobierno porfirista se los negó. Así que tuvieron que pelear para que les otorgaran tierras para trabajar.*

El rostro de Ignacio es de un color cobre congruente con ese pasado que menciona; inalterable su recia personalidad, frunce el entrecejo, su frente es amplia y la prominencia de los pómulos acentúa más su seriedad, extiende los brazos con ademanes consecuentes de sus palabras.

Ignacio continúa:

— *Atenco ahora se encuentra al margen de su única amenaza, la Ciudad de México y sus políticos, que le demandan este suelo para la construcción de un nuevo aeropuerto y toda actividad*



comercial que se deriva de éste. Ya lo impedimos una vez y continuaremos así.

— Pero el Gobierno no es el único culpable, todos lo somos de alguna manera. Porque a veces nos gana la indiferencia y la flojera de hacer algo por nuestra comunidad.

Como si el pensamiento de Ignacio le hubiese dado esa orden, uno de los presentes rompe el banderín azul agitado por el viento.

El sonido de la fractura de la banderilla irrumpe en el sentir común de los pobladores, máxime de Del Valle.

— Este señalamiento nos provoca, nos genera un sentimiento de coraje.

Del Valle da una solución,

— Hay que mandar un mensaje que erradique la idea de continuar ese proyecto del nuevo aeropuerto. Estoy de acuerdo que un aeropuerto significa progreso, pero no es un progreso común que beneficie a los pueblos y comunidades, sino que sólo favorece a un sector muy reducido.

En seguida, el estruendo de las turbinas de otro avión choca con las palabras de Ignacio.



FOTO: JOSÉ VILLALOBOS

— *Su ciudad es bonita, quizá Atenco es todo llano para ustedes, pero para nosotros esa llanura es nuestro universo, aquí la gente come directamente del alimento que da la tierra.*

Con su brazo extendido, Ignacio apunta los términos de la tierra de grumos café y lanza una pregunta cuyo cuestionamiento es esencial en el colectivo de Atenco.

— *¿Por qué querer a Atenco?*

La respuesta sólo puede ser comprendida de raíz por los lugareños.

— *Porque aquí nacimos. A pesar de nuestras carencias y precariedades es a donde nosotros nos forjamos desde niños, estamos llenos de tradiciones y costumbres basadas en respeto, hospitalidad y de fraternidad. Ningún proyecto gubernamental o civil puede impugnar esta contestación.*

La franqueza del discurso de Ignacio admite concienciar el problema que aquí se ancla pero que puede disiparse a otros lugares de la República susceptibles de ser explotados por las leyes y por el sistema económico.

De pronto, cúmulos de nubes grises se aglomeran en el cielo. El relámpago que significa una amenaza para el extraño visitante de la ciudad, significa júbilo para los rurales de Atenco, el consuelo

de la lluvia hace reflexionar de nuevo a Ignacio, quien apresura el discurso:

— *Para los campesinos de Atenco, el relámpago y estas gotas de agua representan una bendición del cielo para sus tierras, porque significará sembrar maíz, frijol, lechugas, tomates y cebollas que alimentan a las generaciones más jóvenes.*

— *Espero que esta lluvia nos ayude a sembrar esa otra semilla, la de la convivencia, tenemos que reencontrarnos como vecinos, no sólo los del Distrito Federal y los de Atenco, sino todos los que habitamos este país.*

Es momento de retirarse, y como en la ciudad, las primeras chispas de lluvia inquietan y ahuyentan.

Sin embargo, un recordatorio simplemente hace resistir cualquier incomodidad de la lluvia.

La mención de Del Valle calma a todos nuevamente:

— *Hoy 2 de julio, se cumple un año que fui puesto en libertad, me liberaron en 2010.*

— *Pero no me resigno, tengo que adaptarme a los tiempos de apremio que vivo y debo continuar sembrando.*



Aquella declaración fue para sí mismo.

Los ojos del señor Ignacio se expanden y reflejan una mirada de prodigio. Nuestra única muestra de solidaridad fue el silencio y respeto a ese desahogo que no deja de ser ajeno.

El eco de la lluvia reverbera. Con las siguientes gotas de agua el olor del campo cambia como cambia el color de su tierra. La llovizna riega las tierras y sus productos, a lo lejos la neblina aproxima su denso manto y comienza a rodear la periferia. Se deja venir la tormenta y entonces nos vamos a buscar refugio bajo el toldo de los autos.



Apartado II

Raíces de la infancia en Atenco

En la calle, que lleva por nombre el día que se conmemora la Independencia de México, está ubicada la casa de Ignacio del Valle, si bien su verdadero hogar es Atenco.

La entrada importante no es precisamente la puerta principal que es de malla metálica y de la que cuelga un extendido manto de enredadera, sino la insignia de dos machetes de diverso tamaño que están incrustados en el piso de concreto y observan las palabras Zapata y Atenco entrecruzadas.

El hogar es consecuente con quien lo habita. Al interior un perro blanco merodea, el Dogo es grande pero de carácter sumiso, huele el pasto en busca de algo y no se acerca, nos ignora.

El terreno se calcula en los treinta y cinco metros de largo por veinte de ancho, unos setecientos metros cuadrados; casi todo tapizado de pastizal verde que cambió a un tenue azul en esta noche de luna llena.

Existe dos construcciones habitacionales en este lugar; la de la entrada es vivienda de Ignacio, la otra que está en el extremo posterior pertenece a una de sus seis hermanas; Ignacio de momento reserva

cada nombre de ellas.

Al costado de la primera casa hay una tina que desparrama lechugas, verdolagas y flor de calabaza, todas ellas con la frescura de haber sido cortadas ese día.

— *Este último año he sembrado lechugas de diversas variantes, algunos compañeros me preguntaron con qué motivo, dijeron que era mejor sembrar frijol o sorgo; ellos pensaron que no se producirían estos vegetales en nuestros ejidos.*

El comentario de Ignacio tiene un tono de logro sobre los consejos de aquellos que no se aventuran a apostar por otras estrategias de siembra.

— *Vamos a aquella casa del fondo para platicar, acá Trini (Trinidad Ramírez, su esposa) está reunida con otras compañeras, comenta resuelto a entablar una conversación.*

— *¿Quieres un vaso de agua de betabel?, aquí la preparamos con piña si es posible o naranja si la hay. Sólo los betabeles contagian ese intenso color rojizo al agua y a la sed de la garganta.*



Ahora estamos en una casa de dos niveles. Desde antes de entrar se percibe una implacable soledad: está deshabitada.

La primera mirada al vidrio de la puerta principal que se conserva quebrado y como para no olvidar lo que pasó, registra rastros del 4 de mayo de 2006, cuando policías de formación paramilitar irrumpieron ilegalmente en los domicilios de Atenco.

— *Esto lo hicieron ellos (los policías), los mismos que llevaron tolete y vistieron uniforme gris. Pusieron las casas de cabeza, destrozaron todo. De la mía se llevaron casi todo, cuadernos, libros, documentos,* comenta Ignacio con aguante.

En el cuarto de la entrada, están al centro una mesa de madera y tres sillas flexibles, en una de las esquinas existe una vitrina sin utensilios y sin mayor sentido, es todo.

Qué objeto puede tener esta casa abandonada. Dos lámparas iluminan afuera, la luz interior es aún más etérea, parecida a la débil luz de una vela.

Lo único que mantiene su viveza son los colores de la pintura de muros y techo, el blanco en el exterior y el ligero tono naranja del interior son casi impecables, este último detalle aguarda esperanza

de que sea nuevamente ocupada por la familia que la habitó.

Ignacio intenta encender una lámpara pero no lo consigue; se pasea en el interior y sus pasos tienen la misma tenaz presencia.

El lugar de esta entrevista es una gran caja de resonancia, hay dos voces que silban casi paralelamente, la propia de Nacho y su inmediato eco, lo que elimina casi por completo los silencios durante los próximos minutos de charla. La ausencia de muebles también imprime destellos de confidencia.

Antes de comenzar, Ignacio pide no encender la grabadora para tener una plática más sincera y menos accidentada. Su voz tiene la sonoridad de un ministro religioso, pausada y de timbre bajo.

— *Pido disculpas por haberte hecho esperar y ser impuntual, es por mi seguridad, tengo que ser precavido a la hora de soltar la boca con otra persona. Por ello es que a veces examino a las personas y decido si piden entrevistas de fe o sólo lo hacen para obtener información y usarla a beneficio de algún gobierno.*

Los días en que Del Valle llega tarde a citas y compromisos son meramente una estrategia para conocer mejor a su interlocutor, es una forma de prever



certidumbre, pues aún es perseguido y acosado por las autoridades o simplemente por vecinos.

Como en los anteriores encuentros, Ignacio está dispuesto a colaborar y con el entrecejo siempre fruncido comenta, *—te pido paciencia y más acompañamiento en mis actividades para que conozcas lo que yo no percibo de mí.*

La poca luz dificulta ver detalles en Ignacio, sin embargo no los elimina; de las más de mil expresiones que puede articular el rostro humano, en Ignacio permanece una inalterable seriedad.

Su rostro completo es del color cobre que da el calor del sol, resalta la conjuntiva rojiza de sus ojos y cargada por momentos de un coraje que ilumina la entrevista, entonces el sentido del oído es por momentos superior al de la vista.

Del Valle acomoda sus codos sobre la mesa y se reclina hacia delante, junta las puntas de sus dedos ásperos y agrietados; en ese juego de pulgares los recuerdos de su infancia relajan la expresión.

Muestra nostalgia por sus abuelos, sus ojos abandonan la sequedad con los recuerdos de su padre Miguel del Valle Rosas y de Miguel del Valle Medina, su

hermano mayor, que son conflictivos y casi paralizantes.

Un poco de felicidad aparece cuando las evocaciones mencionan a su madre Dolores o alguna otra mujer importante en su vida. Por momentos sus manos atrapan la mirada reflejada en el barniz de la mesa, otra vez la misma mirada huidiza.

A lo largo de la plática Nacho tiende a fijar la mirada en busca de recuerdos, el constante movimiento de sus ojos así lo confirma pues son huellas de la memoria; el contacto visual con su interlocutor es casi nulo al principio e íntimo al final.

En este momento el entrevistador tiene el visto bueno para registrar la conversación. La palabra es de Ignacio del Valle:

No sé la fecha exacta del nacimiento de mis abuelos, pero nacieron en la segunda mitad del siglo XIX, de ellos sólo se tenía registro en las iglesias y durante la revuelta de los cristeros algunos archivos fueron quemados y se perdieron.

Mi abuelo materno fue Alberto Medina Rivas; la abuela materna fue Francisca Velázquez, de ellos sólo conocí a Alberto y aprendí mucho de ambos abuelos ya que conviví con ellos.



Por la parte paterna, mi abuelo se llamó Longinos del Valle Rosas y mi abuela Pascuala Rosas, esta última sé que nació por consecuencia de un incesto; sólo conocí a Pascuala, Longinos falleció mucho antes de que yo naciera. Todos mis abuelos maternos y paternos fueron originarios de Atenco.

A la sazón, había dos haciendas que sustentaban la principal producción agrícola y ganadera de la localidad, eran La Grande, también conocida como San Miguel Coyotepec, y su anexa La Chica o Transfiguración de Atenco, un verdadero monopolio hacendario de la región.

La Grande estaba establecida en los límites de Atenco, Nexquipayac y Acólman; La Chica estaba dentro del territorio de Atenco.

Las haciendas dedicaban las mejores tierras a la explotación y producción de maíz, cebada, trigo, frijol, calabaza; todo ello era mediante el trabajo de peones o mozos. El resto de las tierras, pobres y menos productivas, eran rentadas; allí se sembraron la pobreza y desigualdad social, entre otros.

En ellas no sólo se producía, sino que significaban la vida de todos los que habitaron sus alrededores.



FOTO: JOSÉ VILLALOBOS

Sabrá Dios los trescientos años desde que se formó el sistema hacendario de La Grande y La Chica.

La familia Campero y Cervantes poseía ambas haciendas de este municipio; la extensión de aquellas propiedades fue calculada en cuatro mil 562 hectáreas, lo que significa casi todo el actual territorio que comprende Atenco que son 95 kilómetros cuadrados.

El dueño de todo ello era el señor Manuel Campero y Cervantes, él falleció y doña Manuela de Campero, su viuda, se quedó con todo: con los ejidos, caballerías, potreros, pantános, poseyó hasta los peones y sus familias.

Hasta 1913 los hacendados conservaron sus propiedades territoriales, pero después de finalizados los repartos ejidales la superficie sobrante fue de 125 hectáreas, una afectación a favor de los campesinos de la zona.

Más antes, en ambas haciendas se explotaba mucho a los de Atenco que eran todos campesinos, salían de sus casas temprano y se iban por el Camino del Real, el mismo que usaban el marqués Campero y su esposa la marquesa.

Los campesinos trabajaban de siete de la mañana a seis de la tarde; algunos llevaban sus propios alimentos, a otros sus esposas les llevaban de comer todos

los días a las diez de la mañana.

Un encargado de la hacienda le pagaba a cada peón siete u ocho centavos por jornada y les daban una medida de un cuarto de litro de maíz y frijol. En la tienda de raya era donde finalmente los peones se endeudaban inevitablemente porque el día sábado era de paga y les hacían las cuentas a los campesinos y resultaba que la mayoría le debía a la Hacienda.

Todo el trabajo de los campesinos era aprovechado por los hacendados. Otro encargado les indicaba su lugar de trabajo, les decía:

— *¡Tú te vas para esos surcos a trabajar o tú te vas para aquellos otros surcos largos a trabajar!*

Mi abuelo Alberto Medina tenía los rasgos físicos de un patrón: blanco, alto, ojos grises, sin embargo trabajó en La Grande como mozo o peón. Tenía el encargo de asistir en la construcción de pozos de extracción de agua para abastecer el ganado y la Hacienda.

Alberto Medina fue hijo de uno de los capataces de la Hacienda y supe que su madre sabía escribir, hecho que significaba algún parentesco con los patrones.



Alguna vez mi abuelo Alberto se robó un cuarto de leche, todavía era un chamaco y el capataz de La Grande se dio cuenta y lo caló a chicotazos:

— *¡Alberto, me dijeron que tú te robaste leche del establo!*, dijo el caporal a mi abuelo.

— *Sí, pero ya la pagué con mi trabajo*, respondió el niño.

— *¡Acompáñame!*, expresó el caporal,

— *¿A dónde?* Contestó mi abuelo.

— *Te digo que vengas conmigo*. Otra vez el capataz, ya con voz que manda.

Y como mi abuelo trabajaba para la hacienda obedeció y acompañó al capataz; el caporal lo reprendió con castigo físico en la espalda, le dio cintarazos y como la cintareada fue en público el muchachito se sintió ofendido, le guardó resentimiento.

El tiempo pasó y Alberto trabajó en la comisión del antiguo lago, que consistía en sacar el lodo de las orillas del lago de Texcoco para que el agua no se estancara y principalmente para tenerla limpia.

Mi abuelo cargaba kilos y kilos de desazolve en su espalda, con los años se adaptó a ese trabajo y su tierno cuerpo de niño se hizo robusto, fornido de la

espalda, brazos y piernas. Creció más de un metro setenta. Y sucedió que varios años después, ya crecido mi abuelo, de unos dieciséis o diecisiete años, ya no era un niño; Alberto regresó a la misma hacienda en que trabajó, La Grande.

El caporal todavía era caporal, mi abuelo lo encontró a la entrada principal y lo enfrentó.

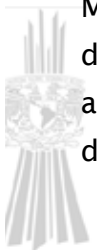
— *¿Te acuerdas de mí?, me apaleaste hace años*. Expresó mi abuelo.

Alberto ya venía preparado con su hoz que escondía con un brazo, y entonces le regresó la humillación en la garganta. Fue cuando tuvo que irse de Atenco para la Ciudad de México donde trabajó como mozo en un hotel o restaurante.

Antaño, mi abuelo fue amigo de Guadalupe Narvárez, otro peón que después se convertiría en un zapatista famoso porque su mujer fue la llamada Valentina, la verdadera Valentina, la de los corridos y todo eso.

A este amigo Narvárez también le pasó lo que a mi abuelo, sólo que en lugar de leche, Lupe se robó seis elotes que llevaba escondidos en el pantalón de manta.

Igual lo fajaron de chico, aunque su humillación fue más tormentosa, le ataron las muñecas y los pies, después



lo amarraron a un caballo que lo arrastró por todo el pueblo.

Cuando hubo de crecer y hacerse zapatista, Narváez regresó con decenas de revolucionarios, imagino lo que le pasó al mentado capataz.

Mi madre Dolores me contó que el abuelo Longinos fue crío de una de las hijas de los hacendados, aunque sus rasgos físicos eran propios de indígena, moreno, castaño y bajo de estatura, de él viene mi semblante.

El abuelo Longinos fue mal visto y lo enviaron a Tepexingo a que se criara con los animales en el establo; quedé bajo responsabilidad de los empleados de la hacienda.

Las vivencias que tuve con mis abuelos las recuerdo con nostalgia. Alberto vivió y trabajó el campo con excepción de su etapa de adulto cuando emigró un tiempo a Ciudad de México.

Cuando yo era niño me tocó vivir con mi abuelo Alberto y supe desde entonces que él era hombre de labranza.

Alberto se levantaba diario a las cinco de la mañana y tomaba café con pan, su desayuno diario, echaba su pala al hombro y se iba a los ejidos.

Gracias al abuelo Alberto recuerdo que aprendí a conocer el tiempo de sembrar, él solía indicar:

— *Ya es tiempo de sembrar porque estamos en los meses de abril-mayo, es momento de las cabañuelas que indican la llegada de lluvias.*

Era un método tradicional para predecir el clima.

Otro método era también el acto de observar la luna; por ejemplo, era sabido que en temporada de luna en fase creciente no se esperaba lluvia; por otro lado cuando llegaban los días de una luna vertical menguante es porque llovería.

Por ejemplo, entonces se decía que no era factible cortar el maíz cuando no hay luna llena porque se perdería la cosecha, sin luna llena no hay suficiente luz para ver al momento de cortar y amogotar el maíz, es decir, el maíz se hacina en manojos distribuidos, se tiran en un surco para terminar su madurez y secado.

Finalmente había que hacer la piscada, que era quitarle la mazorca a la milpa. Ahora los tiempos son distintos, ningún método parece funcionar, sólo se espera a que llueva; ese parámetro tradicional está perdido, la frecuencia de lluvia es cada año más incierta.



Mi abuelo Alberto me enseñó a reconocer las estrellas, a primera hora del día decía a mis primos y a mí, —ese es el lucero flojo, que salía después de la cinco de la mañana arriba en el oriente del cielo, era una orientación para saber la hora.

A veces tenía su imprecisión, pero casi siempre acertaba.

Rememoro una ocasión en que mis primos y yo —que éramos como diez—, acompañamos a mi abuelo al campo, era junio, un tiempo en que llovía mucho.

Durante el día ayudábamos a Alberto pero también jugábamos, nos hacíamos maldades. Amontonábamos terrones de lodo en nuestras manos y después los aventábamos, Alberto nos regañaba sin dejar de consentirnos.

Bueno, el cielo empezó a oscurecerse, las nubes cargadas de agua y a trueno y trueno, estábamos a cuatro kilómetros del pueblo. A las primeras gotas de lluvia mis primos salieron corriendo, el abuelo nos ordenó:

— *¡Esperen niños, no corran!*

Yo fui el único que hizo caso y se quedó con él. No entendí porqué mi abuelo decía que no corriéramos.

Alberto se quitó los huaraches, los ató y colocó en sus hombros. Yo imité a mi abuelo, también me quité mis huarachitos y de misma forma los llevé en hombros. Como dije antes, mi abuelo era muy alto, no sé por qué de niños todo nos parece gigantesco. Como un pollito que se cubre con la gallina, así me acerqué a Alberto.



Él sacó unos plásticos que llevaba para cada uno, pero los demás ya se habían ido, así que nos colocamos los plásticos a manera de impermeables.

Con la fuerza en que dispuso su brazo pensé que enterraría su pala, sólo clavó la punta de la pala en la tierra que se aflojaba con el agua.

Al cabo de media hora, pasó la tormenta; había llovido un río y sólo nos mojamos los pies, nada más.

Caminamos hasta alcanzar a los primos que estaban avergonzados, todos calados de agua, escurriendo como guajolotes, en ese momento mi abuelo me pareció muy sabio. Y seguimos el camino.

En otra ocasión, estábamos mi abuelo y yo sentados a fuera de la casa que era de adobe y madera, era temporada de poca lluvia. Entonces en la tarde empezó a lloviznar y Alberto me dijo:

— *Mira Ignacio, están cayendo moneditas de oro.*

— *¿Qué dijiste abuelo?*

— *Dije que están cayendo moneditas de oro del cielo.*

Tampoco entendí a qué se refería.

De pronto sacó de su bolsa una moneda de oro, la frotó con sus dedos, el amarillo es un color tentador.

— *¿Por qué dijiste que las gotas de lluvia son de oro?*, pregunté al abuelo Alberto.

Sacó de otra bolsa granos de maíz, los mojó y los expuso a la luz.

— *¿Ahora qué ves?*, me preguntó.

— *Veo que los granos de maíz brillan amarillo como el oro.*

— *Cierto, con la diferencia de que el maíz se puede comer y el oro no.*

Entendí que no siempre vamos a tener dinero.

El agua del cielo convierte al maíz en oro porque si éste es sembrado a tiempo obtendremos algo para comer, hacer tortillas o gordas de frijol, aunque sean de temporal.

Cuando caminábamos por los ejidos, mi abuelo -que siempre tenía prisa-, se paraba y recogía semillas; le gustaba hacer aquello porque recolectaba muchas de ellas en sus bolsas.

Alberto acostumbraba ilustrar:



— *La tierra se puede abandonar, como yo me fui un día a buscar otros medios y solventar la vida. Pero no resultó satisfactorio el autoexilio, así que mi único pensamiento y acción fue regresar a Atenco.*

— *Ignacio, igual que una madre, la tierra siempre te dará esperanza, ella nunca te abandonará y te dará de comer. Esto último tampoco lo entendía de niño.*

El tiempo se encargó de darme el entendimiento de que la tierra nos da todo, es valiosa pero no tiene precio. Este valor de amar los ejidos lo obtuve de mis abuelos.

No admiré a mi abuelo Alberto por su estatura, más bien por lo que él sabía.

Él hacía hincapié en que todo aquello que tuviéramos lo teníamos que compartir; en los pueblos se acostumbra que cuando hay un bautismo o boda los abuelos o los más viejos dicen unas palabras a los que serán marido y mujer o los que serán padrinos.

En varias ocasiones escuché cómo aconsejaban vivir:

— *Jóvenes que se casan, aprecien la vida, respeten la relación de pareja; padrinos del niño o niña, acepten la responsabilidad de ser padrinos.*



La primera vez que escuché la palabra voluntad, fue precisamente platicando con mi abuelo y supe que cuando se ofrece algún bien a alguien tiene que ser de corazón sin esperar retribución alguna por lo que se da.

Es importante respetar lo que se nos ofrece y no tomar más de lo que uno necesita, los abuelos y mi madre siempre me expresaban:

— *Ignacio, si no te vas a comer esa lechuga, no la cortes; así sea una fruta o mazorca, aún la propia amistad. Si tomas algo de la milpa de otra persona, toma sólo lo que necesites.*

Para qué tener más cantidad de lo necesario si lo vas a tirar después. Otras personas lo necesitan más que tú. Lo que tomas y das de corazón, siempre alcanza y hasta sobra.

Tanto mis padres como mis abuelos me enseñaron a tratar de hacer bien las cosas.

— *Si vas ser albañil, pues adelante. Pero hazlo lo mejor posible, me exhortaban.*

Todos estos consejos y valores fueron cimientos en mi comportamiento. Yo quise mucho a mi abuela Pascuala, era alta y morena, siempre se veía como en posición de firmes, esos recuerdos me hacen vivir.



Pascuala habituaba señalarnos muy temprano en la mañana.

— *Todos levántense, no crean que durmiendo viven más; el que no se levanta, se está muriendo en vida.*

La riqueza que me dejaron mis abuelos y padres no fueron precisamente los ejidos, sino la riqueza de pensamiento; el porvenir de la gente está basado en la reflexión sobre la educación, el respeto, la voluntad y solidaridad.

Cuando estuvimos en lo más difícil y complicado de la Lucha por la Tierra, mi padre jamás me comentó:

— *Nacho ya no vayas, no te metas con el gobierno, te pueden lastimar.*

Tenemos que vivir con respeto y hacer que nos respeten. Y así lo comprobé.

Cuando yo tenía ocho años me peleé con un chamaco que era un compañero de la escuelita, lo golpeé muy feo. Yo estaba en edad escolar, a esa edad lo esencial es medir la fuerza física. ¿Qué inició la rencilla?, ya no lo recuerdo, pero le gané a puñetazos a ese chamaquito y él me dijo llorando:

— *¡Vas a ver!, tengo un hermano mayor, yo me reí con una risa agresiva y respondí:*

— *¡Yo también tengo un hermano mayor!*

Era Miguel, como mi padre.

La pelea fue a mediodía y salimos de las clases a la dos de la tarde.

Cuando llegamos a casa, mi madre -que todavía no terminaba de hacer la comida para tanta gente que éramos-, nos mandó precisamente a este lugar donde nos encontramos hoy en esta casa, donde antes habían parcelas.

— *¡Vayan a echarle un poco de tierra al maíz en lo que termino y a las tres regresan a comer!* Miguel, que tendría trece o catorce años, me llevó con él.

Por aquella vereda a mí me gustaba ver a la gente pasar, me entretenía mucho y no ponía empeño en el trabajo. Se dieron las tres de la tarde y decidimos regresar a casa para comer.

Yo le di camino a Miguel, unos treinta pasos y por allí íbamos cuando apareció ese chamaco y su hermano que venían de Acuexcomac, un pueblo cercano.

El más chico me señaló y dijo al grandote:

— *¡Hermano! Ese es. Yo me quedé de una sola pieza, parado y como asustado.*

Lo primero que pensé fue que mi hermano Miguel respondería por mí.



Entonces el mayor de mis contrarios se dejó venir y yo veía a Miguel con insistencia de que hiciera algo. El grandulón se acercó y me dio un puñetazo que casi me tira en el surco del ejido, yo grité ¡Miguel! y él sólo me contestó:

— *¡Otra vez Ignacio!* Miguel sabía que yo era peleonero. El grandulón también repartió moquetazos a mi hermano Miguel, quien tampoco se defendió.

Ese momento fue humillante para mí, yo esperaba alguna reacción de mi hermano que me defendiera, pero resultó que a él también lo surtieron.

Miguel siempre fue más tranquilo, ahora comprendo que yo era el rencillero. Entonces el grandulón regresó hacia mí, yo no lo pensé dos veces y saqué una resortera con una piedra que podría decir es el pedazo de tezontle más rojo que he visto en mi vida, lo amenacé de tirarla contra él si se acercaba.

— *¡No te acerques!* Pero no entendió la amenaza; le destrocé la nariz y frente al pobre muchacho.

Sangró a jarros. El grandulón trastabilló y cayó, yo corrí hacia él para arrojarle tierra en la cara, de manera que cegó sus ojos y la tragó. Me arrepiento de esa segunda acción porque no era necesario humillarlo de esa forma. Y los dos enemigos echaron a correr.



El acto fue criminal y yo también, sin embargo tiré de la resortera porque no estaba dispuesto a soportar una segunda humillación.

Mi hermano Miguel dijo que me acusaría y corrió hacia la casa. Aquél ultimátum me hizo pensar incluso en no regresar a mi hogar. En las próximas horas me senté a la orilla del surco y reflexioné lo que había hecho; a los nueve años de edad sentí remordimiento.

Pasé la tarde en ese surco pensando qué iba a ser de mi vida, la gente seguía pasando y la noche cayó, nunca me pareció mi casa tan lejos como aquella ocasión.

Yo veía las estrellas, el cielo y también el maíz que parecía interminable. El único refugio que sentí como propio fue ese banco de maíz, una inmensidad de milpas que se prolongaba sobre la calzada.

Decidí esconderme entre la milpa, yo me imaginaba que toda la gente ya sabía de mis crueles actos, de tal forma que la gente no me encontrara, e iba pensando:

— *¡La sangre de aquel muchacho fue mi defensa, pero la humillante tierra que le arrojé es mi escarmiento!* Entonces me consideré un maldito.

Cuando llegué al centro, observé otra vez las milpas más altas que yo, el maíz y elote supieron de mi barbarie, me dije:

— *Lo único que tengo para mí son este maíz, esta caña, este elote y no cuento con nadie más.*

Era momento de regresar a casa, caminaba con temor. Con los pasos, me parecía pensar en mi castigo, y lo merecía.

Cuando llegué finalmente todos estaban comiendo, pensé que nadie sabía de lo que había pasado aquella tarde. Cené lo más rápido que pude, mi madre ni me veía. Me dije:

— *¡Qué valiente es mi hermano, no le dijo nada a mi madre!*

Era las diez de la noche y me fui a acostar. Desde luego, mis hermanas, primos y yo dormíamos en un lugar de petate.

Cuando somos niños la ingenuidad nos hace pedir demás, y esa noche yo pedí que fuera la noche más larga del tiempo, que fuera tan larga como el regreso a mi casa ese día.

— *Esta oscuridad es mi amparo ante la verdad.* Me dormí y desperté temprano a las seis de la mañana, hora acostumbrada.



Escuché las campanadas de la escuela, tocaban a las ocho y media de la mañana para avisar a los niños que era la hora de clases. Tomé mi café y pan, arreglé mis cosas y se llegó la hora de salir.

Traté de pasar inadvertido entre todos mis primos y hermanas, de pronto sentí la sangre de mi cuerpo y un sudor frío, era mi madre Dolores que me tomó con su mano. Volví a sentir el miedo del día anterior, Dolores me tomó del brazo izquierdo, yo nunca había sentido su brazo con tanta fuerza.

Empezamos a caminar hacia el norte, la escuela estaba al sur del pueblo. Yo no me pude resistir.

También veía alta a mi madre.

No pregunté hacia dónde íbamos porque yo sabía que ella me llevaría a una cárcel, pero llegamos a una casa que tenía muros de nopales y organillos con la puerta improvisada de lámina negra. Vi a aquella familia numerosa que desayunaba en el patio de la casa.

Una niña morenita salió, tenía las pestañas y ojos más negros que yo he visto, ni siquiera vio a mi madre, me miró como nadie más, de frente y con un rencor que parecía me quisiera golpear.

Era de mi estatura, de la misma edad que yo. Lo único que dijo la niña fue:

— *¡Papá te llaman, es doña Lolita!*

El señor salió y mi madre lo saludó.

— *Buenos días Don.*

Desde ese momento no me preocupó otra cosa más que la mirada negra de aquella niñita hermosa; ella tenía un vestido blanco muy liso, el cabello negro le llegaba a la cintura y andaba descalza y sabía que yo era el que había pegado a sus hermanos.

La mañana era fría porque la niña encimaba sus pies uno sobre otro cuando se enfriaban. Pasamos a la casa, en la mesa grande estaban los interpelados y me miraban con rabia.

El señor de la casa me interrogó:

— *¿Cuántos le pegaron a mis hijos?, yo agaché la mirada, mi madre entonces con su mano también fría me levantó la cabeza y dijo:*

— *¡Con la cabeza en alto y los ojos abiertos, sea lo que sea!* El señor repitió la pregunta.

— *¿Cuántos le pegaron a mis hijos?*

— *¡Yo fui quien les pegó!*

— *Te pregunto, ¿cuántos le pegaron a mis hijos?, insistió el papá de mis*



adversarios.

— *¡Yo fui quien les pegó! ¡Yo fui quien les pegó! ¡Yo fui quien les pegó!*

El mentado grandulón estaba envuelto en zarape y vendado de la cabeza, también me acuerdo de sus huaraches, eran los mismos del día anterior.

Esa escena me pareció muy cómica, ellos tampoco fueron a la escuela. Se acercó hacia mí el enzarapado y alguien presente le cuestionó:

— *¿Quién te pegó?*

— *¡Fue él!,* me señaló y lo regañaron, el amigo empezó a llorar.

— *¡Cómo es posible que este muchachito te haya pegado!,* su papá me reclamó y dijo que si yo seguía ese comportamiento, sería igual de adulto.

Lo que viene tampoco lo puedo dejar de lado.

Yo me aparté de la escena y vi a la niña, ella también me miró.

En ese momento, ella me regaló una sonrisa, era una sonrisa como de admiración, su coraje se había convertido en complicidad, nos quedamos un momento viéndonos como hipnotizados.

De pronto mi madre me tomó otra vez de la mano, pero esta vez su mano ya no era un grillete, era muy suave y cálida, era el ala de un ángel que me despertó de aquella mirada con la niña.

Y caminamos de regreso por la misma vereda; vi otra vez a mi madre blanca con ese cabello largo ondulado y trigueño. Era preciosa mi madre, parecía una bandera. Ya no quise soltar su mano y me comentó:

— *Adelanta el camino, yo iré a platicar con tu maestra.*

Después de aquella experiencia en que mi hermano no respondió por mí, porque se supone era el hermano protector por ser mayor, a fuerza de voluntad tomé la decisión de resolver mis problemas yo mismo.

Y todos esos principios que aprendí de mi abuelo y de mi madre, son los mismos con los que me sostengo. Fuerza de voluntad, respeto, solidaridad.

Mis padres se casaron muy jóvenes, de dieciocho años. Mi padre Miguel fue más grande que mi madre Dolores. En esos años era de tradición que pedían a la novia o se la llevaban, afortunadamente a mi madre la pidieron.

La bendición fue un viernes y la boda el domingo a las doce del día, la comida



fue sencilla, arroz y mole rojo.

En mi familia éramos mi madre Dolores y mi padre Miguel; de ese matrimonio fuimos doce hijos, pero por alguna enfermedad murieron prematuramente cuatro y no recuerdo haber conocido a alguno de ellos. Finalmente resultamos seis mujeres y dos varones.

Mi lugar en la familia fue ser el más pequeño, no sólo de estatura, también de edad. Fui privilegiado porque sentí que todos me querían, mis hermanas me cuidaron mucho.

Mi hermana mayor Angelina, que todavía vive, fue responsable con todos, ella empezó a trabajar desde joven como diseñadora de alta costura; por medio de su trabajo ayudó a la familia a solventar los gastos que eran considerables.

Otra de mis hermanas, Margarita, estudió para ser secretaria mecanógrafa; Elvia y Herlinda fueron maestras de primaria; María de la Luz estudió Medicina; Leticia también siguió los pasos de maestra; mi único hermano Miguel fue dibujante y pintor; y yo Ignacio, he sido un revoltoso.

Mi tío Odilón del Valle nació con el siglo, el primero de enero de 1900.



Después nacieron mi otro tío Ricardo del Valle y al final Miguel del Valle, mi padre.

En 1937 asesinaron a Odilón del Valle, su esposa se fue a México a trabajar como costurera, tenían 12 hijas y un hijo, que son mis primos.

Mi abuelo Alberto y mis padres se hicieron cargo de nosotros y de los otros trece primos. Éramos veintiún críos que tenían que ser alimentados y vestidos, además, todos tuvimos estudios, mis hermanas por influencia de mi madre fueron casi todas maestras.

Mi madre se llamaba Dolores Medina Velázquez, se encargó de todos nosotros y también tomó la responsabilidad de mis primas que resultaron ser muy buenas para el estudio, todas ellas se convirtieron en profesionistas.

De ser una mujer tradicional, una mujer de casa con actividades del hogar, mi madre estuvo al tanto de los libros y tareas de mis hermanas y primas, se volvió autodidacta, leyó todos los libros que sus sobrinas revisaban para poder ayudarlas, algunas fueron ingenieras o maestras de matemáticas.

Más que dejarnos herencia o algún bien material, mi madre pensó que lo mejor era recibir preparación y educación como el mejor legado. No obstante su inmensa fuerza moral, mi papá Miguel siempre estaba distante.



Por su seriedad o frialdad, quizás, hubo un momento en que pensé que él no me quería, sin embargo su forma de demostrar amor fue de otra forma. Hoy puedo reflexionarlo, nunca nos faltó qué comer.

Esos regaños que me daba fueron parte de su preocupación y su amor.

La otra forma que descubrí que efectivamente nos quería, es que siempre estuvo al tanto de lo que necesitábamos: ropa, calzado, utensilios, no en grandes cantidades, más bien de forma escasa; pero teníamos lo suficiente para vivir dignamente.

Los alimentos fueron pobres, correspondían con nuestra posición.

Nuestro hogar fue pequeño, y las reglas las teníamos que cumplir; el escarmiento para los que no respetábamos las reglas, consistía en castigo físico, cintarazos o golpes con varas.

Alguna vez desobedecí a mi padre. Antes de irse al campo me encargó que limpiara el establo donde estaban los marranitos; yo no lo hice.

Regresó mi padre y se dio cuenta de mi desobediencia, en ocasiones mi madre me defendía de él, esta vez fue la excepción y yo acepté el castigo.

Empezó el escarmiento merecido; mis primos y hermanas acostumbraban colgarse del cinturón y así detener a mi padre para que ya no los azotara. Yo nunca lo intenté, como tampoco soltaba llanto ni ademán alguno y eso irritaba más a mi padre Miguel, yo simplemente me dejaba pegar.

En la realidad, mi padre lo hacía para corregir mis errores, para que yo reflexionara. A pesar de que a veces me vi en apuros con mi padre, mi niñez fue muy bonita.

Los juegos no nos enajenaban como ahora pasa, ya todo se les da digerido a los niños. En tiempos pasados no necesitábamos de juguetes caros.

Había juegos motrices e intelectuales, uno de mis favoritos fue el juego de los hoyos; cada integrante del juego cavaba un hoyo lo suficiente grande para que la circunferencia de la pelota entrara en él, y el que atinaba el mayor número de veces ganaba.

El fútbol también me apasionaba mucho, ahora ya no es así. Mi hermano Miguel trabajó en una fábrica de plásticos, y con su primer sueldo me compró mi primer par de zapatos de fútbol, ese hecho fue increíble para mí, estrenar zapatos y que él me los regalara.



Miguel falleció mientras yo estuve preso en el Penal del Altiplano.

También jugué el yoyo y el béisbol. Nunca pude construir un papalote y los que tuve no pude hacerlos volar, lo cual me frustraba mucho porque incluso mis hermanas eran capaces.

Mi infancia fue una época de ensueño, a pesar de la carencia en el aspecto económico. Mi padre nunca nos llevó a alguna fiesta ajena a la familia, era prioridad el trabajo. Además no recuerdo ningún problema de mayor gravedad que los cotidianos.

En esa época yo jugaba más con mis primos que con mis hermanas, prevalecía el pensamiento de que el hombre es mejor que la mujer, pero con el paso del tiempo comprendí que hay momentos en que la mujer es inclusive más invulnerable que el hombre.

A los diez años de edad yo me enamoré de mi maestra de cuarto año de primaria, se llamaba Dolores como mi madre, tenía una trenza hermosa.

Posteriormente en la escuela secundaria, la Ignacio Ramírez en Texcoco, tuve un noviazgo fugaz con una muchachita que todavía recuerdo, fue el gran amor de mi vida y Trini, mi esposa, lo sabe.

Bertha fue una muchachita a quien mis ojos averiguaron era la mujer más

hermosa del mundo. Uno llega a crear esas figuras de un ser amado.

Yo tenía trece o catorce años cuando me enamoré de ella. Después de la educación secundaria ella estudió Fitotecnia en Chapingo, que era la casa de estudios de gente de suerte y gente privilegiada, había cabida para muy pocos, de mil solicitudes sólo entraba el uno por ciento.

A Bertha la conocí el primer día de clases pero no tuve valor para hablarle si no hasta el último día del tercer año en la secundaria. Ella se distinguía de las demás compañeras, era alta, su cabello dorado, su sonrisa, su mirada, sus ojos color de una miel especial, yo conocí su sensibilidad al dolor, también fue justa y enérgica, creo que jamás le conocí un solo defecto.

Tenía una figura extraordinaria, su ascendencia familiar era española. El noviazgo que tuvimos duró tres días, los últimos del año escolar.

No encontré la posibilidad de declararle mi amor, tuve oportunidades pero frecuentemente se me quebraba el ánimo y me quedaba a medias. Cómo sería posible que ella tan hermosa se fijara en mí, yo que era tan feo y lo sigo siendo.



Ella era alta y yo chaparro. Yo me decía, ¡Bertha es mía, nació para mí! Fui construyendo esa idea y me volví bromista, fui el payasito de la clase, cualquier tontería que se me ocurría lo hacía para llamar su atención, yo me conformaba con una de sus sonrisas.

Hubo días en que le escribía poesía de manera anónima y guardaba el papel en su morral; se dedicó a observar la letra de mis compañeros hasta que encontró la mía, le costó trabajo enterarse que era yo el poeta.

Este verso que escribí fue uno entre otros:

*Son tus ojos café miel
la fuente de mi inspiración,
Son tus labios rojos
arranque de mi tentación.*

Fue aquel último día de clases en un día lluvioso y en la explanada de la escuela, le dije a Bertha avergonzado y temblando en un estado de agonía.

— *¡Bertha, te quiero. Quiero que seas mi novia, me gustas!*

Yo esperé la palabra fatal. Ella se quedó mirándome con esa mirada fija que tenía.

— *¿De verdad quieres que yo sea tu novia?* Yo no le respondí, estaba trabado, como suspendido.

— *¡Claro, claro tonto!* Bertha me manifestó.

Jamás pensé que esa respuesta me favoreciera, me atreví y di el paso, desde luego no podía creerlo, absorto por la inmensidad del asunto.



Ella se inclinó un poco, yo tuve que alzarme de puntitas para darle el primer beso, la tomé del cuello y la hice hacia mis labios. Fue algo extraordinario, como pasar al paraíso.

La tomé de la mano, sus manos eran blancas y afiladas, los dedos largos, iba yo aprisionado por ella y nos mojamos por la lluvia.

Bertha fue representante del grupo, algún funcionario la reconoció y por micrófono vociferó:

— *Qué hacen allí, vayan a su salón, están reportados*, pero era el último día de clases y ya no me importaba nada relacionado a las faltas académicas, cualquier regaño o castigo no tendría sentido.

Subir las escaleras y pasar por las miradas de los demás compañeros, no le importó a Bertha y a mí menos. Yo no sé cantar pero empecé a cantarle una canción que estaba de moda,

*Dicen que eres antigua con
tu pelo largo, con tu falda larga,
Dicen que eres antigua porque
vales mucho y ellos no valen nada,
Te seguiré queriendo con tu pelo
largo y con tu falda larga,
Porque con tu pelo largo y con tu
falda larga me has robado el alma.*



Ella vivía en la calle Cerrito de los pelones en Texcoco, cerca de un área arqueológica que fue casa de Netzahualcoyotl, era su recinto de descanso.

En esa calle dejé algo muypreciado con ella, mi corazón. Al término de la secundaria ingresaríamos a estudiar la Preparatoria, Bertha anhelaba estudiar en Chapingo.

Hicimos el examen de ingreso y mi triste realidad fue que no obtuve el porcentaje suficiente para ingresar, ella sí. Bertha fue la única de nuestra generación que lo logró.

No la volví a ver en los próximos meses porque nos hicimos una promesa; ella me preguntó:

— *Oye Ignacio, ¿realmente me quieres, harías por mí cualquier cosa?*

— *Pídemelo que sea y yo lo hago*, habían pasado cuatro días de noviazgo.

— *Te propongo no vernos, tenemos que estudiar y terminar los próximos estudios de universidad*. Entonces tendríamos quince años de edad y esperaríamos un año para volver a vernos.

El día del reencuentro fue el primero de mayo, día de Santa Bertha, día de su santo.



El lugar sería el jardín de la plaza de Texcoco.

Tuve una preocupación respecto a Bertha porque no coincidimos en los estudios de Preparatoria y yo empezaba a participar en algunos movimientos sociales. Había acontecido lo del 68 y del 71 cuando ingresé a la primera generación del Colegio de Ciencias y Humanidades de Naucalpan.

Milité en el comité Frente Popular Independiente del Valle de México. Allí aprendí el oficio de la serigrafía, hice carteles, trabajé con otros campesinos, me volví revolucionario, eran el movimiento de Lucio Cabañas, de Genaro, del Che Guevara, de Mao Tse-Tung. No fue una moda, fue un tiempo.

Fui buen estudiante. Transcurrió el año para el reencuentro con Bertha y el día del encuentro mi padre Miguel mató un toro, él era carnicero.

— *Me vas a ayudar a matar al toro y limpiarlo, me ordenó.*

— *Sí, te ayudo, contesté.*

Cada minuto de espera fue oro molido y se complicó con este trabajo. Se descuidó mi padre y lo dejé. La cita era a las doce. Me bañe, me vestí y salí. Mi madre siempre fue mi amiga y ya sabía de Bertha, ella me dijo, —*ve.*

En el mercado de Texcoco compré un ramo de rosas preciosas, una docena era insuficiente, pedí tres docenas porque eran baratas.

— *¡Envuélvalas en papel rojo!*, le dije al floricultor. En ese momento sonó la campana del reloj de la Iglesia.

— *¡Cálmate Ignacio!, tienes que estar sereno.* No la había visto durante un año y únicamente nos comunicábamos por medio de cartas.

¡Tan Tan Tan! Las campanadas de la iglesia y corrí por la calle principal buscando ese cabello dorado, esa estampa hermosa.

Pasaron diez minutos y después quince minutos; de vez en cuando pasaban muchachitas que se parecían a ella, pero ninguna era Bertha, ella era inconfundible.

Yo estaba ansioso por decirle algo, ya quería verla.

— *¿Ignacio, con qué mano vas a saludarla, con qué mano vas a destapar las flores, qué palabras le vas a decir?* Pensaba en mi interior con un sudor casi de miedo.

Pasó media hora más.

— *No puede equivocarse ella, eso jamás.* No hay problema, ya vendrá, no se le



puede olvidar la cita.

Pasaba incluso gente de mi pueblo.

— *¿Qué pasó Nacho, qué haces allí?* Yo estaba sentado en la plaza.

— *¡Estoy esperando a mi mamá, fue al mercado a comprar!*

Volteaba inseguro a todos lados, y en el reloj, cuarto para la una de la tarde, diez para la una de la tarde.

— *¿Cómo se verá después de este año?*

Eso me causaba curiosidad. La imaginaba con su uniforme color guinda, pero ya no estábamos en la escuela.

— *¿Usará pantalón? ¡Ya viene, no, no viene!* La una y cuarto, las dos de la tarde.

— *¿O quedamos a las tres de la tarde? Sí, la cita era a las tres.*

Yo seguía esperando y de nuevo pasó otra persona de mi pueblo.

— *¿Todavía estás aquí Nacho?*, preguntó el vecino.

— *Estoy esperando a mi madre, no era cierto.*

— *Pero si tu madre está en el pueblo.*

— *Ah, sí. Vine a dar la vuelta.*

— *¿Estás esperando a la novia verdad?, luego nos vemos.*

Y me iba a dar la vuelta para quitarme a los conocidos de la cara.

Las tres de la tarde, las cuatro, las cinco y ya es misa. Todos los días primero de cada mes es especial la misa. Seis de la tarde, siete de la tarde y en el mismo reloj las ocho de la noche.

El último camión para mi casa salía a las nueve, esa última hora todavía me daba esperanza de verla.

El cobrador le pegó al camión.

— *Viene viene.*

Caminé hacia el camión con mis ramos de rosas. No recuerdo si pagué o no pagué. De vez en cuando me picaban las espinas de las rosas, me senté hasta la parte de atrás y me asomaba por la ventana.

— *Por lo menos la quiero ver pasar, la tengo que ver pasar,* y Bertha jamás llegó.

A la salida de Texcoco vi la estatua de Netzahualcóyotl.

— *¿Qué ridículos pensamientos estoy diciendo?*, me reprimí.



— *Las cartas que me escribía decían que Bertha me quería ver. Nunca te quiso, todo fue una farsa, qué tonto eres Ignacio, ¡eres un pendejo!*

Llegando al pueblo de Atenco mis ojos se resistían a llorar, no aceptaba esa humillación, yo tenía mucha rabia.

Recordé a otras niñas de mi generación.

— *¡Por qué no le hiciste caso a Carmela, ella estaba guapa y te coqueteaba; o América que me besaba a la fuerza. ¡Enriqueta, Enriqueta Madrid también me quiso! Rubí tenía ojos verdes y labios hermosos; qué piernas tan bonitas las de Pilar!* Fue inútil la reprimenda.

— *¡Órale chamaco, vas a bajar o no, tú eres de Atenco!* Era la voz del chofer que me llamó.

No le respondí, lo miré sin mirarlo y caminé hacia la salida.

— *¿Vienes borracho o qué?*, preguntó por último el chofer.

Nada me ofendía, no sentía ni dolor.

Casi caí al bajar del camión, tomé el ramo de flores y en la oscuridad lo lancé. Sin prudencia atravesé la carretera y pasó un camión, sólo sentí el aire movido con la rapidez que llevaba; el camión se llevó parte de las flores que lancé al

viento. En la carretera se quedaron las flores. Empezó a llover y finalmente mis ojos lloraron. Cuando llegué a la casa y mi madre me abrazó.

— *¿A dónde carajos estabas?*, preguntó mi padre.

— *Te dije que fue a Texcoco*, replicó Dolores por mí.

Ya no eran lágrimas, eran mis dientes tiritando en el regazo de mi madre Dolores.

— *No pasa nada Ignacio, ella te quiere. Un día vino a la casa y preguntó por ti, te dejó esta carta.*

— *¿Pero por qué no me diste la carta mamá?*

— *Sí te la di pero no me hiciste caso Ignacio.*

— *Además, ¿sabes dónde vive no?*, me indagó.

— *Sí, sé donde vive*, contesté.

— *¿Y por qué no fuiste a buscarla?*

— *Ve a buscarla mañana Ignacio, si no luego vas a llorar, pero Ignacio ya no quiso saber más, fue un orgulloso. No la volví a ver jamás, fui afortunado de*



haberla tenido tres días conmigo.

Ignacio está visiblemente agotado.

— *Bueno, qué te parece si terminamos por hoy la entrevista.*

Es momento de terminar y el frío se acentúa conforme dejamos la soledad de la casa.

Afuera Ignacio se da cuenta de algo.

— *Tengo que cortar este pasto, está todo crecido.*

Seguramente lo hará, pero no en un plazo corto debido a las apuraciones diarias, Del Valle tiene una agenda saturada, único rasgo político en él.

— *Yo soy alcohólico, hace muchos años tuve un accidente automovilístico, por esa razón ya no tengo coche. El percance me originó un miedo terrible a manejar. La próxima semana iré a Malinaltepec, la montaña de Guerrero, es el décimo sexto aniversario de la Policía Comunitaria. ¿Qué harás la próxima semana? ¿Sabes manejar?*



FOTO: JOSÉ VILLALOBOS



Apartado III

Primera defensa histórica de las tierras de Atenco

La cita de hoy es a las once de la noche en la casa de Ignacio, la otra cita importante para Del Valle y su comitiva de Atenco será mañana 15 de octubre de 2011 en Malinaltepec, región serrana de Guerrero, el mismo pueblo que en 1887 se negó a pagar contribuciones al gobierno de Porfirio Díaz, así como acatar cualquier disposición de éste.

La casa de Ignacio está recién renovada y ahora a la vista no conserva vestigios de desorden, más bien de un orden reciente.

Los sillones de la sala y el comedor tienen rasgos de ser nuevos; en general muebles, piso y acabados en el interior lo son, con excepción de la estufa que es un modelo antiguo pero bien conservado.

Atrae la atención una computadora de escritorio perfectamente limpia y abandonada, ninguno de los hijos de Ignacio y Trinidad (Ulises, César y América) viven con ellos de forma permanente.

Aquí dentro existen elementos simbólicos de lucha social o simplemente de conciencia social.

Está por ejemplo, una funda de machete hecha de piel de res y que cuelga del pilar central de la casa. En la sección superior de la vitrina está un plato hecho de barro que dice “Sólo existe gobierno si hay pueblo. Lucha por la defensa de la tierra, 2001”.

Junto a varios títulos literarios, un extenso archivo hemerográfico de diversas fuentes ocupa mayormente el espacio del librero. Una gran pieza de tronco de ahuehuete se ramifica en “Y griega”, más que adornar este hogar, esta pieza de la naturaleza imprime convivencia y comunión con el entorno propio de Atenco.

Dos personajes históricos e importantes para Del Valle están retratados en el único cuadro de esta casa. — ¿Sabes quién es el hombre del cuadro, el que está a la derecha de Zapata?, pregunta Ignacio.





Es un dibujo a mano alzada, en esa mitad del cuadro está un joven del mismo rostro regional de la montaña de Guerrero, una cara que refleja el hambre y la pobreza del estado sureño.

Hombre elevado a mito que persiguió una aspiración por justicia social. En 1974 el aparato militar del Estado lo cazó y murió a los treinta y cuatro años de edad, es Lucio Cabañas.

Sentado en el sillón, no es común encontrar a Del Valle inactivo. De manera frecuente acude a acompañar a quienes le solicitan de su solidaridad, apoya y asesora en cuestiones de despojo territorial y activismo social. Como él

mismo lo explica,

— *Los recursos para movilizarnos los conseguimos de una u otra forma. Por ejemplo, a finales de marzo de 2011 fuimos a Chiapas, el 23 para ser exactos; los ejidatarios de la comunidad de Tila realizaron una marcha para exigir la devolución de 130 hectáreas ilegalmente despojadas por el Ayuntamiento Municipal y el Gobierno de Chiapas.*

— *Aquella ocasión tuve que conseguir una camioneta para irnos a Chiapas en ella. Era de un amigo que al final no resultó ser amistoso. Mis acompañantes condujeron dieciséis horas sin parar hasta llegar allá.*



— *Estuvimos dos o tres días; de regreso, la transmisión de la camioneta se descompuso. Allá mismo vi una camioneta del mismo modelo que la averiada y le pregunté al dueño:*

— *Buen día. Disculpe, ¿es esa una Ford 1997?*

— *Sí, efectivamente, es mía pero como no sirve el motor, ya no la uso. ¿Es usted Ignacio del Valle, el de Atenco, verdad?*

— *Ehh, no, no soy él. Entonces le inquirí en cuánto me vendía la transmisión de esa camioneta, la necesitaba para arreglar la que me habían prestado.*

— *Digamos que le costará unos cinco mil pesos. Pues mire, insisto en que usted se parece mucho a Ignacio del Valle.*

— *Bueno, sí soy Ignacio del Valle, venimos a apoyar un foro y se descompuso la camioneta. Le afirmé.*

— *Mire, déjelo así, llévese la transmisión, además a mí ya no me sirve.*

— *Vi la forma de que arreglaran la camioneta para poder regresarnos. Al amigo que me prestó la camioneta no le pareció la descompostura pero se la entregué como estaba.*

Tan sólo en este año 2011, Ignacio ha estado en Tila, Chiapas; Cherán,

Michoacán; San Juan Copala, Oaxaca; Lerma, Estado de México, y ahora estará en Milinaltepec, Guerrero.

— *¿Nos vamos?, resuelve Ignacio, hay que pasar a recoger a Boni y Lucino, Pedro ya llegó desde hace media hora. Ellos nos acompañarán en este viaje a la región alta de Guerrero.*

— *Algunos otros me quedaron mal, Tere dijo que iría con su hija pero al final cancelaron; Jorge Salinas dijo que prestaría su Van para que nos fuéramos en ella y resulta que sólo tenía dos asientos disponibles, él se irá por su cuenta; los compañeros de Lerma también cancelaron esta mañana, dijeron que era seguro que nos acompañarían.*

— *Incluso hay compañeros que estuvieron desde el principio de nuestro movimiento del Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra y ya se han apartado. Pero Ignacio no se resigna.*

Es difícil que los propios habitantes de Atenco sigan el ritmo que Ignacio del Valle ha adoptado.

Salimos a la carretera Lechería-Los Reyes para incorporarnos un par de kilómetros adelante a otro pueblito llamado San Miguel Tocuila y recoger primero a Boni (Bonifacio Ruiz).



— *Vamos a aquellas casitas que están hasta el fondo de la calle Benito Juárez, donde terminan las milpitas, allí nos estacionaremos, hay que acomodar el frente de la camioneta en el sentido de regreso, les recomiendo que siempre preveas un posible escape imprevisto; nunca está demás.*

— *Bonifaciooooo!!!* Grita Ignacio. Honk, honk, honk, el silbido del carro despierta a Bonifacio quien no esperaba la visita a las doce de la noche. Bonifacio vive sólo, tiene casi sesenta años y subsiste de hacer trabajos de mecánica automotriz.

— *¿Quién es?*, pregunta Boni desde su puerta.

— *¡Soy Ignacio!, vámonos.*

— *¿A dónde?*

— *¡A Guerrero!, ya te había dicho desde hace una semana.*

— *¡Pues sí, pero como no me confirmaste nada supuse que no iríamos!*

— *Prepara tus cosas rápido.*

Y Boni únicamente trae consigo su machete homólogo a cualquier otro, es todo.

— *¡No la chingues Nacho, ni siquiera dejé encargada mi casita y la camioneta!*

— *Esa Ford ya es vieja, de 1945, nadie te la va a robar.*

Sobre la misma avenida Juárez vive Lino (Marcelino Paredes), otro miembro del FPDT. Lino también vive sólo en un cuartito construido de tabique y con ventanas improvisadas de madera, el techo también es pobre; Lino tiene sesenta y seis años aproximadamente, él mismo no sabe la fecha exacta de su nacimiento.

Es evidente que todos ellos respetan a Ignacio del Valle, claro con las limitantes que conlleva, porque al bajarse Ignacio en busca de Lino, Boni aprovecha y comenta:

— *Pinche Ignacio, yo lo respeto mucho al cabrón porque se ha fajado con el gobierno, pero a veces se pasa de listo. Una vez me ordenó que lo acompañara a apoyar al Sindicato de Electricistas, esos del SME, pero como no me gustó la forma en que me lo pidió, lo mandé a la chingada, ¿o no Pedro tú estabas allí?*

Y Pedro se hace presente en la plática.

— *Sí, yo también admiro mucho a Ignacio pero me aguanto cuando no me parece su modo de pedir las cosas, es un mandón.*

Del Valle y Lino suben a la camioneta.



— *¿Oye Lino, de verdad no tienes un hijo que ande por allí?* Le cuestiona Ignacio.

Lino casi no habla, es otro hombre solitario y con la barba crecida.

Es interesante que ninguno de los que acompañan a Ignacio tengan ejidos en Atenco como propiedad, no poseen ni una sola hectárea de terreno, parte de su vida la han dedicado a trabajar las tierras que les prestan. Aún así, estuvieron al lado de los miembros del Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra.

Por último, pasaremos a la colonia Obrera a casa de Alejandra, una conocida de Ignacio.

— *Ella va a cooperarnos con trescientos pesos para la gasolina. Siempre ha sido solidaria con el movimiento, Alejandra vivió en Atenco pero después vino a vivir a México. Ahora tiene una farmacia y vende fruta por las mañanas.*

Son las dos de la mañana, una ligera pero persistente lluvia reviste la ciudad, el frío también acompaña a la comitiva de Atenco.

La autopista está sin tráfico, falta hora y media para llegar a Cuernavaca y disponer después de la carretera que va hacia Chilpancingo. Pasados los primeros tres kilómetros alguien comenta:

— *¡Nacho, pláticanos algo, si no el chofer se va a dormir!* Ignacio, que empezaba a dormitar, inicia la plática con el verso de un conocido corrido:

Estos eran dos amigos que venían
de Mapimí

Que por no venirse de oquis
robaron Guanacebí...

Ellos traían dos caballos, un oscuro
y un jovero

En el oscuro traen ropa...

Sin saber que era pólvora, de chamaco yo jugué con las balas de carabina 30-30 que estaban escondidas en los cajones grandes y pesados del armario de mi casa.

Hace muchos años estuve apoyando contra el desalojo de personas de un territorio que supuestamente habían invadido. Era un operativo de la policía para desalojar a esta gente.

Empezaron los granaderos a empujarnos con sus toletes y escudos para provocarnos; el jefe de los granaderos del Estado de México me reconoció y me retó con palabras, me dijo:

— *¡Por ahí dicen que eres muy gallito y cabrón!*

— *¡Sí, lo soy. Pero no con mi propia gente, no con mi pueblo!* Le expresé.



— *¡Pero no te pongas amarillo!, él replicó.*

— *¡Amarillo no me pongo, amarillo es mi color!*

Así respondí, con otro verso del corrido anterior. Y sacó una treinta y ocho súper especial, una escuadra, le pedí que si la sacaba era para jalarle, sin embargo no pasó a mayor grado la rencilla.

El que coordinaba el operativo percibió nuestro altercado y lo separó del grupo. Y allí quedó.

Bueno voy a continuar contando donde me quedé la otra vez. Mi padre Miguel tuvo entre otros oficios, la ocupación de carnicero.

Cada ocho días yo lo acompañaba a comprar toros o becerros, los íbamos a comprar a Tepexpan o a algún otro poblado cercano; a veces pasábamos la noche en ese poblado, nos quedábamos porque mi padre se echaba sus cervezas o lo que hubiera.

Otras ocasiones, ya entrada la noche, los vendedores nos acompañaban de regreso a Atenco porque mi padre ya no estaba en condiciones de regresar por el camino correcto. A mí me prestaban la chamarra de alguien y en el camino sólo se escuchaba el sonido chispeante de la cuarta con que azotaban al toro.



Por aquellos años yo era pequeño, tendría ocho años, y alguno de esos días encontré a mi padre Miguel llorando, él estaba sentado cerca de uno de los establos. No me atrevía a preguntarle por qué se sentía así, trataba de indagar lo que le pasaba a pesar de que yo siempre lo veía tan fuerte y andando a caballo.

Pasaron un par de años y mi padre continuaba apesadumbrado, y aunque no descuidaba sus obligaciones, era una tristeza grande porque bebía mucho mezcal.

Tuve el valor de acercarme y preguntarle qué pasaba, pero él nunca quiso responder y me mandó a volar. Hasta que otro día mi madre Dolores tomó de la mano y me explicó lo que pasó.

— *Yo te voy a decir por qué llora tu padre. Tu padre tuvo un hermano mayor que se llamó Odilón y la gente lo quiso mucho ya que ayudó al pueblo, tu padre lo quiso aún más y lo sigue admirando; él está muy decepcionado y triste porque no pudo vengar la muerte de tu tío Odilón.*

Mi tío Odilón del Valle fue Presidente Municipal de Atenco, ordenó construir entre 1931 y 1934 el primer Palacio Municipal y como comisariado ejidal le tocó repartir los ejidos de la cabecera cuando lo del Reparto Agrario en los



años veintes del siglo pasado.

Más adelante contaré la participación de mi tío y su influencia determinante en mí.

Lo del reparto agrario empezó a principios de los años veinte del siglo XX, pero las tierras de Atenco y sus alrededores las poseíamos desde tiempos del emperador Netzahualcóyotl, nosotros nacimos de la tierra, Netzahualcóyotl nos la heredó y desde entonces vivimos para defenderla.

Nuestros abuelos vivieron siglos de pobreza y opresión, de lucha y resistencia, con nosotros caminó esa misma historia. Resulta que el caso de Atenco se inscribió en la época del Reparto Agrario más no la época de la Reforma Agraria, esta última llegó después con el Cardenismo.

En un principio, en el año de 1917 el Reparto Agrario fue insignificante y más tarde los campesinos del municipio tuvieron que solicitar la ampliación de las tierras.

En Atenco, todavía es posible visitar las ruinas de un puente antiguo que fue testimonio de la prosperidad hacendaria de La Grande y La Chica, ambas desaparecidas a la par de los eventos revolucionarios y con estos la repartición de esas tierras a los actuales propietarios que somos nosotros.

La mayoría de los pueblos formativos de Atenco, entre ellos Ixtapan, Tepexpan y Acolman, aprovecharon el movimiento revolucionario en que se encontraba el país y solicitaron la restitución de sus tierras que habían sido usurpadas desde el siglo XVII por gente rica.



Sin embargo, todas esas solicitudes resultaron improcedentes porque los títulos que presentaron para acreditar la propiedad de los ejidos fueron declarados falsos.

Antes de que les dotaran de terrenos, los campesinos del municipio de Atenco se dedicaban a múltiples ocupaciones. Algunos de ellos se dirigían a la Ciudad de México para trabajar en las industrias o el comercio.

Otros fueron carpinteros o sastres, pero la gran mayoría fueron mozos o peones de las haciendas vecinas La grande y La Chica, e incluso de una hacienda más pequeña que se llamó la hacienda de Ixtapan, que era anexa a las otras dos.

Los peones, además de su trabajo en las haciendas, aprovechaban la riqueza en recursos que la naturaleza les brindaba; por ejemplo, hacían uso del tequesquite como una forma de jabón, también capturaban acociles, patos y otras especies que vivían antiguamente en el lago.

Otros pocos campesinos eran medieros de las haciendas, esto es, ellos realizaban contratos de trabajo entre peones y la administración de las haciendas, desde luego que las condiciones de trabajo las determinaban los dueños de las haciendas.

Un ejemplo de ello fue el trato hecho entre la hacienda La Grande y los señores León Galarza, Fidencio Díaz, Loreto Hernández, Filomeno Medina, Román Méndez, Cipriano Elizaga, Jerónimo Herrera y Sixto Ávila, firmado el primero de febrero de 1916.

En aquel contrato los medieros acordaron sembrar el terreno llamado “San Enrique” de la hacienda La Chica.

Las condiciones fueron desfavorables para los campesinos, quienes tuvieron que poner las semillas para la siembra. De la cosecha obtenida, los medieros y la hacienda recibieron cada uno la mitad de la cosecha, pero los primeros sólo obtuvieron su porción hasta que los segundos sacaron su parte y además de que los medieros trabajaron para darle su parte a la hacienda.

Entonces, antes de los repartos de tierras en Atenco, sólo 367 campesinos poseían menos de media hectárea de muy mala calidad para uso propio, el resto, 738 no contaba con algún pedazo de tierra de cultivo. Eso sí, todos tenían una casita.

La mayoría de los pobladores de Atenco no contaban con ganado, sólo algunos llegaron a poseer cuando mucho unas cuantas vacas y cerdos.



En 1918, mis abuelos Longinos del Valle y Alberto Medina poseían media hectárea para cultivo de maíz cada uno, después de años de lucha por esas tierras y con esfuerzo ahora yo poseo casi cien hectáreas que también he defendido con toda razón.

También es cierto que en 1917 nuestros parientes solicitaron al gobierno la restitución de las tierras de Atenco, el documento estaba redactado de la siguiente forma:

“Nosotros los vecinos de San Salvador Atenco, solicitamos nos sean devueltas las catorce caballerías originalmente acreditadas en 1609 por el virrey Don Luís de Velasco Márquez que la hacienda La Grande y sus anexas La Chica e Ixtapan nos han usurpado”.

Una medida de caballería correspondía a 43 hectáreas de superficie.

Aquella usurpación nos tuvo en la miseria por mucho tiempo. La solicitud se expidió formalmente y fue dirigida a Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista.

Junto con ella se anexó una Real Cédula que comprobaba la posesión de las tierras de Atenco por sus vecinos, no obstante este comprobante, el

documento fue declarado falso por Ramiro Manzanares, paleógrafo de la instancia competente, la Comisión Local Agraria.

Las razones que tuvo la Comisión Local Agraria fueron varias, entre otras estaban que el papel era en efecto de la época colonial pero más delgado del utilizado.

Además de que carecía del sello de agua que utilizaba Felipe III, Monarca de España y de las Indias; que la tipografía en el documento era moderna y no concordaba con la utilizada en el siglo XVII; y que la redacción no era la utilizada por Felipe III aunque el lenguaje se aproximaba mucho al usado en aquella época.

Asimismo, se dijo que las firmas del documento presentado fueron falsificadas y que el Monarca español se encontraba en Madrid al momento de expedirse la Cédula y era imposible que él hubiera firmado dicho título.

Derivada de la petición de restitución de tierras, la Comisión Local Agraria hizo buscar en el Archivo General de la Nación títulos de propiedad de nuestro pueblo San Salvador Atenco.

Únicamente se encontró un juicio seguido por los vecinos del pueblo de Atenco en contra de Don Domingo de



Haro y San Román de Ystlisuchil, en este documento aparece un reconocimiento sobre los derechos de nuestros ancestros sobre estas tierras.

No obstante ese último documento, la Ley Agraria declaraba nulos toda concesión, título o documentos emitido antes de 1915 y que registrara la venta o compra de tierras, aguas y montes hechas por autoridades federales con las cuales se habían invadido y ocupado ilegalmente los ejidos o terrenos de cualquier otra clase pertenecientes a los pueblos originarios, rancherías, congregaciones o comunidades.

Con esa ley era evidente que las políticas porfirianas beneficiaban a las clases ricas del país.

Fue casi imposible cumplir con los requisitos que exigía la Comisión, requería la fecha exacta y las pruebas fidedignas de que los hacendados de La Grande y La Chica usurparon nuestras tierras.

De manera infructuosa se envió a la Comisión Local Agraria otra prueba con que se alegaron los derechos de los campesinos de Atenco sobre las tierras.

Se trató de una copia certificada de un pleito entre los habitantes del Barrio de Atenco y los señores Don Francisco Pimentel, Don Pedro de Alvarado y

los herederos de Don Lorenzo Luna, principales de la Ciudad de Texcoco.

En aquel juicio de 1575 se declaró “que los principales de Texcoco y sus herederos no podrían despojar de esas tierras a los indios del Barrio de Atenco, ni a sus hijos o herederos”, según se hace constar en el documento que está a resguardo del Archivo General de la Nación.

Naturalmente, el documento avaló los derechos de los campesinos, pero como estaba fuera de la fecha que indicaba la Ley Agraria de 1915, tampoco se validó ese certificado.

Ante el procedimiento restitutorio que Atenco promovió, los hacendados no se quedaron con los brazos cruzados y enviaron una carta a la Comisión Nacional Agraria acusando que los pobladores de Atenco se habían apropiado de 100 fanegas de sembradura propiedad de las haciendas.

Una fanega correspondía a 3.75 hectáreas, por lo tanto 100 fanegas correspondían a 375 hectáreas de tierra.

El señor Benjamín C. Ríos fue el representante agrario encargado de llevar a cabo todo el proceso petitorio que reclamaba nuestras tierras.



Ríos, indicó a las autoridades que en 1880 la hacienda La Grande se había apoderado de casi todos los ejidos de la región con el único derecho que les daba sus recursos monetarios, además de que los hacendados se cuidaron muy bien de no dejar huellas del hurto.

Esas tierras nos correspondían por derecho, así que se emprendió una lucha fuera de los procedimientos legales.

Cuando el administrador de La Grande se presentó a denunciar a mis antepasados, los pobladores de Atenco tomaron la presidencia municipal y expulsaron del recinto al representante de las haciendas y al Presidente Municipal.

Aún cuando el pueblo de Atenco hubiera podido levantar actas de despojo de ejidos sufrido cientos de años atrás, lo más probable es que los juzgados porfiristas jamás hubieran fallado a favor del pueblo.

Y ante la negativa de restitución de tierras por parte de la Comisión Local Agraria, nuestros abuelos no tuvieron otro remedio más que solicitar el 15 de octubre de 1917 la dotación de 370 hectáreas de tierras de labor.¹

¹ Rosas Vargas, Rocio. *Reparto agrario en San Salvador Atenco, Edo. de México, 1910-1940*. Universidad Chapingo, Estado de México, 2002

La Comisión hizo un estudio minucioso para verificar que efectivamente el poblado carecía de tierras y las necesitaba. Benjamín C. Ríos se convirtió en Presidente Municipal y notificó que el pueblo poseía sólo cuarenta hectáreas de tierra de mala calidad.

Posteriormente, el 25 de diciembre del mismo año, Guadalupe Sánchez, Ingeniero comisionado por la Comisión Nacional Agraria, dictaminó que el pueblo de San Salvador Atenco tenía 365 jefes de familia, por lo que serían necesarias 370 hectáreas para que a cada jefe de le correspondiera una hectárea de cultivo.

El dictamen de la Comisión Local Agraria fue que se debía dotar al pueblo de Atenco con 365 Hectáreas que fueron tomadas de las haciendas La Grande y La Chica.

No obstante la resolución final de la Comisión Nacional Agraria fue que sólo se dotaría a la población con 135 hectáreas argumentando que las haciendas afectadas aún tenían que proporcionar tierras a otros once pueblos.

Con aquella resolución se evidenció el apoyo de ambas comisiones agrícolas a los propietarios de las haciendas.

De último momento hubo otra propuesta



que fue la final. La Comisión Nacional Agraria propuso se dotara a Atenco de 225 hectáreas en lugar de las 135 que ella misma había propuesto, porque con esta dotación de tierras estaba conforme la propietaria, Doña Manuela de Campero Cervantes, al parecer su esposo Don Manuel Campero había fallecido a principios de 1920.

La resolución terminante se firmó el 15 de enero de 1920 y el decreto fue publicado en el Diario Oficial de la Federación y para marzo de 1920 el pueblo tomó posesión. Pero los problemas no terminaron con la dotación de tierras.

Las tierras dotadas al pueblo no estaban desocupadas, estaban sembradas por arrendatarios de las mismas haciendas, obviamente los arrendadores no quisieron desocupar las tierras porque habían invertido en ellas, lo que querían es que los campesinos esperaran un año para poder ocupar sus tierras.

Otro problema que se presentó para la absoluta posesión de los ejidos fue la siembra de magueyes.

Un tal Rodrigo Martínez se quejó de que en 1919 había comprado al dueño de la hacienda La Grande 748 magueyes y con la dotación de tierras esos magueyes habían quedado en los ejidos de Atenco, por lo tanto los campesinos prohibieron al señor la explotación de los mismos.

Desconozco cómo terminó este problema de los famosos magueyes; sé que la Comisión Nacional Agraria le recomendó al señor Martínez que pidiera indemnización a la señora de Campero o le fueran asignados otros magueyes en otro territorio de la hacienda.

Se formó democráticamente un Comité Administrativo que recibió la dotación de terrenos al pueblo de Atenco. Todos los vecinos de Atenco se reunieron a las diez de la mañana del 20 de marzo de 1920 y concluyó a las dos de la tarde de ese mismo día.

Así quedaron las tierras: constaban de dos lotes, uno de 39 hectáreas localizado al poniente y otro más de 206 hectáreas al sureste, ambos pertenecían a La Grande y haciendas anexas.

El comité procedió a fraccionar lotes de 25 metros de ancho por 150 a 200 metros de largo, se determinó así porque las tierras dotadas eran insuficientes para todos los campesinos; a la mayoría de los jefes de familia les fue asignada .60 hectáreas para sus necesidades de cultivo, no todos alcanzaron.

Ante la improcedente dotación de suficientes tierras para todos los campesinos la Comisión Nacional Agraria recomendó solicitar una ampliación de tierras y así fue.



El 29 de agosto de 1921 se requirió a la Comisión Nacional Agraria la ampliación de más tierras. Empezó a llegar gente de otros pueblos, de San Pablito, de Acuexcomac, de Zapotlán, y otros.

Resultó que la necesidad de tierras se expandió porque había 333 campesinos que no tenían tierras y se comprobó mediante un censo, del que no estuvo de acuerdo la dueña de la hacienda afectada, doña Manuela viuda de Campero.

Las gestiones de la nueva ampliación de tierras siguieron años después hasta 1924. Aquí es donde debo mencionar a mi tío Odilón del Valle y por qué ha sido una gran influencia para mí.

Odilón encabezó esta lucha por la ampliación de las tierras ejidales y sirvió como representante de San Salvador Atenco desde 1928 hasta 1932.

Mi tío se encontró con numerosos obstáculos para que el sueño de la nueva repartición se realizara, tuvo oposición por parte de Benjamín C. Ríos, Lorenzo Ávila y Candelario Sánchez.

Benjamín, quien regía su segunda Presidencia Municipal y había defendido la primera dotación de tierras, ahora con la solicitud de ampliación amparaba a la administración de la hacienda La Grande.

El Presidente Municipal ya no estaba de acuerdo que los campesinos, que eran encabezados por mi tío Odilón, solicitaran la ampliación de tierras para sus ejidos.

Hubo líderes que guiaron esa lucha por más tierras, junto a Odilón del Valle estaban Guadalupe Flores, Teodoro Méndez, Francisco Olivares, Marciano Fuentes y Pánfilo Romero.

Benjamín Ríos controlaba a un pequeño grupo que estaba en contra del nuevo reparto, casi todos ex presidentes municipales.

Los principales hacendados solicitaron tropas federales para que vinieran desde Texcoco y reprimieran a los solicitantes de tierras, esta situación de hostilidad contra el pueblo duró hasta 1928, un año antes del decreto de ampliación de tierras.

La administración de la hacienda La Grande alegó que se afectaría su estructura ejidal y que quedaría reducida a mil 258 hectáreas de las más de cuatro mil que tenía originalmente, de las cuales sólo 300 resultaban para labor de segunda y el resto eran potreros y lagunas inservibles.

Pedían protección ejidal para ambas haciendas La Grande y la Chica.



En efecto, muchos de los peticionarios no pertenecían a San Salvador Atenco, vinieron porque en sus pueblos les habían negado el Reparto Agrario al que tenían derecho.

La resolución presidencial fue fechada el 6 de junio de 1929; se declaró procedente la ampliación de los ejidos con una extensión de mil 535 hectáreas más, 384 para vecinos de San Pablito y 1151 para los campesinos de Atenco.

Desde entonces, a los que somos del pueblo nos dicen los “chinguinosos”, porque acaparamos casi toda la repartición de tierras de esta región.

Ese año mandaron trenes para ir a recibir los títulos de propiedad de las tierras, la gente los tomó en Chiautla.

Según sé, fueron todas las familias de los pueblos beneficiados.

Los títulos los entregó un general de apellido Treviño que vino de México.

Entre ese gentío estuvo mi padre Miguel del Valle Rosas, él tenía diez años de edad, le pintaron bigote y tuvo que estirarse para recibir el título de sus primeras tierras.

En general, las nuevas tierras que nos entregaron eran terrenos pastizales salitrosos y ocupados por charcos de agua, pero ya con títulos en la mano ese no fue obstáculo para que esas tierras fueran preparadas para ser fértiles como ahora lo son.



FOTO: JOSÉ VILLALOBOS



Finalmente, a las diez de la mañana del 15 de junio de 1929 se reunieron los representantes de la Comisión Nacional Agraria, los señores Ingenieros Ramón E. Monroy y Manuel L. Palmer.

Los integrantes del Comité Particular Administrativo eran Guadalupe Flores, Presidente; Odilón del Valle, Secretario y Jesús Núñez, Tesorero. Todos los campesinos de Atenco estuvieron presentes.

Fue histórica la fecha para el pueblo de Atenco, pues se tomó posesión de la ampliación de terrenos que tanto peleó el pueblo. Primero se dio lectura a la resolución presidencial y después se procedió a identificar los terrenos que se integraron a los ejidos de San Salvador Atenco.

Guadalupe Flores recibió las tierras a nombre de los vecinos de Atenco y de la comunidad de San Pablito.

A eso de las dos de la tarde, todos los pueblos que formaban parte de San Salvador Atenco se reunieron en lo que ahora es el parque de Los Ahuehuetes, todos los interesados en tener un ejido hicieron un acuerdo formal, se les concedieron las tierras donde las pedían.

En la repartición inicial de tierras se dijo que se daría una parcela de una hectárea a un vecino de Atenco y enseguida se

daría la parcela contigua a un vecino de San Pablito y así sucesivamente, sin embargo los habitantes de San Pablito que eran ciento once, pidieron que se les entregaran tierras aparte de las de Atenco y así fue.

Mi tío Odilón y el señor Isidro Zabala acordaron junto con los campesinos que se darían ejidos aparte a los pobladores de San Pablito.

Odilón repartió tierras a todos, incluso a aquellos que no pertenecían al pueblo; por ejemplo, a aquellos de Chiconcuac que vinieron a apoyar la defensa de los ejidos.

Odilón del Valle empezó a repartir primero en Gachupín, midiendo terrenos de veinte pasos de frente por 500 pasos de largo de cada parcela, a pesar de que hubo tropas de federales que cortaban las cintas que delimitaban los terrenos para impedir que se otorgara más de lo autorizado.

En la repartición siguieron San Bartolo, San Enrique y Santa Rosa. No se repartió todo porque algunas tierras eran parte del lago de Texcoco.

Odilón preguntaba al nuevo propietario del terreno:

— *¿Cómo vas a defender tu tierra?*



— *Con mi propia vida*, respondía el del compromiso.

Cada vecino recordaba con quien colindaba su propiedad para llevar una organización. Esto fue en 1929.

El poblado de Acuexcomac pidió poco terreno porque era escasa gente, el caso de Atenco le tocó una inmensidad de tierras desde entonces colindamos con Texcoco, Ecatepec, Chimalhuacán, Netzahualcóyotl, Acolman, Nexquipayac.

A mi tío Odilón lo asesinaron en 1937, él tenía gran influencia sobre los pobladores de Atenco y fue una amenaza para los políticos de ese momento. Yo no lo conocí pero sé que sus acciones en la región de Atenco ayudaron al desarrollo de nuestra gente.

Me pregunto a veces, cómo fue posible que sabiendo del esfuerzo que nuestros abuelos hicieron en el pasado, algunas personas del pueblo de Atenco no hayan hecho nada ante el arrebato que intentó el gobierno de Vicente Fox y preferían vender y largarse, eso incluye a algunas de mis hermanas.

Por lo menos, yo quisiera hacer una pequeña parte de todo lo que hizo mi tío Odilón, así yo estaría mejor conmigo mismo.

Y pese a la ampliación de ejidos,

las cosas tampoco terminaron allí. Nuestras tierras eran esencialmente de dos tipos: “Tierras de Barro” y “Tierras Cacahuatudas”.

Las primeras comúnmente son productivas y se ubican a las orillas de lo que fue el lago de Texcoco, forman grietas y presentan agregados de consistencia firme, son pegajosas y chiclosas.

Estos suelos de Barro son muy apreciados por los campesinos por su alta productividad cuando están bajo riego, en ellos se cosechan hasta 10 toneladas de maíz por hectárea.

Las tierras de tipo “Cacahuatudas”, que representaron la mayor parte de los ejidos, tenían problemas de manejo ya que cuando están secas forman agregados con una consistencia dura, se agrietan y no guardan nada de humedad.

En el campo se reconocen por el ruido que se produce al caminar sobre los agregados secos, el cual se asemeja al crujir de cacahuates.

Bueno pues, apenas pasado el caserío de San Salvador, comenzaba el borde salino donde una que otra hierba luchaba por salir adelante, y un poco más allá todo era dominio del pasto salado, señal de que nada más que esos tallos crecerían allí.



En ese momento gran parte de los ejidos eran incultivables puesto que formaron parte de una laguna ya extinta. Áridos o lo que fuera, pero eran nuestras esos ejidos, así que los primeros ejidatarios trataron de encontrar el modo productivo a esos terrenos.

El método utilizado consistió en la remoción manual y superficial de las tierras; después se hicieron riegos con una mezcla de agua, estiércol y ceniza del fogón para que mejoraran las propiedades físicas del suelo incrementando su estabilidad.

Años después, se sembraron hortalizas como el betabel que ayudaron a extraer las sales y así metro a metro fueron recuperando la productividad del lugar.

Este proceso se repitió aproximadamente durante 14 años hasta que los suelos alcanzaron las características de tierras cultivables, y tras más de 90 años de trabajo de cultivos, tres cuartas partes de esos suelos son fértiles ahora y algunas de las parcelas tratadas llegan a producir hasta 10 toneladas de maíz por hectárea, cuando el promedio nacional es de dos.

Al darse a conocer los decretos expropiatorios el 21 de octubre de 2001, la sorpresa fue mayúscula para nuestra gente.

El gobierno de Vicente Fox quiso quitarnos esas tierras; algún funcionario, desde su escritorio valoró los terrenos como si fueran de la peor calidad. Fox llegó a afirmar ante los medios de comunicación que nos habíamos sacado la lotería porque todo aquello era territorio inhóspito.

El esfuerzo de generaciones de campesinos quedó tasado entre 7 y 25 pesos el metro cuadrado.

Me pregunté ¿qué mérito tenían esos políticos para merecer las tierras?

Para dar una idea del monto de esos terrenos, en el año 2000, algunos ejidatarios estuvieron vendiendo el metro cuadrado en 300 pesos sin tratamiento y en 600 con él.

El verdadero importe de las tierras de Atenco, en el supuesto de que los campesinos quisiéramos vender, estaría valorado entre tres y seis millones de pesos por hectárea, nada que ver con los 75 mil o 250 mil de la propuesta oficial.

Yo tengo casi cien hectáreas, lo que es el terreno de Santa Rosa, y no venderé mis tierras porque no me interesa el dinero, por ahí no va la cosa.

Fue un esfuerzo increíble el que hicieron nuestros abuelos y padres, y sobre todo los miembros de la comunidad de



aquellos años. Y de todos ellos, Odilón del Valle fue quien influyó en mí de una forma determinante.

En algún momento de mi vida he querido ser como él y hacer lo que mi tío hizo a favor de la gente.

Tal vez por esa razón desde pequeño me volví militante y después activista de lo social, involucrándome en un compromiso cada vez mayor en cada ocasión que participaba.

La conversación de Ignacio es interrumpida con una pregunta.

— *¿Son Federales los que nos hacen el alto?*

Es la caseta de cobro de la autopista Cuernavaca-Chilpancingo, los que venían durmiendo, despertaron con la orden de Ignacio, ¡escondan los machetes debajo de los asientos, no vayan a pensar que somos de los malos!

El policía con el rostro negro del pasamontañas solicita:

— *Buenas noches señor, licencia de conducir y tarjeta de circulación por favor. ¿Qué año es la camioneta?*

— 1997.

— *Es 1998 caballero, ¿a donde se*

dirigen? ¿Y qué son de usted los cuatro hombres que lo acompañan?

— *Somos amigos, vamos a Acapulco.*

— *Bien, todo está en orden, siga en el carril derecho por favor.*

A partir de este momento y hasta la montaña de Guerrero, no habrá otro punto de revisión.

Cuarto para las cuatro de la mañana y la comitiva aún está en la autopista hacia Chilpancingo, falta hora y media más.

Hay factores que obligan a bajar la velocidad: las continuas pendientes del camino, la oscuridad que anula el paisaje, la oportuna neblina que aparece y se arrastra por el asfalto. Pero la causa más importante es la plática de Ignacio, símil anecdótico como lo fue su abuelo Alberto.

— *Sube tu vidrio Boni, hace mucho ruido el viento.*

— *¡Oh como chingas Nacho!*

Las pláticas que tuve con mi madre Dolores acerca de mi tío Odilón me inspiraron mucho, su apoyo fue primordial, ella me decía, *¡si vas a hacer algo, hazlo bien y si vas a ayudar, ayuda entonces!*



Me tocó presenciar cómo los que están en el poder le quitan a los pobres lo poco que tienen.

En cada pueblo existe un “*gandaya*” que se pasa de listo y se aprovecha del trabajo del otro para enriquecerse.

Recuerdo que a la edad de doce años yo veía a la gente transitando las verederas de Atenco con burros que cargaban vigas de maderas.

Ellos traían esa madera del monte para venderla en el pueblo, ya era ilegal la tala de bosques, pero imagino los kilómetros que tenían que recorrer para obtener un poco de ingreso. Entonces las casas eran de madera y adobe, los techos de palma.

Fui a Chiconcuac a dejar una lana de borrego, en ese camino viejo antes existía una regadera de agua, una especie de manantial que bajaba de los montes.

Por allí iba pasando un Jeep con tres hombres uniformados de café y que detuvieron a dos arrieros, uno llevaba madera y el otro pulque, se dirigían a Atenco.

Yo iba en mi bicicleta cuando se le soltó la cadena, me detuve a arreglarla pero no dejé de observar lo qué pasaba con los oficiales del Jeep y los arrieros.

De pronto vi que empezaron a discutir y uno de los oficiales amagó un cuchillo y empezó a rasgar las bolsas de cuero del pulque, el pulqué se derramó en la tierra, su preparación requiere de mucho trabajo, lleva horas raspar varios magueyes para extraer poco líquido, uno de los arrieros dijo:

— *...es que patroncito...*

— *¡Es que nada!* Contestó uno de los oficiales y le dio dos cachetadas y golpes en el cuerpo.

Me dio mucho coraje y me cuestioné por qué no se defendían los arrieros. Le pregunté a mi mamá qué fue lo que yo había visto y ella me respondió como siempre,

— *¡Esos del Jeep fueron del gobierno y los arrieros no quisieron darles una mordida!*

Hay otra memoria que recuerdo cuando me inicié en el activismo social, en 1974.

Se trató del desalojo de unos compas en un lugar llamado Loma Bonita y Loma Colorada, en Naucalpan. Los habitantes de esas colonias eran gente pobre, obreros en su mayoría que habían venido de distintas partes de la República.

Los hombres y mujeres estaban conmocionados por la represión de





FOTO: JOSÉ VILLALOBOS

las autoridades, fueron golpeados y detenidos, los niños lloraban, los adultos también lloraban pero por los gases lacrimógenos que usó la policía.

Lo que me llenó de indignación fue cuando vi a una niñita de siete años con la fractura expuesta de su brazo derecho, el hueso totalmente salido, no supe qué hacer.

— *¿En qué puedo servir, qué puedo hacer, qué hacemos?* Pregunté, me colmé de horror y en ese momento me integré para contener la represión.

Empecé a gritar y decir que no fuéramos indiferentes, pedí que nos integráramos

en una marcha, la cual fue espontánea; nos tomamos de los brazos, y sin darme cuenta yo iba al frente. Comprendí que mi participación no sería sólo cuando yo tuviera tiempo.

En mis comienzos como activista me encontré con gente interesante que tenía mucha experiencia y eso me permitió involucrarme en la lucha social de manera más seria.

Cuatro años antes, en 1970, después de la infame masacre de civiles y estudiantes en Tlatelolco, yo entré a la educación secundaria.



Estudié en la Secundaria Ignacio Ramírez en Texcoco, allí fui en la tarde, eran los tiempos de las luchas de Vietnam, de Corea, la influencia de la Revolución Cubana, de Lucio Cabañas y Genaro Vázquez en la Sierra de Guerrero, de toda esa época me documenté en la Secundaria.

En ese periodo yo formé parte de la Sociedad de alumnos y la Universidad Chapingo nos mandó comisiones a otras escuelas, de esa forma también pude conocer a gente más preparada que yo en el ámbito social. Estuve en reuniones que mi padre convocó con los pobladores y ejidatarios de Atenco. Miguel les comentaba:

— *¡Vamos a tomar las armas cuando sea necesario, porque no somos unos agachones!*

Naturalmente, estaban de moda las organizaciones en esa década y a mí me tocó participar en algunas de las asambleas, aunque sólo fuera de oídas porque estaba pequeño aún, tenía catorce años.

En 1970 apoyé a campesinos de Valsequillo, Puebla, para que recuperaran los terrenos que les habían sido despojados por el gobierno del estado. Fracasó el intento por rescatar las hectáreas de los ejidatarios; la gente no lo sabe, pero lo que ahora es

African Safari antes fue propiedad de campesinos y se las arrebataron.

Después de la matanza estudiantil del 68, formé parte de la primera generación que estudió en el CCH Naucalpan, entonces una zona de fábricas. Allí conocí a Ricardo Barco López, mi profesor de Derecho y quien años después se convirtió en el dirigente principal del Sindicato de Trabajadores de la extinta Ruta 100.

Barco apoyó abiertamente al Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) lo que ocasionó que el gobierno de Ernesto Zedillo presionara para que se acabara de una vez por todas al Sindicato Único de Trabajadores de Autobuses Urbanos.

Varios de mis profesores pertenecieron al movimiento estudiantil del 68; asimismo, por esos años fui amigo del doctor Fausto Trejo, Fausto a su vez fue amigo del Che Guevara. No resta mucho decir acerca de su imprescindible lucha social en la historia contemporánea de este país.

Trejo colaboró incluso con nosotros cuando inició la expropiación de Atenco, intervino en asambleas, mítines y marchas para la derogación del Decreto Expropiatorio.



Igualmente conocí a Misael Núñez Acosta que fue profesor y perteneció a la Sección 9 del Magisterio. Lo asesinaron en 1981 en Tulpetlac, Estado de México, porque tenía una visión marxista-leninista, lo que motivó siempre la preocupación de muchos en el gobierno, él luchaba por un cambio en el país. Trabajé a su lado cuando yo fui maestro e impartía clases de Historia.

Mi propia madre participó con Misael en algunas protestas, ella leyó literatura soviética y eso la influyó en su ideología, quizás por eso se involucró en varios movimientos.

Yo pude haber ido a Rusia y Cuba, países comunistas, porque había promociones de todo este movimiento, no fue posible en ese entonces, la esperanza no la pierdo, habrá algún momento en que pueda ir.

En el año de 1976 participé en el Frente Popular Independiente del Valle de México, ya para entonces decidí hacer activismo social a otro nivel, pues formé con otros compañeros el Frente Popular Regional de Texcoco y después creamos una asociación civil llamada Habitantes Unidos de San Salvador Atenco.

Eventualmente, con la instauración de la asociación impartimos talleres de danza, música, artesanía, serigrafía y ajedrez al público en general.

A la postre, hubo personajes históricos de activismo social armado, por supuesto hablo de Lucio y Genaro.

Igualmente recuerdo a Jacobo Silva Nogales “El Comandante Antonio”, es un exguerrillero oaxaqueño pero que se formó en Guerrero, fundador del Ejército Revolucionario del Pueblo Insurgente (ERPI).

No conocía a Jacobo en persona hasta el momento en que yo ingresé al penal de La Palma, en 2006, cuando Jacobo purgaba ocho meses recluso, compartimos la celda que era pequeña y sólo nos dividía una tarima.

Creo que fue una estrategia política el juntarnos en la misma celda, él como guerrillero y yo como luchador social, claro que coincidimos en muchos asuntos. Jacobo fue trasladado a otro penal, supe que fue liberado en 2009.

Así fue que con los años me involucré en movimientos estudiantiles, obreros y sobre todo campesinos.

A mi padre le costó mucho trabajo aceptar mi involucramiento en estas corrientes, él quería que yo fuera Abogado, yo creo que no es necesario especializarse en leyes para saber qué es justo y qué es injusto en el plano social.



Finalmente empecé a estudiar Sociología en la Facultad de Ciencias Políticas. Yo fui buen estudiante, disciplinado y participaba mucho en las clases.

No obstante mi aprovechamiento escolar, veía a la carrera como un obstáculo. Luego deserté, la abandoné debido a mi involucramiento en el activismo social a otras alturas, estos menesteres requieren de tiempo, trabajo, logística, planeación, etcétera.

Encontré sentido por vivir desde que conocí la injusticia.

Comencé a luchar por la justicia social, puede ser una quimera, pero no lo tomo como un sacrificio sino como un aspecto de la vida que tengo que cumplir y aquello me ayuda a descubrirme a mí mismo; y con el trabajo y el tiempo, ese andar ha tomado la forma que me constituye finalmente.

A las seis de la mañana, la comitiva llega a Chilpancingo y la lluvia persiste aún. Ignacio aprovecha este punto para dar órdenes de logística a sus acompañantes.

— *¡Escuchen bien todos, Lino, Boni y Pedro. Ya saben que acompañarme significa rechazar cualquier invitación a toma alcohol, no importa si es una cerveza, aguardiente.*

— *No pueden separarse de mí por más de diez minutos, cualquier retraso en las actividades pone en riesgo a la comitiva; nos van a invitar de comer en varias comunidades, ninguno de nosotros come antes que los demás y si van al baño me avisan.*

— *Porque al acompañarme, cada uno de ustedes está bajo mi responsabilidad.*

— *Bien, Pedro, ¿tienes crédito para marcarle a Nico y hacerle saber que ya llegamos?*

Nicolás Chávez Adame es fundador y dirigente de la Asamblea Popular de los Pueblos de Guerrero (APPG), y junto con Gabriel Ramírez y Alfonso Tavira, esperan en el autobús que después de tres horas de camino, trasladará a las comitivas de Chilpancingo, Teloloapan, Taxco, Tixtla, Iguala, y Atenco hasta San Luis Acatlán.

Nicolás Chávez resuelve encontrar a la comitiva en la central de autobuses local y comenta:

— *Primero hay que trasladarse al pueblo de Teconoapa para dejar encargada la camioneta en casa de Yahir, maestro rural, estoy seguro que no habrá problema con él.*



Camino a Teconoapa, Nicolás hace una reflexión:

— *Este Estado es grande, tiene una tradición de lucha social importante, no sólo reciente con Lucio y Genaro, sino que viene desde tiempos de la Independencia. Aquí nacieron Vicente Guerrero, Nicolás Bravo, los Hermanos Galeana, entre otros importantes luchadores.*

Al llegar a Teconoapa, a una hora al sureste de Chilpancingo, Yahir no está en casa; la urgencia de ir al baño hace a los miembros de la comitiva entrar a la casa y así desatender la imprudencia de ser ajenos en la comunidad.

La situación está un poco dura en esta región y su gente es brava.

Sólo el abuelo de Yahir, de setenta y cinco años se aproxima sin saludar y se dispone a cerrar la puerta principal. Ya adentro, desenfunda y con rifle en mano pregunta por la imprudencia de los extraños.

— *¿Quiénes son ustedes? Hace poco vinieron unos hombres y se llevaron a mi nieto, no lo regresaron hasta después de una semana. Por eso les pregunto a qué vienen y qué quieren.*

La experiencia de Ignacio le permite ser el más pertinente para responder, y con la solución de las palabras el susto no pasará a ser mayor.

— *Bueno, nosotros venimos de Atenco, un municipio del Estado de México, y estamos de paso por su comunidad, vamos a Malinaltepec. No conocemos a Yahir pero Nico sí, por eso nos atrevimos a pasar al baño de su casa. Y le pedimos una humilde disculpa por la intromisión.*

La contestación fue inmediata.

— *Pues mire que yo los vi de lejos y pensé muy mal de ustedes, lo primero que dije fue que los tres que estaban dentro ya no iban a salir ¡ehh!, pero qué bueno que me explican. Ahh sí, entonces vienen de Atenco, ¿a donde querían instalar un aeropuerto no? ¿Y qué pasó con eso?*

Esa otra pregunta fue casi una ofensa para Ignacio, con su pecho levantado se puso más rígido, lanzó un petardo con la voz y respondió con otra pregunta:

— *¿Usted qué cree?, por supuesto que no los dejamos.*

Toda vez arreglada la situación, dos horas y media en autobús aguardan. La ruta es seguir por la carretera y dejar el centro de Guerrero, pasando por San Marcos, Copala, Marquelia, hacia la Costa Chica de Guerrero.

— *Le encargamos la camioneta Don, regresaremos en un par de días y disculpe nuevamente la molestia. Gracias.*



Los cánticos en el autobús son para el que los sabe de memoria, aquellos que no, sólo observan el paisaje que entra por las ventanas.

Ignacio siempre toma la iniciativa,

¡Zapata vive, La lucha sigue!
 ¡La patria no se vende, se ama y se defiende!
 ¡Guerrero hermano, Atenco te da la mano!

El repertorio de gritos es amplio y de cuando en cuando se repite. El frío de la madrugada anterior es ahora un calor húmedo de 30 grados centígrados.

En San Luis Acatlán la gente muestra solidaridad y ofrece una comida de recibimiento a las comitivas.

De allí parten fotógrafos y reporteros tanto de agencias como FreeLancer que son mayoría.

Las últimas dos horas de camino se recorren en camionetas de carga y el cansancio empieza a aparecer en algunos miembros del grupo.

— *Yo anduve por aquí, este regreso a Guerrero, a estos lugares me trae nostálgicas memorias de cuando yo era joven, ahora ya soy un viejo. Vine por primera vez a la Sierra cuando era joven, cuando era estudiante.*

— *Mis padres no lo supieron pero tenía la intención de tomar las armas y apoyar al movimiento, yo andaba tras la huella de Cabañas.*

Al paso de los kilómetros, la geografía agreste cambia; peñas, ríos, abismos, hasta que las nubes revelan la altura del lugar, 1500 metros sobre el nivel del mar.

A esas elevaciones, el aire fresco de la región recibe la comitiva. Los operadores de las camionetas conducen con precaución, cualquier derrape en el estrecho camino puede ser catastrófico en estos abismos de confines profundos.

— *¡Hemos llegado a Paraje Montero, Malinaltepec. Fórmense todos, vamos a entrar ordenados hasta la plaza principal!* Ignacio y Nico ahora son los líderes del grupo.

Con las últimas fuerzas, el grupo camina cien metros para llegar al centro del festejo local.

En la plaza, cuarenta policías pasan lista y hacen formación de rutina, seis cientos policías comunitarios conforman el cuerpo policial, mismos que desde 1995 custodian cientos de kilómetros de Sierra.



El ambiente es alegre, hay bandas de instrumentos de viento, discursos por la conmemoración del XVI aniversario de la administración de la seguridad de la región; los carniceros hacen lo propio con los animales sacrificados, con esa carne algunas mujeres preparan lo que será la comida comunitaria del día siguiente.

En sí, la atmosfera está concurrida con gente de prensa, visitantes, simpatizantes e integrantes de otras comunidades locales y de otros estados de la República.



Las distintas comitivas de más de cuarenta personas irrumpen con gritos que roban la atención de los organizadores.

En ese momento se muestran los machetes alzados y la sonoridad de las gargantas alcanza su máximo volumen,

¡Viva la Policía Comunitaria!
 ¡Viva!
 ¡Viva la Sierra de Guerrero!
 ¡Viva!
 ¡Viva Malinaltepec!
 ¡Viva!
 ¡Viva Paraje Montero!
 ¡Viva!
 ¡Vivan Lucio y Genaro!
 ¡Vivan!
 ¡Viva la APPG!
 ¡Viva!

Ignacio sabe que es un asistente especial, es la segunda ocasión que se hace presente desde que fue liberado en 2010; en general, vino a discursar y mostrar su apoyo a la Coordinación Regional de Autoridades Comunitarias que integra diez Municipios de la Montaña y la Costa Chica de Guerrero.

La lluvia sorprende a todos en la plaza, pero no impide que del Valle dé el breve discurso reiterativo del grupo:

— *Los felicito por los dieciséis años de la Policía Comunitaria, es un ejemplo de*

que, cuando falla la seguridad pública institucional, el pueblo puede resolver el tema de seguridad por sí mismo.

— *Veo una convicción muy fuerte, con principios arraigados de identidad, de fraternidad, de hospitalidad y de respeto sobre toda la naturaleza.*

— *Hago un llamado para seguir apoyando el regreso de los desplazados del Municipio Autónomo de San Juan Copala, a estar al pendiente de los campesinos de Amomolulco en el Estado de México y a seguirnos solidarizando entre nosotros.*

— *Mientras haya habitantes, mientras haya pueblo, hay esperanzas de salir adelante, no sólo esta comunidad sino todas las demás indígenas de este país.*

Aquí existe lucha y existe resistencia, pero además hay una fusión de conciencia con memoria histórica. Esos factores son fundamentales para el éxito de cualquier causa del pueblo.

La intensidad de la lluvia ya no es tolerable aún para los elementos de la policía, así que Ignacio y su comitiva se refugian en una cabaña que está acondicionada para resguardar a los visitantes.



Las mujeres de Paraje Montero sirven la comida para sus invitados, por sencilla que parezca, el huevo en salsa verde y las tortillas de comal son un premio que reconforta el anochecer de un largo trayecto.

Los factores ambientales se conjugan, con la tupida lluvia llegan el frío y una densa niebla que ciega todo el perímetro de Paraje Montero, es un recibimiento gélido de la Montaña.

El conjunto de instrumentos de viento toca populares sonidos de la región y de México. Ignacio no se sienta, está cansado pero hace renovar su actitud con alguna reserva de energía.

A la primera melodía pide entonen “La feria de las flores”, su canción preferida y con ella le demuestra sus pasos de baile a Laura, una chica FreeLancer holandesa que acude con frecuencia al aniversario que se festeja.

— *¿Te acuerdas de mi verdad Nachito? También bailamos aquí el año pasado.*

Ignacio sonríe, coloca su brazo izquierdo en su dorso y con el derecho sacude el paliacate que cubría su cuello. Después, la única pareja de baile ahora zapatea “El Sinaloense”. Uno de los moradores le invita un trago de alcohol a Ignacio.

— *¡No hermano, gracias! Si empiezo, ya no le paro a la botella.* Lo rechaza

mientras que otros hombres se entregan con exceso al alcohol.

Es momento en que se busca un lugar para alojarse una noche, el asilo bien puede ser una casa o un inmueble de la administración pública.

Alfredo Gómez, maestro rural y organizador, consigue refugio para los invitados en una de las aulas de la escuela primaria local.

— *Disculpen, pero no tenemos suficientes cobijas y colchonetas para todos, es lo poco que podemos ofrecerles.*

— *No te preocupes hermano, el cansancio que traemos es el mejor colchón para descansar.* El comentario final de Ignacio cierra la jornada.



Apartado IV

Esa otra cárcel, la memoria

El frío de la Montaña hizo que la noche se sintiera lenta. Recién de mañana, Nicolás se dirige a Ignacio:

— *¡Nacho, hubo música y muchachas para bailar toda la noche! ¿por qué no se quedaron otro rato?*

La banda tocó hasta la madrugada.

Las reces sacrificadas de la jornada anterior son el almuerzo de decenas de personas.

Para recoger una ración individual hay que formarse y hacer lugar en la fila de más de ochenta comensales, con ese tiempo de espera, Ignacio no hace la menor llamada de atención a sus acompañantes, sólo comenta:

— *Si ya nos dieron de desayunar, no sé para qué comeremos otra vez.*

La ceremonia oficial de este día 15 de octubre se lleva a cabo en el auditorio público de Paraje Montero. Del Valle es reconocido por varias personas que lo saludan, autoridades, representantes de otras organizaciones de nivel nacional y simpatizantes. Todos le solicitan una forma de contacto y él accede.

— *¿Pedrito, te sabes el correo de Trini?, anota los nombres y números de estos compas.*

También es una mañana de cámaras fotográficas, videograbadoras, micrófonos y entrevistas que Del Valle concede a reporteros de medios de comunicación locales, radios comunitarias en su mayoría.

Ignacio es amable pero breve con las solicitudes de entrevista. Hay que apresurar el paso, pues la comitiva está por comenzar la salida de la Montaña para regresar a Chilpancingo.

En un viaje, el regreso siempre es más rápido. Por lo que bajar de la Montaña no llevará más de hora y media de terracería y despeñaderos.

— *¿Qué fue lo que les dije? ¿A dónde estaban?, jeso nunca se hace!* Es la reprimenda que Ignacio hace a Pedro y su acompañante por demorar diez minutos la salida del grupo.

— *¡Pero Nacho, le avisamos a Nico que iríamos al sanitario!* Al parecer, las actitudes que parecen cotidianas para los demás, a Ignacio le resultan en disgusto por ser imprudentes.



En el camino de curvas, la camioneta de la comitiva es la única transitando. Las dieciocho personas en el compartimiento de carga de la camioneta van de pie y sostenidos de las vigas metálicas que son el techo de la misma.

El color de estos cerros no es exclusivamente verde, hay zonas rocosas que reflejan naranja y hasta tierras rojas ricas en Hierro.

El comentario de un acompañante arranca las primeras risas del día a los viajantes.

— *Imagínense, si cayéramos por este precipicio nadie se enteraría de lo que nos pasó.* Afortunadamente, el grupo surca esos riesgos con prudencia y sin ningún percance.

Cuando se está cerca de Nacho, hay que aprovecharlo para que se suelte a platicar, es un hombre de charlas largas que no descansa la garganta ni para tomar un trago de agua.

Optar por el consejo de América, hija de Ignacio, —*¡si estás con él, ya no te le despegues!*

A Nacho le encanta conversar, aunque se apropia de la palabra oral y no se desprende de ella tan fácilmente, como lo hace a continuación.

Ya son diez años desde que la pesadilla empezó; los remanentes de los enfrentamientos y el encarcelamiento apenas comienzo a reflexionarlos poco a poco.

Puedo decir que a veces la vida y la historia tienen ciclos que inevitablemente se repiten. En 1917, mis abuelos y los demás campesinos de Atenco tomaron el Palacio Municipal.

Noventa y cuatro años después, nuestra generación revivió lo que nuestros abuelos empezaron, la lucha por la retención de nuestras tierras.

Antier, antes de partir para Guerrero, una antigua amiga nos visitó en la casa, fue a presentarnos a su hija de quince años; ella fue la persona que me dio la primera noción de lo que iba a pasar en Atenco, esto fue en enero o febrero de 2001.

Mi amiga trabajaba entonces en la Procuraduría Agraria local. Recuerdo aquella vez llegó llorando y me hizo saber:

— *Ignacio, pude entrar a la base de la Procuraduría, encontré que van a expropiarles toda esta región. ¡Vete Nacho, si no te van a matar!*



— *No te preocupes, no me va a pasar nada.* Yo le respondí sin saber las batallas y vivencias que tendríamos que sobrellevar.

Se llegó el 21 de octubre de 2001 con los mentados decretos expropiatorios, nuestras tierras ya no nos pertenecían, pero la reacción de la gente no se hizo esperar. Para muchos, ese momento fue un golpe muy fuerte, algunos hasta se enfermaron.

La primera pugna se dio al interior de la comunidad. Algunos, muy pocos en realidad, querían vender las propiedades. La mayoría no. Por ello creamos el Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra, todos los integrantes decidimos luchar por los ejidos.

A la par de las marchas, hubo una lucha jurídica para revocar los decretos, pero el enfrentamiento con las fuerzas policiales fue inevitable.

De esa forma podíamos hacerle saber al Gobierno que sólo matándonos entregaríamos las tierras.

En mi caso, puedo decir que he muerto cuatro veces en mi vida. Algunos médicos ya me han hecho estudios clínicos y no encuentran nada.

Los madrazos que me han dado, últimamente han hecho efecto. Me duelen mis hombros con el frío, mis rodillas también las siento un poco afectadas.



Yo puedo ver de cerca pero no de lejos, tengo astigmatismo, aún así me rehúso a depender de los lentes y armazón, es negligencia propia.

Aunque mis males han sido mayores por las friegas que me han puesto, y no solamente a mí, sino todos los que participaron en los enfrentamientos ahora sufren el daño a sus cuerpos.

No han sido gratis los duelos con los cuerpos policiacos; desde que empezó todo esto de la expropiación de las tierras, nos hemos enfrentado en varias ocasiones con las autoridades.

Están los golpes del 14 de noviembre de 2001 en la Ciudad de México, cuando fuimos a protestar al Zócalo; los del 11 de julio de 2002 en la autopista México- Texcoco, cuando nos arrestaron a varios y en Atenco retuvieron a servidores públicos para intercambiarlos por nosotros; así como los “Operativos Rescate” del 3 y 4 de mayo de 2006.

Las incursiones de mayo fueron paramilitares en contra de los población en general y que concluyeron con nuestra persecución y aprehensión de los líderes del Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra.

Sin duda, los conflictos del 11 de julio de 2002 y aquellos del 3 y 4 de mayo de 2006, han marcado la historia de Atenco

y sus pobladores.

Los primeros, porque significaron un empuje que presionó a las autoridades y así pudimos echar atrás los Decretos Expropiatorios.

Los segundos, porque la represión fue una venganza del Gobierno y con nuestra consecuente encarcelación, las autoridades demostraron que la monstruosidad de su condena fue una advertencia a todos aquellos que se atreven a decir ¡no! al poder.

América mi hija, es un retrato de mí; también tiene carácter soberbio, está forjada con el fragor de los acontecimientos pasados.

Ella adquirió varios compromisos sociales y por ese motivo ha suspendido su proceso de titulación. Precisamente el jueves 11 de julio de 2002, terminó sus clases. Por teléfono ella me dijo:

— *¡Papá, te voy a llevar un regalo!*

Era la noticia de que había terminado sus estudios de Pedagogía.

La crisis estalló el 11 de julio, fue el mismo día de la refriega que se dio cerca de Acolman. Amanecimos con el fuerte rumor de la presencia de Arturo Montiel en Teotihuacán, supuestamente iba a encabezar un acto político.



Fueron varias las llamadas telefónicas que se realizaron al plantón de San Salvador Atenco para confirmarlo. Un grupo aproximado de 40 personas, distribuidas en tres camionetas nos dirigimos al lugar.

A la altura del poblado de Santa Catarina en la carretera Pirámides-Acolman, se encontraba una tropa de más de mil elementos de las Fuerzas de Acción y Reacción Inmediata (FARI), impidiendo el acceso. Era una trampa y era tarde para echarnos hacia atrás.

Los compañeros de Atenco comenzamos a avanzar para desbloquear un tramo de la carretera. Caminamos otros pasos y nos encontramos con una valla de policías con equipo antimotines y escudos, le pedimos al comandante:

— *¡Ábranos el paso!*

Con lo cual se dio la discusión verbal, los compañeros del Frente de Pueblos pedimos refuerzos para que vinieran desde Atenco. Ya con los refuerzos éramos 120 atenguenses. De pronto, de entre las milpas aparecieron más de 100 policías vestidos de civil y comenzó el enfrentamiento.

Las voces de los granaderos eran las mismas.

— *¡Ahora sí pinches macheteros, ya se los llevó la chingada! ¡Mátenlos, mátenlos, que no quede ninguno!*

Los campesinos, con piedras, palos, machetes, botellas, etcétera, con lo que teníamos al alcance hicimos retroceder a los efectivos vestidos de civil, mientras que la policía antimotines avanzó realizando disparos y lanzando bombas de gas lacrimógeno. Poco a poco, nos fueron cercando a los manifestantes, de frente y en la retaguardia.

El combate se libró en desproporción, la lucha era cuerpo a cuerpo. Varios campesinos retrocedieron y otros se refugiaron en las casas contiguas.

Allí estaba yo con muchos compañeros, entre otros Adán Espinoza.

— *¡Si se van a ir, ya vayánse. Llévate a la gente! Le pedí a Adán.*

En la carretera, Miguel Buendía y yo nos quedamos a aguantar el enfrentamiento con los cuerpos policiacos.

Todavía no entiendo cómo es que sólo dos individuos pudimos contener un número amplio de granaderos durante más de veinte minutos.

Era increíble, hacíamos un simulacro de que nosotros nos retirábamos, caminábamos hacia atrás y parábamos;



en seguida, ellos, los contrarios, se detenían como si tuvieran un ejército de frente.

Era un grupo antimotines de cincuenta cabrones y no le entraban a los chingadazos cara a cara, ellos traían armas, toletes, cascos y escudos.

Yo tenía un machete que era de los más largos y pesados; desde luego yo esperaba a que se acercaran.

— *“Ora hijos de la chingada, vengan”*.

Repentinamente vi heridos a algunos de mis compas y retrocedimos.

A continuación volvimos a avanzar.

El humo hacía su función, los policías no lo soportaban. Primero se acercaba un grupo de ellos y como no toleraban el humo, inmediatamente ya venía otro detrás.

La batalla duró varias horas. A mí no me agarraron en la batalla, fui el último en salir del enfrentamiento, éste se dio desde las once de la mañana hasta muy tarde.

Cuando los elementos de antimotines empezaron a disparar, se dirigieron hacia mí y me cañonearon con los proyectiles de los gases lacrimógenos, me pegaron en la cara, en los costados, etcétera, me agarraron a bocajarro, a quemarropa.



Después, en el fragor de la batalla, alguien lanzó una piedra y me golpearon en la nuca. Al momento de caer, los granaderos aprovecharon para dispararme.

Yo estaba completamente consciente, me tocó ver cómo me tiroteaban pero los nervios de los policías hicieron que no me pegara ninguna bala, ellos tenían orden de matarnos.

En el enfrentamiento me caí, y me repuse para mantenerme de pie; entonces llegó un primo que logró subirme a su camioneta, la cual ya estaba saturada de gente que pretendía huir del lugar hacia Atenco.

Emprendimos la huida. En la batea de la camioneta iba un compa que traía un arma tipo revolver, nos venía persiguiendo un grupo de granaderos en otra camioneta. Le pedí:

—*¡No dispaes, no dispaes!*

Yo estaba tirado en el piso de la camioneta, él me obedeció. Yo no podía ver nada.

— *¡Allí vienen otra vez!*, alguien gritó.

— *¡Haz un disparo de advertencia y ya!*, le solicité al de la pistola, quien hizo el disparo y así fue como se detuvo el camión de granaderos.

La reacción táctica de la gente de Atenco fue la autodefensa territorial.

Mientras ocurría el enfrentamiento de Acolman, en Atenco más de 3 mil 500 personas cerraron la carretera federal Lechería-Texcoco en todos sus carriles, pusieron piedras y quemaron llantas.

En poco tiempo se fueron sumando más comunidades en ayuda a la de San Salvador Atenco; se agregaron las de Acuexcomac, Nexquipayac, Tocuila, la Pastoría, Zapotlán, Ixtapan, San Felipe, la Francisco I. Madero. Así fueron extendiendo su reprenda territorial hasta Texcoco.

Cavaron zanjas, se armaron barricadas y puestos de control, mientras la fila de automóviles y camiones seguía varada. Mucha gente fue perseguida por toda esa zona.

En la huida sólo se veía como pasábamos las bolas de humo.

Así es como logramos avanzar con la camionetita, y luego de pasar un puente en Acolman, me acuerdo muy bien, llegamos hasta Tepexpan, rumbo a Texcoco. Allí, prácticamente era territorio nuestro, y todavía andaban los helicópteros lanzando cilindros de gas lacrimógeno.



Llegamos a Nexquipayac, nuestra gente había cerrado el paso de las carreteras, fue cuando me recuperé un poco. Pedí que me bajaran y me atendieron en una clínica de Atenco y el médico me dijo:

— *¡Estás muy mal, vienes mal!*

— *¡Mira cabroncito, lo curas o te va a cargar la chingada!* Así le respondió uno de mis acompañantes.

— *¡Bueno, yo no les puedo garantizar nada, deben llevarlo al hospital más cercano que es el de Texcoco, Ignacio necesita atención hospitalaria!*

Pero el hospital más cercano estaba atestado de policías. Finalmente decidieron trasladarme a Texcoco y una ambulancia me estaba esperando en Atenco para llevarme. Había varias ambulancias, con cierto grado de invalidez yo les ordenaba:

— *No me lleven a ningún lado, ahorita me recupero.* Estaba yo como borracho, y es que si no me llevaban, me moría allí mismo.

Algunos compas querían que me llevaran, otros no.

— *Ya hablé al hospital Futura de Texcoco, dicen que sí lo pueden recibir.* Escuché a uno de ellos decir.



— *¡No me lleven, esto es una trampa!* Yo me daba cuenta de que podía ser un engaño, pero no tenía la fuerza suficiente para zafarme de la situación.

— *¡Ya me cargó la chingada!, me decía a mí mismo.*

Me subieron a la ambulancia y haciendo maniobras llegamos al hospital; las compañeras Marlen y Viviana me administraron suero mientras me preparaban para intervenirme.

Nunca perdí el conocimiento, aún cuando me administraron medicamentos fuertes, supongo que eran anticoagulantes porque tuve un derrame interno.

Después de la friega de las acciones en la batalla contra los granaderos y policías, yo sentía mi cuerpo muy caliente. Recuerdo que estaba recostado en la cama del quirófano, la luz tenue y blanca, enfermeras y médicos a mi rededor.

También me sedaron e hice lo posible por no dormirme. Mi mente estaba trabada. Dos mujeres miembros del quirófano eran de Atenco, eran una enfermera y una médico.

Estaban por operarme cuando súbitamente entraron los judiciales y otros elementos de la policía al quirófano y ¡moles!, empezaron a desconectarme



de los aparatos médicos. Entre mi mareo yo percibí todo, me sacaron semidesnudo del hospital, sólo tenía puesta la bata quirúrgica.

Me llevaban con un suero, pero ya desprendido de mi piel.

En el camino me dieron una tunda de la cual ya no sentía nada debido a los medicamentos que me habían puesto.

El compa que me llevó al hospital también iba en mal estado, lo estaban golpeando, yo le decía:

— *¡No tengas miedo!, ¿qué nos pueden hacer?, sólo matarnos. Lo que hicimos no fue un delito, defendimos lo que es nuestro.*

— *¡Lo demás que chingue a su madre, o no compa!*

Luego venían las patadas en la cara con las botas sucias de los policías, parecía como si jamás se las hubieran lavado.

Desangrado y desfigurado de la cara, estaba con el cuerpo casi inanimado cuando llegamos al Ministerio Público.

Me recibió una conocida de Atenco que trabajaba allí, ella no aguantó la impresión de verme en ese estado semimuerto.



Los monos policiacos improvisaron un lugar para monitorear qué es lo que iban a hacer con nosotros. En ese momento me iban a romper la madre, bueno aún más de lo que ya había soportado. Eran las seis de la tarde y los pobladores de Atenco ya sabían que nos tenían arrestados.

En ese momento, hombres y mujeres de la lucha decidieron tomar “prestado” un tráiler de refrescos Coca Cola; después de vaciarlo, llamaron a la gente a subirse al tráiler y a otros vehículos para ir a una comisión en Texcoco. Pocos sabían a qué iban.

Ellos llegaron a la Subprocuraduría de Justicia del estado con la finalidad de liberarnos pero no estábamos allí.

Los compañeros aprovecharon para retener al subprocurador de justicia y a otros funcionarios ministeriales, que no eran precisamente unos angelitos.

Los llevaron a la plaza central de San Salvador Atenco. En el Ministerio Público Adán estaba a mi lado.

— *¡Pendejo Adán!, por qué te dejaste agarrar, si ya te habías ido.*

Y cuando los señores del Ministerio se enteraron de lo que pasaba en ese momento en Atenco, empezaron a golpearnos más. Pero no tanto de

tal manera que no perdiéramos el conocimiento.

Así fue como al saber de la retención de sus funcionarios, las autoridades establecieron un canal de negociación vía telefónica.

Fueron constantes las amenazas del uso de la fuerza, en caso de no entregar a los retenidos por el movimiento.

El gobierno estatal se valió de todo para coaccionarnos, nos usó a Adán Espinosa y a mí para hablar por teléfono y tratar de convencer a nuestros compañeros de un canje con el resto de los detenidos menos nosotros a cambio de los funcionarios.

La respuesta del pueblo fue contundente:

— *¡Nosotros queremos la libertad de todos, esa es la decisión del pueblo. O nos entregan a todos, o nada!*

A las 4 de la mañana del día 12 de julio, terminó la comunicación telefónica. Supongo que esa noche nadie durmió en Atenco.

Y en el transcurso del 14 de julio de 2002 se mantuvieron varias pláticas por teléfono, con los gobiernos federal y estatal para lograr nuestra liberación.



La estrategia del gobierno del Estado de México ya estaba preparada y eso se notaba. En el terreno jurídico, tenían preparadas las órdenes de aprensión contra todos los detenidos ese 11 de julio.

Eran seis órdenes contra mí y dos contra Adán Espinosa, además de las acusaciones por otros hechos.

En su conjunto, los delitos que nos imputaban eran robo agravado en agravio del gobierno mexiquense, ataques a las vías de comunicación, motín, ultrajes, daño en bienes y privación ilegal de la libertad.

Hasta el último momento, las autoridades buscaban dejarnos en prisión a Adán Espinosa y a mí. Pero no podían, la prisión era muy grande.

Hasta que ambos gobiernos dieron a conocer la decisión de dejarnos en libertad bajo fianza a todos los detenidos. En el movimiento se nombró una comisión para verificar que fuéramos liberados.

Entre 12 mil y 15 mil personas aproximadamente, nos esperaban. Nunca antes había visto tanta gente reunida en la plaza de Atenco como ese día. Ninguna persona de las comunidades vecinas estaba ajena al acontecimiento.

Uno a uno fuimos llegando a la plaza central: Gil Morales Pérez, Raquel Rojas Salas, Isabel Avilés Ramírez, Pascual Martínez García, Mauricio Pájaro Huerta, Manuel Salas Núñez, Ignacio Yáñez Sánchez y José Adelaido González González.

Abel Galicia Viveros y José Enrique Espinosa Juárez continuaban hospitalizados por sus graves lesiones sufridas.

Pocos minutos después, llegamos Adán Espinosa Rojas y yo en camionetas de la policía judicial.

Casi un mes después, logramos justicia con la derogación de los decretos, el primero de agosto de 2002.

Y aquel 11 de julio, América no pudo empezar sus trámites de titulación y yo no pude verla para que me dijera que ya había terminado sus estudios universitarios.

— *¡Ya llegamos a Marquelia. Órales, todos bajen para que coman algo, ya nos están esperando unos pescados a la leña!* Era Nicolás Chávez invitando a las comitivas para descansar y compensar el hambre atrasada.

— *¡Oye Nico, pero no todos traemos dinero suficiente para pagar la comida!* Gritó uno de los acompañantes.



— *Amigo, nosotros no los invitamos a Guerrero para turistar, eso será en otra ocasión; la comida es para todos y ya está pagada.*

— *¡Pedro, Lino y Boni, recuerden que nosotros comemos siempre al último, no se les olvide!* Ignacio solicitó a sus acompañantes.

Después de la fresca comida, producto de un río cercano, es momento de continuar el camino por la Costa Chica hasta llegar a Chilpancingo. La noche y el calor continúan con la comitiva, mientras que Ignacio del Valle se interesa por continuar con su relato.

Es algo muy curioso, porque resulta que el miércoles tres de mayo de 2006, la fecha insigne de la represión, América iba a presentar su examen profesional, coincidieron nuevamente las fechas para malestar de ella y de los que habitamos Atenco.

Aquella vez, fue el problema de los floricultores lo que desencadenó la represión nuevamente contra nosotros en mayo de 2006. O quizá fue el resentimiento de las autoridades por el triunfo jurídico del Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra en 2002.

Después de derogar los decretos, seguimos luchando y solidarizándonos con otras organizaciones.

Puesto que esas otras organizaciones estuvieron con nosotros y nos apoyaron sin ninguna condición, sin esperar nada a cambio, entonces lo que hicimos fue corresponder y aplicar lo aprendido. Estuvimos solidarizándonos con mucha gente.

La mañana del tres de mayo, los comerciantes de flores de la ciudad de Texcoco fueron hasta Atenco para solicitarnos apoyo porque tenían un problema con el Presidente Municipal, este no les dejaba vender su mercancía afuera del mercado. Y a los que acudieron con nosotros, les preguntamos:

— *¿En verdad están dispuestos a luchar para que se les respeten sus espacios?, ellos contestaron que sí.*

Y fue así como inició la relación con estos compas. Aunque los antecedentes de los hechos se dieron así.

Resulta que el 11 de abril de 2006 se produjo un primer enfrentamiento entre policías y ejidatarios de Texcoco que llegaban al mercado Belisario Domínguez a vender sus flores y legumbres.

Para el 15 de abril el Presidente Municipal, Nazario Gutiérrez, solicitó de manera permanente la presencia de la Policía Estatal para poder continuar con sus planes de ordenamiento urbano y del desalojo de los comerciantes.



El 20 de abril, unos mil granaderos junto con 150 policías municipales cercaron el mercado Belisario Domínguez.

Con esta acción se desalojó a estos pequeños productores y comerciantes de flores, frutas y verduras, impidiendo que colocaran sus puestos para trabajar.

Ante la escalada de este conflicto, los afectados de Texcoco solicitaron la intermediación del Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra y mantuvimos un encuentro con la Subprocuraduría de Texcoco.

Exigimos el retiro de la fuerza pública, una mesa de diálogo y la posibilidad de que los floristas vendieran sus productos en los días de mayor venta que son el 3 de mayo, Día de la Santa Cruz, y el 10 de mayo, Día de la Madre, en tanto se lograba una reubicación conforme a sus necesidades. Ese fue el acuerdo entre las autoridades y nosotros.

Ya se había acordado que les permitirían vender los días 3, 10 y 15 de mayo de 5 a 11 de la mañana, pero no respetaron el acuerdo, fue un engaño por parte de las autoridades porque no se retiró la fuerza pública como se había comprometido la autoridad municipal, sino que recibieron a golpes a los comerciantes la mañana del 3 de mayo.

Eran las 7:30 de la mañana cuando me avisaron que ya había detenidos y heridos. En ese momento partimos unas sesenta personas del Frente de Pueblos y más de cien floristas hacia Texcoco.

Debido a los acontecimientos de la mañana, inmediatamente tratamos de buscar el diálogo con el gobierno del Estado, con Enrique Peña Nieto, Gobernador del Estado de México. Cuando quise hablar con él para darle seguimiento a la mesa de diálogo, no accedió y tajantemente nos dijo:

— *¡No, aténganse a las consecuencias!*

Durante el trayecto a Texcoco se sumaron más personas que venían con Felipe Álvarez desde Nexquipayac. Al llegar al centro, al visualizar lo que se acercaba, le marqué por teléfono celular a Trini que estaba en Atenco y le comenté:

— *Una reportera me dijo que están planeando la entrada y ya van a venir por nosotros. ¿Cómo están las cosas por allá?*

— *Bien, estamos resistiendo en la carretera con la gente.*

Yo casi sentí que era una despedida definitiva la conversación con mi esposa.



— *Quiero que me disculpes si como esposo o padre te he fallado u ofendido, te pido una disculpa y te pido que cuides mucho a mis hijos porque en esta situación no sabemos qué va a pasar.*

Una vez más, se repitieron los acontecimientos del 11 de julio del 2002. La relación del conflicto entre granaderos y manifestantes era de diez a uno. Por eso también nos apalearon como quisieron.

Los policías empezaron a romper la mercancía de los comerciantes y nosotros repelimos la agresión. Nos sometieron rápido porque, a diferencia de julio de 2002, esta vez nos encontrábamos en un área delimitada, el perímetro del mercado.

Ante el cerco policiaco nos dispersamos como pudimos, Bonifacio estaba cerca de mí. Corrimos al interior de una casa particular y desde la azotea resistimos por otro rato la agresión.

A nosotros nos agarraron allí, en el techo, a mí me tenían prácticamente colgando de cabeza desde la azotea, sentí que me dejarían caer, después nos fueron bajando a todos.

A Felipe Álvarez y a mí nos llevaron e patrullas distintas, al resto de los compañeros noté que los subían a un autobús. Y durante el camino a nuestro

encarcelamiento hubo lo mismo de siempre, golpes y más golpes. Creo que en cierto modo ya soportaba más.

Desde ese momento dejé de saber lo que pasaba en Atenco con los compañeros que resistían el bloqueo de la carretera Lechería-Texcoco. Yo no imaginaba que al siguiente día habría un operativo en contra de mi gente en Atenco.

El 4 de mayo, a la par del fatal cerco policial y mediático contra los habitantes de Atenco, yo fui consignado ante un juez, pero no por los hechos del día anterior 3 de mayo, sino por un presunto secuestro de un funcionario del gobierno mexicano el 8 de febrero del 2006.

Felipe Álvarez Hernández, Héctor Galindo y yo fuimos sentenciados; a ellos les dieron 67 años de cárcel y a mí 112.

Pero eso no me dolió, lo que me partió el alma fue haber sabido del costo que pagamos los de Atenco ese 4 de mayo. Hubo 26 violaciones de mujeres por parte de las bestias del Estado, cientos de detenidos y decenas de heridos. Además de cateos ilegales a los hogares de mis compañeros. Mi casa quedó destruida.

Después sabría que mis hijos América y Ulises tuvieron que autoexiliarse por las órdenes de aprehensión contra



ellos. César fue capturado el 4 de mayo y llevado al penal de Santiaguito de Texcoco.

Trini estuvo escondida fuera del pueblo durante siete meses hasta que consiguió un amparo contra su orden de aprehensión. En conclusión, las autoridades desintegraron varias familias no sólo la mía.

Yo no lo vi, pero me comentaron que Enrique Peña Nieto fue quien encabezó el operativo del 4 de mayo, no me extrañaría, es un hombre vil.

A otros compañeros y a mí nos llevaron al Penal del Altiplano. Llegamos alrededor de la media noche. Fue un golpe duro, pero vendrían otros más fuertes.

En una cárcel ordinaria, te privan de libertad física. Para cualquier persona de cualquier nación es un golpe fatal. Es también infame en cuanto a nuestra condición humana, aunque algunos sí se merecen la privación de su libertad en cárcel.

Es perverso en el caso de los que fuimos perseguidos. En cuanto a la forma, pues llegamos a un sistema de sometimiento total.

A mí me ingresaron al penal del Altiplano a la media noche, el principal objetivo que tuvieron cuando me ingresaron fue

la destrucción de mi consciencia, es un medio que ellos usan. Pero no sólo es la destrucción de la consciencia sino también del espíritu.

Antes de llegar al penal ya estábamos completamente maltratados. Recuerdo que cuando llegamos los presos políticos, ni siquiera sabíamos a donde habíamos llegado, nos formaron en fila e hicieron que nos desnudáramos.

Los custodios son otro tipo de gente, unas bestias. Ya desnudos, vendados de los ojos, atados de manos y tirados en el piso del lugar, acercaron perros que nos estaban ladrando en la cara, eran las babas de los animales con su hedor y su presencia, querían meternos más miedo, para desmoronarnos espiritualmente.

Luego de pasar la primera aduana, me llevaron arrastrando a un área conocida como el Centro de Observación y Clasificación. Allí me mantuvieron sin dormir las primeras 48 horas frente a una cámara que te estaba vigilando.

Los primeros meses no tuve privilegios, no hubo posibilidad de que tuviera acceso a defensa jurídica ni contacto con familiares.

— *¡Pinches macheteros, ya se los cargó la chingada!*, era común para mí escuchar esas ofensas.



Un preso común tiene varias concesiones, si estás con alguien más en la celda se dan ánimo entre sí; a mí me tuvieron prácticamente aislado todo el tiempo con excepción de los ocho meses que tuve de compañero a Jacobo.

Dependiendo del comportamiento te otorgan más concesiones, por ejemplo, la posibilidad de que te lleven de comer, o la posibilidad de realizar una llamada telefónica, o la posibilidad de una visita. Al momento de ingreso, los presos políticos no tuvimos derecho a absolutamente nada, sólo a ser atormentados y sometidos.

¿Tendrá algún objetivo el mencionar todas las técnicas de tortura a las que me sometían? Algunas son simplemente inexpresables.

Con el miedo psicológico ya no me hablaban de mí, me hablaban de las personas que son importantes para mí. Ellos sabían que a mí me preocupaban los miembros de mi familia.

— *¡En el camino, agarramos a tu esposa y a tu hija, nos las cogimos!*, así se expresaban.

Y esas armas psicológicas son las más terribles. Porque saben que no permitiría que ellos les tocaran un solo cabello y a mi familia. A pesar de que todas sus amenazas eran mentiras, sí podían

destruirme. Hubo momentos en que me desmoroné moralmente.

Después de una madriza, si dices *¡ya no, ya no me peguen!* Ellos descubren que ya te sometieron. Pero si pasa lo contrario como yo lo hacía, lo que venía después era más tortura.

— *¡Ah, conque muy cabroncito!*

En las técnicas de sometimiento que tienen, ellos usan las partes más sensibles del espíritu y del cuerpo.

Yo no soy masoquista, a mí no me gustaban los chingadazos pero tenía que tolerarlos.

Mi madre murió el primero de octubre de hace veintidós años, en 1989. Cuando ella estuvo en el hospital no se quejaba de dolor, se quejaba del resto de los pacientes por que no podían dominar el dolor.

— *Yo qué gano con gritar*, me expresaba.

— *Pues quéjate*, yo le recomendaba.

— *¡No!*, tengo que aguantar.

Por eso yo aprendí a dominar el dolor esta última vez que me llevaron preso al penal del Altiplano, se aprende a dominar el dolor aún cuando nos torturan.



Me bloqueé mentalmente y me sobrepuse al dolor y sentimiento, el sentimiento también es dolor. Digo esto porque es fácil resistir el puñetazo de un cabrón pero no puedes aguantar el desprecio de una mujer a la que amas, y de esto último no te sobrepones.

Rememoro la frase “La Patria es Primero”. Cuando Vicente Guerrero empezó con el levantamiento de la Independencia, después de una de las batallas, con sus fuerzas insurgentes él retuvo a varios soldados como prisioneros de guerra, eran mandos importantes.

Y cuando las fuerzas realistas agarraron a su padre, le pidieron que soltara a los soldados a cambio de su padre. Y de allí esa frase famosa.

¿Cómo es posible que haya preferido al movimiento independentista que a su padre? ¿Qué pasó en ese acto? A pesar de que la vida de su padre estuvo en juego, él se despegó del ente humano y amagó un acto heroico, eso es conciencia pura.

En mi caso, no tuve alternativa y toleré las rutinas de tormento físico. Mis verdugos no querían saber ninguna verdad sobre mí, ya sabían todo de mi persona.

La tortura física fue el significado de lo que se alcanza con la palabra perversa, y eso me lo aplicaron.

Hubo descargas eléctricas en mis testículos, en las partes internas de mis piernas, y para resistirlo me hacían morder un objeto con mis dientes.

Un sólo golpe en el coxis con las botas que usan los custodios, casi hacía desmayarme, ese golpe puede ser mortal. Tanto como el golpe que me propinaron en la cara, entre ellos y la pared.

Empleaban esos golpes. Las madrizas en fila India eran humillantes, hacían que me formara en el extremo de la fila y yo tenía que caminar y pasar entre unos doce custodios.

Si corría era peor para mí, los impactos de los golpes duelen más.

Me llevaban corriendo con los ojos vendados, mis manos dobladas como títere atrás de mí, eso fue un día de las primeras semanas.

De acuerdo al perfil físico del preso, los custodios ya saben inclusive cuantos pasos va a dar éste en determinada distancia. Y mi complexión física es totalmente vulnerable a puñetazos, patadas, toletazos, rodillazos, yo no sé porqué estoy vivo.

Aunado a la física, la tortura vulgar también estaba presente.



— *¡Hijo de tu puta madre, nos vamos a coger a tu familia!* Posteriormente, algunos custodios se refinaron en sus comentarios y con los meses me volví invulnerable a sus agresiones verbales.

Meses después, las madrizas psicológicas y corporales me las aplicaron de manera estratégica.

Ellos llevaban un registro de mi condición física, de las rutinas de tortura y tenían conocimiento del grado de tolerancia de mi cuerpo para llegar hasta mi límite. Sabían mi resistencia cardiovascular y respiratoria para que en la tortura no me mataran.

Un reto propio que yo me planteé y que ellos desconocían, era que -ante los golpes- yo no me quejaba, claro que pujaba por los madrazos, pero no pedía que pararan, sería indigno para mí.

Con mi actitud yo les comunicaba mucho.

— *¡Bueno, porque este guey no se desmaya!*, comentaban.

En ocasiones yo tenía que fingir que efectivamente me desmayaba cuando no era así, ensayaba que sus golpes hacían efecto en mí. Así los llevé hasta mi propio límite.

— *¡Este guey ya se murió!*, yo escuchaba que decían después de una sesión de descargas eléctricas.

La frecuencia con que me aplicaban descargas eléctricas era usual en la mandíbula, era como el dolor de una muela prolongado a treinta segundos, ese umbral del dolor desmaya a cualquier persona.

Los electrochoques me hacían convulsionar, yo lo comparaba con las convulsiones de una persona enferma sólo que yo no me desconectaba de mí, al contrario, yo no perdía la consciencia.

Cuando veían que sus técnicas ya no les funcionaban conmigo, aumentaban la frecuencia e intensidad de los actos de tortura. Ellos cayeron en la cuenta de que estaban por matarme y no pretendían eso, sólo querían torturarme hasta que yo solicitara compasión. En la medida de su visión humana, uno de esos cabrones me dijo:

— *¡O estás loco, o eres un pendejo!, porque hay locos que no son pendejos. Pero tú eres un loco y estás pendejo.*

Tanto ellos como yo somos humanos, pero ellos trascienden a lo infrahumano, son seres sin sentimientos ni moralidad, son bestias.



El tormento es comunicable, cada orificio de mi cuerpo fue revisado, vejado, con cualquier objeto imaginable.

Antes de llegar al Penal del Altiplano, ya había perdido todo: familia, privacidad, intimidad, integridad física, y casi la integridad mental.

Me torcían mis manos y yo escuchaba cuando se desgarraban mis ligamentos y músculos.

Todo se volvió una rutina, yo solicitaba a mí mismo, *¡no me van a vencer, me tengo que levantar. Y tengo que demostrar que es una prueba de resistencia!*

Lo relativo a la comida fue otra forma de martirio, aunque a mí me daba risa. Me acostumbré a no comer por periodos largos; lo que me daban no era precisamente comida sino algo asqueroso. Un guardia me acercaba mi plato.

— *¡Órale, aquí tienes un taquito!*, pero resulta que venía lleno de gusanos y hasta cucarachas. A veces no tenía otra cosa que comer y lo hacía, yo me reía de la situación, pero me acostumbré y también me sobrepuse a ello.

En los primeros meses no tuve derecho a visitas. La Licenciada y una de mis hermanas fueron mis primeras visitas.

Una vez que construí la idea de la visita de un amigo, una amiga, un familiar, significaba una fiesta en mi mente, era como la rama que me sostenía del árbol donde me encontraba, cuando todo lo demás era desagradable y cruel.

Recuerdo que anunciaban una de mis visitas:

— *¡Ese Ignacio del Valle, tiene una visita!*

El proceso previo a una visita era, además de humillante, una revisión de más de una hora de espera, yo llegaba ansioso y predispuesto a disfrutar la alegría de ver a mi hermana en la sala de visitas, cuando ¡oh sorpresa!, la justificación de los custodios era la siguiente:

— *¡Ah nos equivocamos, no era para ti la visita!*, y me llevaban de regreso a mi celda. Ellos me querían vencer, pero ¡ni madres!, no dejé que pasara.

Mi compañero era mi reloj, siempre veía mi reloj en espera de que me llamaran para una visita. Alguna ocasión me pregunté, *¿crees que se equivocaron? ¡No!*

Ellos sabían que iba con mi esperanza y me castigaban de esa otra forma, allí dentro nadie da respuestas y yo sólo tuve que responderme muchas de mis preguntas.



No sabía lo que sucedía afuera. Las ocasiones en que tuve visitas, era un encuentro de diez minutos con mi familiar o amigo, esos minutos los disfruté como si fueran horas.

Esa decena de minutos me alcanzaba para llenar mi vida con ilusión de que saldría en algún momento.

Y como mi tiempo de visita era reducido, para ahorrarme tiempo yo tenía que decir en clave lo que se puede decir con veinte palabras normales.

Por ejemplo, con un simple un movimiento lateral de mi cabeza yo le preguntaba a mi interlocutor cómo se encontraban los miembros de la familia, o los miembros del Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra.

A todas mis hermanas les afectó, y la que me visitaba ya estaba traumada porque llegaba a verme enojada, enrabiada por la misma situación, y nos abrazábamos,

— *¡Hermana, no! No me expliques, gracias.* Todo en el interior del Penal es grabado, un sistema de circuito cerrado funciona las veinticuatro horas. Teníamos un gesto para que yo preguntara por América:

— *¿Cómo va América?, ah muy bien.* Entonces América estaba exiliada del pueblo y se encontraba escondida

porque tenía órdenes de aprehensión.

Cuando mis parientes me visitaban, los custodios se esmeraban en darles malos tratos. Mi hermana no quería cargarme con más situaciones de las que ya de por sí eran difíciles.

Cuando yo tenía más tiempo de conversar con ella, le pedía que me dijera todo lo que estuviera relacionado con mi proceso, con la familia, incluso le confesaba que estaba preparado para cualquier noticia, por supuesto no era así.

Después de esos cinco o diez minutos, tenía un cierto alivio; o saber que a pesar de que mi hermana llegó y no la dejaron pasar a visita, yo le mandaba saludos con alguien del personal.

De la misma manera, tenía derecho a una llamada cada mes de sólo diez minutos.

Yo podía hablar por teléfono a tarifas altísimas. A menudo, los guardias reducían ese tiempo a sólo siete u ocho minutos. Durante una llamada, yo me seguía hablando y los guardias ya habían cortado la conversación cinco minutos atrás.

La llamada más difícil que he recibido en mi vida fue estando en prisión. Tomé la llamada de mi hijo Ulises que es el mayor, él estaba en el hospital al



cuidado de mi padre Miguel.

Ulises podía escucharme pero no hablarme porque lo estaban buscando para aprehenderlo.

— *¡Ya estaremos juntos, no pasa nada hijo, voy a regresar!* Yo le comentaba para darle ánimos, pero mi interior estaba deshecho, fue el momento de mayor vulnerabilidad para mí.

Mi padre murió en ese hospital el 14 de junio de 2009, un año después la muerte de mi querido hermano Miguel, a quien tampoco pude ver en su lecho de muerte.

Por eso tengo un resentimiento muy grande y sé que permanecerá en mí. Debo controlar el odio que generé a raíz de los decretos, la represión y el encarcelamiento.

Esa prisión tiene varios nombres, del Altiplano, Almoloya de Juárez, La Palma, etcétera. Más que un Centro de Readaptación Social, es el centro de exterminio que se encuentra a mayor altitud en todo el país.

Mi celda era pequeña como el resto, de tres metros por dos, en el módulo tres, sólo yo cabía. La luz artificial siempre encendida en los pasillos y celdas dentro de la cárcel, lo que altera el reloj biológico del preso.

En los dos primeros años, no tenía derecho a salir al patio, era momento que a veces se presentaba un lienzo de luz natural que entraba a mi cuarto, ese pequeño haz de luz era mi vida, me causaba alegría porque rompía el esquema artificial de las lámparas.

También tenía una pequeña rendija que me servía, mientras todos los demás querían dormir y dormir, cuando había luna llena yo la aprovechaba para verla y a las estrellas.

Y al verlas yo me acordaba mucho de mi abuelo Alberto. Yo les comentaba a los otros compañeros de las celdas contiguas.

— *¡Compas, hay una estrella asómente!*

Los pajaritos empezaban a cantar desde las cuatro de la mañana, eso para mí era algo maravilloso escuchar el cantar de un gorrión. Una armonía que me hizo entender a los grandes músicos, con un solo canto de gorrión yo sentía que me liberaba.

Cotidianamente, no le prestamos atención a las cosas superfluas, cuando estamos en relativa libertad, se montan en nosotros intereses que no nos dejan ver lo demás, como el cantar o el vuelo de las aves.



Me exponía a mí mismo, si alguna vez llego a salir, lo primero que haré será pedir que me hagan unas tortillas a mano, o saborear un trozo de pollo de rancho; como un niño que va fincando su ilusión, yo me encantaba.

Regresaba a esa etapa de mi niñez, con mi abuelo y mis hermanos y primos. Yo disfrutaba ese ruido, ese cantar, esa armonía. Sólo así me daba cuenta del milagro de la vida.

Como una actividad para ocuparme de algo en mi celda, además del ejercicio, yo limpiaba ese pequeño espacio frío y gris.

Había días en que limpiaba mi estancia hasta cuatro veces, tenía un trapeador y agua. Sucedió como un milagro cuando recibía agua caliente, duraba unos cuantos minutos.

Mi asiento y cama eran de concreto, el encanto se rompía y yo regresaba a la realidad. Al mismo tiempo, sentía los ojos de los 10 o 15 monos que se paseaban encapuchados y con perros.

Una especie de molestia, me generaba la gotera al interior de mi celda; interminable, perturbaba mi paciencia. Caía en la cama de concreto donde dormía, ¡tac, tac, tac! En los años que estuve allí dentro, casi sentí volverme loco con la pinche gotita, además me

mojaba casi todo.

El Altiplano es un refrigerador, debido a la altitud del lugar una ráfaga de aire es como una navaja que hiere.

Por supuesto el clima fue un factor a dominar, yo no usé la chamarra que me proporcionaron adentro. Me levantaba a las tres de la mañana porque no podía dormir, me ponía a hacer ejercicio para mitigar el frío.

A las cinco y media de la mañana nos pasaban lista.

El uniforme que usé era color beige, no marrón. Me gustaba bañarme con agua fría y estar rapado, eso me hacía sentirme higiénico.

Ya disfrutaba todo eso.

En la celda platicaba conmigo mismo, con mi cuerpo; empecé a conocerme física y espiritualmente. Yo le decía a mis riñones, pulmones, músculos y huesos:

— *¡Aguanten cabrones, no pasa nada!*
Es increíble que inclusive yo platicaba con mi reloj.

Todo eso quedó grabado. Tal vez, la desesperación me hizo estar a punto de volverme loco.

Todas esas vicisitudes hacían implosión en mi mente. Sentimientos de frustración,



de desmoronamiento, de desilusión, era para volverme ido.

La solución más fácil era matarme; lo que mayormente me pasó adentro fue una rabia interminable, una impotencia total.

Todo ello me hacía salir del sentido común, hubo momentos que me despegué del ser humano, de Ignacio del Valle. A lo mejor conocí la locura.

Pero también tuve actividades que a mi modo fueron esparcimiento. De acuerdo al catálogo, yo llenaba una solicitud para pedir libros prestados y leerlos; pasaban la lista de los libros muy rápido y no tenía chance de leerla con más detenimiento, así que anotaba los que podía grabar con la memoria.

Fueron contadas las ocasiones en que me llevaban los libros. Uno de los castigos era precisamente cero libros. Yo leí cinco veces al Quijote, pero mi mente estaba en otra parte.

Otra prohibición era también el contacto físico con el resto de los internos, no se puede tocar a nadie, ni un estrecho de manos; en el patio era extraordinario un roce corporal mínimo con los compañeros.

Después de los dos primeros años de prisión, me integraron con la mayoría de

la población reclusa y podía disfrutar de 35 minutos de sol diarios.

Para entonces, yo sabía que había otros reclusos de Atenco allí dentro en El Altiplano, pero desconocía quienes eran, con excepción de unos cuantos. Reconocí a los demás miembros del pueblo por su acento, por su voz.

Yo no soy secuestrador, ni narcotraficante, ni delincuente, ni estafador, mucho menos asesino; soy un luchador social que defendió las tierras de su pueblo y por eso fui condenado a ciento doce años de prisión.

Y sin embargo, me tocó compartir prisión con los más peligrosos criminales del país. ¿Cuáles?

Daniel Arizmendi López “El Mochaorejas”, Mario Aburto Martínez, Osiel Cárdenas Guillén, dos de los hermanos Arellano Félix.

Sí tuve cierta fraternidad con algunos de los internos, había pláticas y ánimos; era una alegría ver a un conocido u otro cabrón allí. Como la mayoría de la población son ex narcotraficantes y ex secuestradores de alta escuela, no había forma de hacer amistad con ellos.

¿Qué les podía platicar al resto de los presos? Son personajes contrarios a mi moral y consciencia.



Pero no había de otra, me sentía como un conejito al que sacaban a convivir con una jauría de leones.

La mayor parte de los internos son del norte del país, su condición física es robusta. Algunos otros sí me respetaban, y sabían de mí.

Parte de la tortura era presenciar la tortura de alguien más, o por lo menos escuchar las madrizas que le ponen al otro. Cuando tuve sesiones de tortura, algunos de esos peces gordos estuvieron presentes y se dieron cuenta de mi grado de aguante.

Vieron de qué tamaño se guisaban las tostadas conmigo.

Los torturadores están siempre encapuchados, y uno está vendado de los ojos. En una de esas torturas yo quedé casi como borracho y le sonreí a mi verdugo, la chinga fue mayor después.

Al salir, uno de los peces gordos me dijo:

— *¡Jefe, usted va a salir de aquí, es mucha pieza para esos cabrones! Eso se lo digo porque, un narcotraficante cuando lo capturan, ya está cantando todo, echando de cabeza a medio mundo.*

Andrés Caletri me afirmaba:

— *¡Esos narcotraficantes se ablandan, no aguantan nada! Con Caletri nadie se metía, es de esos cabrones intocables y con los que no puedes ni discutir. Él me saludaba en el patio.*

— *¿Qué pasó Nachito?, me llamaba así por lo chaparro.*

— *Déjame decirte algo Nachito, aquí primero eres tú, luego tú y al último tú, no lo olvides. Un completo inhumano y egoísta excelso, tenía que serlo por las actividades que hacía afuera.*

Sólo coincidí en la sensibilidad humana con algunos internos, por ejemplo, con Caletri. Ese Andrés Caletri era un pinche pez gordo, de esas bestias que hacen maldad a otros niveles. Tuve una experiencia con Caletri.

En la tarde, los presos podían intercambiar objetos aprovechando el cambio de turno de custodios que era un momento de cinco minutos.

A mí me apalearon por culpa de Caletri porque el pendejo dejó caer accidentalmente un chocolate en el pasillo, entre su celda y la mía.

Caletri llevaba cuatro años sin tener una visita, y en esa semana él estaba esperando la suya, lo que significaba que si lo encontraban culpable de traficar con el dulce, le suspenderían



las visitas indefinidamente. Por eso digo que siendo como era, tenía sensibilidad.

Entonces, los custodios llegaron con los perros y nos desnudaron, preguntaron de quién era la barra de chocolate.

Empezaron por las celdas más alejadas y golpeando a uno por uno; desde luego que sabían a quién pertenecía el dulce porque ellos vigilaban desde El Diamante, la zona del circuito cerrado de televisión.

Terminada la inspección al resto de las celdas del pasillo, quedaban sólo la de Caletri y la mía. Nuevamente otro vigilante con la misma insistencia:

— *¿De quién es el chocolate?*

En los primeros dos años de mi reclusión ya me habían dado incontables friegas y sinceramente yo no tenía nada que perder con delatarlo. Como Caletri me había dicho anteriormente, yo tenía que ver por mí mismo.

— *¡A ver hijos de su puta madre!, sólo quedan ustedes dos, ¿de quién es el chocolate?*

Aquél día, el miedo más grande de Caletri era no mirar a su familia esa misma semana y sabía que no lo iba a lograr.

Y en ese momento Caletri estaba desde su celda mirándome, con la mirada me decía todo, faltaban tres días para su mentada visita y era muy importante para él; si yo afirmaba que le pertenecía el chocolatito, me atecía a las consecuencias.

Con la cabeza a media alzar también me le quedé viendo con una sonrisa y preguntándole con el pensamiento:

— *¡Qué pasó Caletri, no que muy machito!, ¿entonces qué, los tuyos o los míos?* Caletri se quedó pensando que él se iba a chingar.

Mejor yo respondí con ímpetu:

— *¡Es mío, ese chocolate es mío. Yo lo tiré!*

Caletri es moreno, pero con mi supuesta confesión hasta se puso blanco, pálido de la impresión. No esperaba que yo mintiera. Le había mandado un mensaje de que yo tenía más pantalones que él.

Entonces los custodios lo empujaron a su celda, lo aventaron porque sabían que Caletri era el culpable, siempre estaba castigado.

Con ello, los custodios nuevamente demostraron su extenso vocabulario.

— *¡Pinche masoquista, te gusta que te rompan la madre verdad!*



Después me llevaron al lugar donde me pusieron una madriza más.

Con los golpes siempre pujaba, pero jamás decía ya basta. Me tuvieron castigado durante dos semanas, posteriormente me regresaron a mi celda. Rememoro que iba pasando por los pasillos y los demás reclusos me gritaban:

— *¡A huevo Nachito!* Yo les respondía:

— *¡Ánimo mi compa!* Sólo por eso castigaron a los otros doce internos del pasillo.

Finalmente me regresaron a mi celda, cerca de Caletri. Se llegó otra vez el día y hora del cambio de turno y los minutos de intercambio de objetos y palabras. Fue cuando Caletri aprovechó para agradecerme:

— *¡Gracias Nachito, me cae que los tienes más grandes que yo! Déjame prometerte algo, si algún día llego a salir de esta pocilga....* Claro que no le hice mucho caso a su ofrecimiento y allí quedó la moraleja para ambos.

Se acercaba la visita de los obispos de Chiapas y Saltillo, Samuel Ruiz y Raúl Vera, además de Miguel Concha Malo, director del Centro de Derechos Humanos Fray Francisco de Vitoria.

Casi todo lo que me hacían allá dentro, se sabía por fuera, gracias a otros compañeros, Derechos Humanos y Amnistía Internacional supieron e intervenían para intentar visitarme, nunca lo consiguieron.

Ninguna otra institución del sector lo ha logrado. La visita causó revuelo.

Yo ya conocía personalmente a los dos obispos y a Miguel. Nos visitaron a Felipe, Héctor y a mí.

Ese día fue especial, el martes 21 de abril de 2009; hasta nos dieron de comer rico, todos en el Penal comieron pollo en mole verde.

Samuel, con sus lentes de fondo de botella me veía, yo no soy muy católico pero acepté su bendición, reconozco de quien viene. El más jovial de los tres era Raúl, me abrazó y me hizo el signo de la cruz. Los tres me abrazaron y preguntaron por mi estado de salud.

— *¡Oye, te vemos bien!*

— *Estoy bien,* les respondí.

Con sus abrazos sentí una calidad moral y de justicia. Yo sabía que además de pregonar la palabra de Dios, era buenos seres humanos.

Junto con la rabia, también la alegría me correspondía con su presencia.



— *¿Cómo están los presos de Texcoco?, pregunté.*

— *¡Están bien, también estamos con ellos!*

Les pedí que visitaran a los otros presos miembros del Frente de Pueblos que estaban presos en los penales de El Molino y Santiaguito.

Con Samuel platicué de los demás, acerca de las violaciones de mujeres y vejaciones hacia los miembros del pueblo. La visita de esos tres hombres tuvo gran influencia en el destrabe de nuestro proceso judicial y así después poder salir de la prisión.

Samuel ya se veía cansado, estaba muy viejo. Duró media hora su visita. Los tres entraron juntos y los tres salieron igualmente juntos.

En seguida nos regresaron a nuestras celdas y con ello retornó el trato diario.

Los primeros meses, yo no tenía derecho a tener hojas para escribir ni tinta o lápiz en mi celda. Encontraba la forma de conseguir las con alguien y de que ese alguien se encargara de sacar las cartas de la prisión; allá dentro siempre hay forma de conseguir casi cualquier cosa.

También tuve que aprender a desarrollar un sistema especial para escribir en clave, porque el personal de la prisión

lee todo lo que escribes y todas las cartas que recibes.

Afortunadamente, en ocasiones tuve la posibilidad de escribir en máquina, similar a la taquigrafía.

Ya cuando me permitían la comunicación epistolar, algunas veces salían, otras simplemente quemaban mis cartas. Legalmente estaban cometiendo una violación a mis derechos, pero yo carecía de algunos de ellos.

A veces me podía comunicar con mis compañeros Felipe Álvarez y Héctor Galindo que estaban en otro sector de la cárcel.

Me dieron la oportunidad de tener una carpeta de cincuenta hojas tamaño oficio y de raya. A mí me daban una hoja blanca cada quince días, no obstante yo veía la forma de conseguir más hojas blancas, llegué a tener hasta cinco hojas en una semana.

Le escribía a amigos, conocidos, y a otra gente que del mismo modo me escribía. Había desde la escritura burda, hasta la poética. En sus palabras, podía percibir los sentimientos de quienes me dirigían las cartas. Esas escrituras tenían un valor extraordinario para mí.

También les redacté a mis familiares y compañeras de Atenco, a las mujeres que fueron violadas durante la represión



del 3 y 4 de mayo de 2006. Escribí por ejemplo:

A MIS COMPAÑERAS. Desde este lugar nos ha tocado hacer trinchera. Sus muros, sus barrotes de acero, sus alambradas de cuchillas filosas y puntiagudas que pretenden aniquilar nuestro espíritu que se mantiene de pie, no se rinde y que jamás pedirá clemencia ni dará perdón a nadie.

Así nos impongan lo indecible como castigo; pues a cada golpe, nuestro corazón se vuelve de acero y no se rompe ni se opaca, al contrario brilla más.

Mi hermana, hija, compañera, madre, a ti mujer que has sostenido la mitad del universo.

Tu voz que se vuelve trino y relámpago de lluvia, que rompe mi semilla de amor por ti y en tus auroras tibias un beso te regala el sol.

Mi amanecer ya no es incierto, pues lo iluminas tú con tu rostro y tu sonrisa que se vuelven estrellas en mi

corazón. Tus manos alivian mi dolor y construyen la esperanza de futuros nuevos. A ti mujer, que rompes las noches con sollozos de tristezas por tu hermano, por tu compañero, por tu hijo, por el desaparecido, por el perseguido, por el masacrado, por el que está en prisión, ¡por tu pueblo! Nada alcanzaría para mitigar tu pena, para aliviar tu dolor.

Decirte que te quiero no basta, simplemente no sirve de nada porque tan sólo son palabras. A ti mujer, hermana, hija, compañera, madre. Nada tengo qué ofrecerte, porque nada encuentro equivalente a ti.

Porque tú representas todo.

Me escribía con Mumia Abu-Jamal, ex pantera negra y activista político estadounidense; él fue acusado del asesinato de un policía en Filadelfia.

Mumia, originalmente fue sentenciado a muerte en 1982, pero después fue revocada su sentencia y le dieron cadena perpetua. Nos hemos hecho amigos por medio epistolar. Aún sigo en contacto con Mumia.



Y cuando alguien me mandaba una carta, la leía tres o cuatro veces al día, casi la memorizaba.

Asimismo me gustaba dibujar con lápiz y bolígrafo, de un solo color y una sola tinta, puesto que teníamos restringido el acceso a más materiales. Por ello organizamos una huelga de hambre al interior del Penal e inició el 15 de octubre de 2009.

La situación era precisamente insoportable, entre el maltrato físico y psicológico, el robo de pertenencias y la destrucción de correspondencia.

Empero, además de denunciar los abusos por parte de las autoridades del Penal, hubo algo especial que yo pretendía con esa huelga.

Se trataba de la petición de suministro de materiales y utensilios necesarios para llevar a cabo actividades artísticas y culturales la interior del Altiplano.

Ya había talleres pero estaban suspendidos antes de que yo ingresara al Altiplano.

Uno de los grandes enemigos de los que están encerrados es el tiempo.

Así que la implementación de talleres diversos ayudaría a los internos a manera de una terapia ocupacional.

Teníamos que aprovechar el tiempo, alimentar nuestro espíritu creando, no sólo creando para que el tiempo pasara, sino para crear a partir de nuestros miedos y dolores, así se podía trascender en la prisión, a mí me funcionó y a otros compañeros también.

En conclusión, cuando terminó la huelga obtuvimos parte de lo que solicitábamos, no todas las peticiones pero si algunos aspectos. En el taller de pintura, yo llevaba las acuarelas y empezaba dibujar lo que la imaginación me permitiera.

El profesor de pintura era externo al penal, no podíamos saludarlo o tener otro contacto con él; tampoco le daba tiempo de asesorar a todos los integrantes del grupo, el maestro daba las indicaciones desde lejos, algunos alumnos hacían preguntas desde su lugar, a veces el contacto no era siquiera verbal.

En escasos momentos el profesor se dignaba a responder:

— *Le falta un poco de sombra aquí, concentra más color esta área.*

La actividad era una especie de escape a lo cotidiano. Cuando ocupé mi pensamiento en crear, me estaba liberando de tanta presión; al crear una simple línea o al combinar el verde con el azul y resulta un color marrón. Jamás lo había hecho en mi vida cuando



estaba afuera, en libertad, terminé por darme cuenta de esa filosofía allí en el Altiplano.

En instantes me ponía a filosofar, sobre todo cuando se iban algunos compañeros. Allí dentro, el índice de muertes y suicidios es alto. En los momentos más difíciles tuve que hacerme aliado del miedo y del dolor para que no me vencieran.

Debido a rumores internos, yo me enteré de que saldríamos. Finalmente salimos del Penal del Altiplano el primero de julio de 2010.

Aunque hay otra prisión de la que no saldré, es la consciencia; además de no haber estado en los funerales de mi hermano y mi padre, siento lapsos interminables de culpa por las violaciones de las veintiséis mujeres de Atenco, hubiera preferido vender mis tierras antes que permitir ese agravio contra mis compañeras.

Concluí que las leyes pierden su objetivo, pues su interpretación en varios casos, es hecha bajo el influjo de las pasiones y no de la justicia.

Ultimé que El Altiplano es una cárcel de exterminio. No hay que ir a Guantánamo o a Irak para ver las imágenes de tortura física y psicológica que conmovieron al mundo.

Sólo basta vivir en ese penal de máxima seguridad de Almoloya de Juárez para constatar que la tortura y la represión es algo que se sigue dando en México.

Con esa confesión, el autobús se sacudió, las ventiscas en esta región de Guerrero también soplan enérgicas.

Es momento que Ignacio regresa a su interior, a ese silencio de quince minutos que es conveniente a su dolor.

Las comitivas llegan a Chilpancingo a media noche; mientras que los diversos grupos se dispersan hacia otros rumbos de la pequeña Ciudad, la comitiva de Atenco se refugia en casa de Nicolás Chávez y se alista para partir por la mañana hacia Ciudad de México.

Antes de descansar, Del Valle lanza la última duda de la noche:

— *¿Cuál es la verdadera libertad?*

— *¿La libertad de estar afuera y permitir que atropellen nuestros derechos? O es la libertad de estar encerrado y tener autonomía del pensamiento.*

— *Pienso que estamos más aprisionados aquí afuera con los compromisos que tenemos.*

— *A veces son el dinero, el trabajo, o los hijos y las hijas nuestras*



preocupaciones, nuestras resignaciones. Y no me gusta que los que se juntan conmigo sean resignados, porque eso es conformismo, y esto último cobardía. Yo no me junto con cobardes.

— La libertad estriba en lo que nos llena, así sea bueno o malo. Resignarse es perder la libertad y yo me siento libre.

— ¡Bueno, ya duérmanse, al rato nos vamos temprano a México!



Apartado V

Toma este reloj, te lo doy

— *¡Nacho, si no lo hubiera visto, no lo creería! ¿Tú lavando trastes?, ¡déjaselos a Trini, que ella los lave!*

Así me comentaron Felipe Álvarez y Rogaciano un día que me encontraron limpiando el lavadero lleno de platos y vasos. Después de unos minutos les pedí que me ayudaran.

— *¡Felipe, ayúdame a secar los trastes para terminar rápido!*

Más tarde iríamos a un foro en la Casa de Cultura de Atenco. Ya me faltaba poco para terminar con la tanda de trastos cuando me di cuenta que el jabón ya no hacía espuma.

— *¡Nacho, usa Ajax, ese hace más espuma! Todos nos empezamos a reír porque Rogaciano, con ese consejo, confesó que también ayudaba en las tareas de su casa.*

Ayudar en las actividades del hogar es algo que recientemente he modificado en mi personalidad. Años atrás, lo más común era hacerme el hombre de la casa y no colaborar en nada. Precisamente ese ha sido un descuido que he venido arrastrando toda mi vida hogareña, la desatención del hogar.

En el plano familiar pienso que me ha ocurrido un poco lo que pasó con la familia de mi tío Odilón del Valle, ya que mis primas del Valle Vázquez ahora ni lo quieren recordar. Precisamente una de ellas, Esperanza del Valle Vázquez, fue la primera mujer en el mundo en recibir una bomba de corazón artificial el 8 de agosto de 1996 en Houston, Texas.

Cuando le preguntaron cuál era su nombre, ella se expresaba: soy Esperanza Vázquez. Entonces dónde quedó el apellido Del Valle. Diez de mis primas estuvieron en contra de la defensa de los ejidos, sólo dos apoyaron el movimiento del Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra.

Hablar de mi esposa María Antonia Trinidad es hablar de una mujer extraordinaria, ella mostró en plenitud el coraje y la voluntad para sobrellevar los momentos más difíciles que atravesó nuestra familia.

Los años que conocí a Trini mi esposa no podría olvidarlos. Fue a principios de la década de los años setenta, ella era mi gran amiga y Bertha ya se había alejado de mis manos.



Por aquellos años, América Latina era un hervidero social, cuna de guerrillas en Nicaragua y también en El Salvador, todavía resonaban las secuelas de Vietnam.

En 1972 hubo un terremoto que destruyó Managua, la capital de Nicaragua. Aquel año estuvimos dando talleres diversos en la Casa de Cultura de Atenco, allí conocí a María Antonia Trinidad Ramírez, mi esposa.

Nosotros abríamos la escuela primaria local en el turno de la tarde para impartir clases, y apoyados por compañeros de Chapingo y de la Escuela Normal de Maestros, proponíamos estrategias para mejorar la calidad de la educación regional.

Siempre he sido chaparrito pero con mucha suerte para las muchachas.

A Trini la conocí en el quiosco de Atenco cuando ella estaba con micrófono en mano solicitando a la comunidad que donara víveres, medicamentos y utensilios para apoyar a los hermanos de Nicaragua. Yo me acerqué hacia Trini y le pregunté:

— *Oye compañera, ¿puedo participar? ¿Aquí quién manda? ¿Seguramente tú eres la que organiza verdad?*

— *Aquí nadie manda, aquí todos nos organizamos y trabajamos. Me respondió muy segura.*

Entonces ella me pareció muy madura, y no pasaron ni quince días cuando ya salíamos como pareja, íbamos a los movimientos de la Universidad. Aunque la versión de Trini es un poco distinta a la mía, ella dice que yo le estuve rogando para que fuéramos novios y probablemente así fue.

Mi forma de ser le molestó mucho. Al principio le pedí que fuera mi novia y no aceptaba, finalmente aceptó. Después de cuatro meses nos juntamos en unión libre. Yo quise retomar los estudios universitarios pero ya venía en camino Ulises, nuestro hijo mayor. Trini y yo nos casamos en marzo de 1978.

Trini me dejó algo muy claro desde el principio:

— *No te preocupes Nacho, sé en lo que andas y yo te apoyo. No hay problema, no te sientas comprometido. Si te tienes que ir, adelante, yo te espero.*

Me dije que Trini era la mujer que yo quería como compañera. Y le cumplí porque yo tenía esa obligación.

Las friegas físicas y psicológicas han sido muy fuertes, al punto que apenas estoy cabildeando ciertas cosas.



Por eso me resigno a ver documentales o material relacionado al asunto de la expropiación. Desde que me liberaron en julio de 2010, y con el paso de estos últimos meses me he enterado de lo que yo desconocía en su momento.

Platicaba con Trini sobre algunos vecinos de Atenco que apoyaban la venta de las tierras, y que el día 3 de mayo de 2006 estaban en la refriega, se portaron valientes, eso es algo que yo no sabía. Cuando uno está en la ofensiva no se da cuenta de muchas cosas. Por ejemplo, conversando con otro miembro del Frente de Pueblos, él me exponía:

— *Nachito, a mí me dieron dos balazos y aquí estoy. No me arrepiento, sé que estuvimos a punto de dar el pellejo. Me dejaron medio muerto ese día del enfrentamiento, y cuando salimos de la cárcel no podía creerlo.*

— *Yo me enteraba que desde la prisión tú mandabas cartas pidiendo que no nos rindiéramos, que nos organizáramos, que defendiéramos lo que es de los nietos. Antes de los decretos, yo tenía problemas con el alcohol, los sigo teniendo pero ya los veo de otra forma. Antes, la batalla era en mi casa con mi esposa e hijos, ahora la guerra está fuera de casa.*



Ese hombre me regaló un cuchillo, es carpintero y no tiene fragua pero él lo hizo.

— *¡Quiero que te lo lleves Nacho!*

— *No, ¿cómo? Tú lo hiciste, le respondí.*

— *Sí Nacho, llévatelo, es para ti, úsalo.*

— *Sí lo usaré, pero sólo si es necesario. No para herir a nadie con ventaja.*

Hasta ayer me enteré que él tenía once hijos, terminamos de platicar con lo siguiente:

— *¿Y qué crees Nacho?, en esos días de enfrentamientos con los cuerpos policiales, los once miembros de la familia le entramos a fajarnos.*

La factura que está cobrando la gente de Atenco es muy fuerte. No tanto el dolor físico sino los daños que ocasionamos a nuestras familias sin quererlos hacer.

De forma sorpresiva, el inesperado sonido de algunos cohetones interrumpe la plática de Ignacio, es momento de abandonar la casa de Nachito para dirigirse al centro del pueblo.



— *¿Escuchaste esos estruendos? Son para llamar al pueblo a que vaya a la plaza principal, Trini está allá, vamos, ella sabrá contar mejor lo que pasa.*

Allí va Ignacio en las semejantes calles de Atenco, siempre en su vieja bicicleta e incorporado el machete al cinturón. Igualmente, el paliacate rojo aún aferrado a su cuello.

Podría afirmar que aquellos objetos son algunos de los escasos amigos con quien Ignacio del Valle comparte confianza. La bicicleta sigue siendo la misma, pero el machete presenta la empuñadura y hoja metálica nuevas, en una de las caras el color rojo asienta la advertencia, Si esta morena te besa, Pierdes la cabeza.

La gente, que sigue a la par los estruendos, se congrega poco a poco en la pequeña plaza. Al pie de la misma, escasos metros adelante de la religiosidad de este pueblo, los principales inmuebles presentan un deterioro visible.

Ignacio llega a las dos de la tarde a la cita que anunciaron los cohetes, y a continuación presenta su habitual saludo a la comunidad.

— *¡Allí está Trini por qué no vas a saludarla!*

Hoy no es día festivo de ninguna índole religiosa en San Salvador Atenco, el estruendo consecutivo de los cohetes revela ese otro lenguaje desconocido para aquellos que somos intrusos a esta comunidad.

La sonoridad de la pólvora percute especialmente en un letrero desquebrajado a medio oxidar que rotula en altas CINEMA DE ATENCO y que no tiene objeto alguno, pues tanto el cine como el auditorio local han dejado de funcionar desde hace varios años.

Trinidad también es bajita de estatura, de cabello lacio y corto. Es una de las mujeres fuertes de Atenco. Trinidad, esposa y compañera de Ignacio del Valle, da una explicación que sirve también de bienvenida.

— *Con el primer estruendo pretendemos enviarle un mensaje a las autoridades locales para que tengan presente que el Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra sigue vigente.*

— *Les exigimos que le permitan trabajar a los comerciantes ambulantes porque éstos se han visto afectados por las obras que se están llevando a cabo en el perímetro de la plaza principal. Con el pretexto de querer mejorar la imagen del pueblo, las autoridades sólo quieren desaparecer las fuentes de trabajo*



de estos hombres y establecer otro comercio que es ajeno a la comunidad.

Efectivamente, las obras peatonales circunvecinas al edificio municipal exhiben el rompimiento entre los pobladores y autoridad, distintos intereses pisan el mismo territorio. En general el aspecto administrativo del pueblo da rastros de olvido y recelo por parte de las autoridades municipales.

— El segundo sonido del cohete es otra advertencia para aquellos trabajadores de la Comisión Federal de Electricidad que tienen la orden de cambiar parte del suministro de energía y colocar medidores nuevos en algunos hogares sin que estos tengan contratos con esa empresa estatal.

Y así lograron persuadir a los seis electricistas de irse, cargaron con sus herramientas y volante en mano salieron a los pocos minutos. Al haber aclarado el abrupto sonido, Trini esclarece la tercera y última explosión de pólvora de la tarde.

— Hoy se presentará en la Casa de Cultura un pequeño libro que relata las experiencias de una compañera durante la represión de 2006 y su simpatía por nuestro pueblo. Sólo que hay que hacer un poco de aseo en el salón de usos múltiples y mi sobrina me ayudará con la limpieza. Por ese



motivo también se está convocando a la gente.

— ¡Nachito, puedes traernos un poco de agua para trapear el piso, por favor!

— ¡Sí, permíteme Trini, terminaré de atender a estos compas y en seguida voy!

Mientras Ignacio resuelve la petición, Trini aprovecha para platicar sobre el problema de Atenco en la vida de su familia.

Antes de empezar a tomar responsabilidad social con el pueblo, yo me dedicaba a resolver los problemas del hogar, trabajaba y cuidaba a mis hijos.

Inminentemente me integré a la lucha social junto con Ignacio y los demás integrantes del Frente de Pueblos. Uno de mis sobrinos participó y ayudó mucho a Nacho en los primeros años de la Defensa.

La Defensa de la Tierra representa los años más difíciles para nosotros como familia. Aunque no puedo decir si esos años hubieran sido mejores o peores si no hubiese ocurrido el plan de establecer un aeropuerto en esta región.



En 2001 y 2002 fue arduo debido a tantas amenazas que recibíamos. Hubo intentos de extorsión para que desistiéramos de defender nuestras tierras, nunca supimos las cantidades de dinero que nos ofrecían porque siempre las rechazábamos.

Los propios funcionarios del gobierno del Estado de México nos ofrecían la realización de obras públicas a cambio de ceder los territorios.

Yo respondía que hacían falta hospitales, escuelas, guarderías, centros de esparcimiento, etc. Pero las necesidades no estaban en negociación. Nacho señalaba, *¡si quieren diálogo, allí está el pueblo. Que se arreglen con él, no conmigo. Ya conocen mi postura, la tierra no se vende!*

Sobre todo en el 2006 yo me sentí más sola que nunca, Nacho ya estaba preso.

Yo recibía acusaciones por parte de miembros del Frente de Pueblos, principalmente eran los varones reprochándome por qué era yo la líder. Fueron varias las inculpaciones contra mí. Me inquirían ¿por qué sólo eres tú la que sale en televisión?

Yo les respondía que para eso había que asistir a las citas del movimiento y que acarrea una responsabilidad, el tomar un micrófono tiene un precio,

el dar entrevistas tienen otro costo. Así que sólo les escuchaba y los invitaba a participar conmigo.

— *¡Dense cuenta a dónde está América, Felipe, Ignacio, Adán! Están presos y por eso estamos luchando para que ellos salgan libres.*

No podíamos quedarnos callados sin denunciar. El mismo compañero que me reprochaba empezó a colaborar con el movimiento sólo cuando su esposa comenzó también a participar y apoyarnos.

A diferencia de Ignacio, a mí jamás me ha gustado la palabra líder. Nunca me he pronunciado como líder, somos parte del movimiento y claro que tenemos un compromiso y responsabilidad mayores, esa es la diferencia.

Hay que estar día a día en los compromisos. Yo sólo cumplo con las marchas, con los mítines, con los eventos, con los acompañamientos que me solicitan.

— *¡Trini necesitas más agua!, ése es Ignacio quien a la par del acarreo de agua se toma tiempo para participar en la charla de Trini y bromear.*

— *Yo, con el movimiento acarrea responsabilidad, y ahora sólo estoy acarreamo agua, pero no me quejo.*



Todo sea por ayudar.

Trini toma el trapeador y lo pasa por el suelo sucio, combina su quehacer con la plástica.

¿Cómo hacer para sobrellevar ese daño terrible que le ocasionaron a mi familia con la aprehensión de Nacho y de mi hijo César, con la necesidad de que mis hijos Ulises y América estuvieran escondidos durante más de cuatro años?

Y si en lo social había problemas, la familia no era la excepción. Ulises, mi hijo mayor, está divorciado, y ello fue consecuencia de la represión del 2006, cuando él era perseguido por las órdenes de aprehensión que tenía.

Los problemas que él tenía con su esposa se agudizaron después de esos eventos.

Hubo un momento en que la mamá de mis únicos nietos decidió separarse de Ulises y llevarse a los dos niños con ella. Mi nuera se sentía amenazada con una vida de persecución. Así que me lo dijo llorando:

— *Me voy a separar de su hijo, yo no quiero verme en su situación en unos años. No quiero vivir con alguien que va a estar preso por mucho tiempo y con mis hijos perseguidos por todo el*

país.

Yo tomaba toda la fuerza que tenía.

— *Mira Cris, cuentas con todo mi apoyo, y seguiré apoyándote con los niños. — Te pido por favor que esperes a Ulises, las cosas van bien con los amparos. Cuando llegué el amparo, él tendrá que regresar.*

Sin embargo ella resolvió separarse de mi hijo.

— *No, no quiero regresar con Ulises.*
Fueron más grandes los miedos de mi nuera y no los pudo controlar.

Yo apoyé su decisión y vi por mis nietos. Fue muy grande la preocupación de saber cómo estaban los niños y qué hacer para que no les faltara nada.

Ulises tiene 34 años, es padre de una niña de once y un niño de nueve. Él, ahora tiene problemas de alcoholismo y es propenso a desencadenar discusiones que le sirvan de pretexto e irse de la casa.

Después de regresar de su exilio, Ulises continuó con sus estudios y se recibió como Licenciado en Administración de Empresas. Ya está trabajando. Ocasionalmente, todavía le lavo la ropa a Ulises y César me lo reprocha.



— ¡Mamá!, ya no le laves su ropa, déjalo que él lave, ya está grandecito. O que le pague a alguien para que lo haga.

César también estuvo preso un año y medio en el penal de Texcoco. Yo lo entiendo porque no hemos tenido tiempo de sentarnos a platicar los problemas de nuestro núcleo familiar y solucionarlos.

César concluyó su bachillerato en el Colegio de Ciencias y Humanidades Naucalpan. Él estudia Economía pero no le gusta, dice que quiere ser Sociólogo, Nacho pretendió ser Sociólogo de joven.

Ahora dice que hará sus exámenes de ingreso a la UNAM y UACM.

Con César tengo discusiones debidas al dinero, la economía del hogar tuvo su declive en esta última década. César no cuenta con ingresos propios y ya quiere trabajar y comprarse sus cosas, pero no puede, o trabaja o estudia. Se desespera mucho mi hijo.

Yo preparo pollos enchilados a la leña, César me ayuda a venderlos. De lo que ganamos yo le doy algo para que se ayude con sus estudios, pero no puedo darle más porque ya no tengo de donde darle algo extra, no es posible. *¿No es verdad Ignacio?*

— Sí, así es. Contesta Ignacio atento a la afirmación. *Meses después de mi liberación, César me pidió prestado mi reloj porque él no tenía uno. Me lo quité de la muñeca y se lo di, como si quisiera resolverle a mi hijo todos sus problemas con ese simple regalo. El reloj es lo único que tuve conmigo en mi reclusión.*

— ¡Trini! Ahorita vengo, voy a conseguir unos elotes para repartirlos después de la presentación, tal vez Don Carlos me de unas flores para las damas.

— Está bien, pero no te tardes, todavía hay que acomodar las sillas y la mesa para los invitados. Van a venir varios de ellos desde México, tenemos que apurarnos.

Al igual que a Ignacio, a Trini se le aprecia muy activa, a primera vista luce cansada pero con mucho ánimo por cumplir con lo que ella piensa como sus obligaciones. Ahora el salón empieza a ser ocupado por los primeros asistentes, Trini solicita:

— *¿Pueden ayudarnos a acomodar las sillas por favor?*

Ignacio y yo llevábamos a América a marchas y manifestaciones desde que ella era muy pequeña. Cuando niña, le tocó vivir esa dinámica con los compañeros y repartir volantes o



a veces pedir cooperación para apoyar las movilizaciones. En reuniones de mi casa, América declamaba discursos.

América estuvo apoyando la segunda consulta del EZLN, y ha sido su trayectoria apuntalar la Defensa de la Tierra junto con Martita, Adán Pájaro y Felipe.

Ella tiene su problema de la titulación, por una u otra razón no ha sido posible que obtenga su título. Estudió Pedagogía en la Normal de Maestros. Antes de los decretos expropiatorios, América tenía sus ilusiones que fueron modificadas a raíz de las necesidades.

Nuestra vida como familia siempre ha sido muy inestable.

Ignacio tuvo el problema de alcoholismo y a mí por supuesto que me molestaba.

Si alguien le ofrecía a Ignacio una botella de cerveza, Ignacio no podía parar, terminaba con todo el alcohol que tuviera a la mano, lo cual causaba muchos problemas; a la pobreza, se anexaron las ofensas y discusiones cuando Ignacio estaba borracho.

Alguna ocasión, él estaba tomando con un primo y mi hermano, los tres se accidentaron en la camioneta. Mis hijos todavía estaban chicos y les tomó tiempo asimilar el accidente. Nacho no

tuvo secuelas que lo invalidaran, los demás tampoco.

Días después de su liberación en julio de 2010, yo le pedí a Ignacio:

— Por favor Nacho, sé que ahora que saliste tienes ansias de encontrarte con gente que no has visto, si bien no te visitaban cuando estabas preso. Te pido que no bebas, no tomes. Hay problemas que requieren nuestra atención, sobre todo con Ulises. Hay que dejar que Ulises se tropiece y reflexiones sus errores. Pero tú Nacho, no le des motivos para que se entregue al alcohol.

— Yo espero no volver a beber porque reflexiono todo el daño que he causado en el pasado, era su respuesta a mi petición.

Y no ha bebido, ni siquiera rompopé. Existe un aspecto de Ignacio que nunca me ha gustado, su dependencia que tiene de la mujer.

Cuando decidimos casarnos, yo había concluido la carrera técnica en Enfermería y empezaba a trabajar en un hospital del sector público, me ofrecían una plaza que finalmente rechacé porque Ignacio me pidió que no trabajara.



Yo acepté con la condición de que las dificultades los resolveríamos los dos sin la ayuda de las dos familias y sin la intromisión de las hermanas de Ignacio. Y los primeros meses los pasamos bien sin problemas.

Al principio vivíamos en casa de mis papás en Nezahualcóyotl, allí rentábamos un cuartito.

Tiempo después hubo una fiesta familiar en casa de Ignacio en Atenco y decidimos ir a la reunión. En la víspera de nuestro regreso a Nezahualcoyotl, aquel día se encerraron con él su mamá y sus hermanas, fue una plática a puerta cerrada. Después de esa plática, Nacho ya no quería regresarse conmigo al cuartito de Neza.

— *Vamos a quedarnos ocho días más aquí, en casa de mis padres.*

Y esa primera semana se convirtió después en un mes. Decidí reprocharle a Ignacio lo que yo pensaba.

— Ignacio, por lo que veo esto ya se acabó. Ya te gustó quedarte en tu casa, así que yo me regreso a la mía y tú te quedas en la tuya.

Tuvimos una discusión y terminó por convencerme para que nos quedáramos a vivir aquí en Atenco.

En una primera etapa de nuestro matrimonio, Ignacio era considerado conmigo, me ayudaba con algunos quehaceres del hogar.

— *No talles tanto la ropa Trini, no dejes tu vida en el lavadero. Tampoco la planches.*

Creo que Nacho tuvo mucha presión por parte de su familia para quedarse, él era el consentido y estaba acostumbrado al trato preferencial de parte de sus hermanas y mamá; mi suegro don Miguel, el padre de Ignacio era muy machista.

Los comentarios de mi suegro no nos ayudaban en nada.

— *¿Qué haces Ignacio?, deja de barrer. ¡Para qué te casas entonces, deja que tu esposa lo haga!*

Y de esa forma Ignacio cayó en lo que él ya estaba acostumbrado.

Eventualmente se volvió dependiente a raíz de que vivíamos en casa de su mamá y con sus hermanas. A partir de ese momento regresó al estilo de vida con el que creció. Supongo que se debe a que él fue educado en un ambiente patriarcal.

No obstante que lo quería mucho, yo le pedía a Nacho que nos fuéramos



de allí porque la convivencia con mis seis cuñadas y mi suegra era así insoportable.

— *Por qué está esto tirado, y por qué no está limpio aquello.*

Posteriormente tomé la iniciativa de trabajar y decirle a Nacho que nos quedaríamos definitivamente a vivir en Atenco pero que construiríamos nuestra propia casa aunque se tratara de sólo un cuarto. Con muchos sacrificios logramos empezar la construcción.

Ignacio tuvo varios trabajos y los abandonaba. Estuvo laborando en una fábrica pero no le pagaban mucho.

Mis cuñadas trabajaban en ambos turnos principalmente como maestras de educación básica. Ellas tenían la posibilidad de solventarse sus necesidades y frecuentemente me regalaban ropa y calzado que ya no usaban.

Eran vestidos y zapatos que sólo los habían usado una vez y ya no los querían. De esa forma me ahorraron dinero que yo podía destinar a la construcción de la casa.

Y con los años logramos construir lo que conforma actualmente nuestra casa, una sala, la cocina, un baño y tres recámaras.



Otra de las situaciones que le expuse a Ignacio cuando salió de la cárcel fue que yo ya no estaba dispuesta a que él no colaborara con las actividades del hogar. Fui muy clara e Ignacio aceptó, en eso Nacho ha mejorado un poco y a pesar de sus actividades fuera de la casa, se toma su tiempo para ayudarme.

Durante la estancia de Nacho en el Altiplano yo veía la forma de desempeñar los quehaceres de la casa pero también trabajar las tierras y cumplir con el compromiso de luchar por la liberación de nuestros trece presos políticos.

— *Por cierto, ¿alguien ha visto a Ignacio?* No ha regresado, así es Nacho, siempre se me escapa con cualquier pretexto, ha de andar con los compañeros arreglando otros asuntos.

Seguramente está tratando de arreglar la llave de paso de uno de los pozos de riego, creemos que alguien los está saboteando para intimidarnos, pero no vamos a permitir que eso pase.

Pero ello no es sólo ahora, por muchos años, antes de las expropiaciones, Ignacio se salía de la casa para hacer sus actividades sin considerar que en el hogar también había cosas importantes por realizar, como el problema del dinero, el dinero era y es problema en



la familia.

No sé de dónde saqué las fuerzas para hacer todo eso a la vez. Ahora estoy resintiendo las malpasadas de no comer y no dormir.

Algunos compañeros me ayudaban para sembrar las tierras de Santa Rosa. Inclusive conseguimos 20 mil pesos para sembrar con una nueva técnica agrícola que supuestamente daría más cosecha, pero no resultó la estrategia y perdimos la cosecha.

Fue cuando decidí comprar pollos y prepararlos en chile rojo y especias, cocerlos en leña para después venderlos y de esa forma ayudarme con los gastos de la casa.

A veces visitaba a algunos compañeros del movimiento en sus hogares, y ellos me invitan a pasar pero se apenaban por recibirme cuando estaban haciendo sus actividades domésticas. Pensaban que por ser esposa de Ignacio merecía un trato especial, lo cual no es así.

— *¡Que injusto lo de Ignacio! Vamos a la sala para que no le moleste el humo de la leña. Me exponían.*

— *No se preocupe, quiero que sepa que yo soy igual que usted, yo me crié con mi mamá y también aprendí a hacer las tortillas de esa forma.*

Me di cuenta de que la convivencia con la gente no se hace solamente con un micrófono, yo tenía que estar con ellos para que me apoyaran.

Después de incansables movilizaciones por echar abajo los decretos y hacer que se respetara la voluntad del pueblo, nos dimos cuenta que no sólo era la tierra, también había otros problemas que merecían atención, como el agua, la luz, la educación y la salud.

Había muchas dificultades, muchas banderas por las cuales exigir solución y seguimos coordinándonos como Frente y construyendo la organización que somos.

Actualmente, y junto con otras compañeras del Frente de Pueblos, estamos coordinando la instauración de una asociación civil de mujeres de Atenco para lograr recursos e invertirlos en las necesidades de la gente.

De pronto, el salón está pleno de gente de la comunidad y alguien comenta, ya llegó Nacho, allí está. Efectivamente, llega con dos grandes arreglos florales de los que extraerá algunas rosas.

— *Perdón por la tardanza pero no conseguía las rosas para recibir a la damas.*



El señor Del Valle comienza a repartir una rosa a cada mujer presente, no se le escapa la cordialidad con ninguna de las presentes. Y para los varones, Ignacio presenta un costal de elotes recién conseguidos en los campos de cultivo de Atenco.

— *Ustedes disculparan, pero como no conseguí más flores a los hombres les traje un elotito, aunque hubiera preferido ofrecerles algo más.*

Antes de comenzar con la presentación, Del Valle presenta a la autora del libro, *Relatos de la Resistencia en San Salvador Atenco*.

— *Quisiera que la compañera Maru, me aceptara este obsequio como símbolo de agradecimiento por preocuparse por los problemas de Atenco y su comunidad. Le doy uno de mis machetes, aunque gastado, conserva aún la simbología de lucha social.*

El regalo mismo es un convencionalismo que Ignacio practica como forma de reconocimiento y aceptación de la amistad de su destinatario. Sin mayor preámbulo, y después de la breve exposición de los motivos de la autora, la presentación del libro se nutre con los testimonios y anécdotas de los presentes. Al final del evento, Ignacio continúa con gestos de cordialidad.



— *Invito a todos los que nos puedan acompañar al bosque de los Ahuehuetes, allí les ofreceremos una pequeña comida, aunque pobre pero es muy nutritiva.*

Y los asistentes responden a la invitación.

En realidad, ya no existen ahuehuetes en Atenco, alguna vez los hubo robustos, ahora las cortezas de sus troncos yacen tumbadas y otras se mantienen erguidas pero huecas, no se resignan a ser olvidados. Sus esqueletos dan la bienvenida. Solitarios y viejos aún escoltan la entrada a los ejidos. Aquí se respira un fresco olor a hierbabuena.

— *Desde muy pequeño venía a correr con mis amigos a este bosque, ahora poco queda de él.*

— *Me resulta increíble pensar que antes de los decretos expropiatorios, en el año 2000, el presidente municipal de Atenco inició una supuesta "limpieza" del lugar, y mandó a derribar varios de los grandes ahuehuetes que se mantenían de pie desde hace cientos de años. Por supuesto que nosotros no permitimos ese daño a la naturaleza y paramos las obras.*

Mientras los comensales se sirven en medio del bosque, Ignacio hurga entre toda la maleza en busca de madera

que sirva para hacer una fogata. Afila el machete y lo prepara para rebanar trozos de madera que no esté húmeda y sirva de combustible para el fuego. Pronto la noche se acercará.

Terminado el banquete, es hora de despedirse de Ignacio y de los ejidos, pero antes es necesaria una última pregunta que persiga la congruencia de Ignacio.

Ignacio, ¿Qué viene para ti en los próximos días?

Estoy gestionando la posibilidad de abrir una clínica que ofrezca servicios de Medicina, Odontología y Psicología para la población de Atenco. El problema de la dentadura en la población está muy fuerte en esta región, sobre todo después de la represión.

En octubre pasado, fui a un encuentro en la Universidad Chapingo en el área de Sociología Rural, con la Maestra Ana López. Ella es fiel y leal a los principios del Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra.

Me recibió en un salón junto con las señoras Teresa y Gaby, miembros de una organización cercana al municipio de Atenco, allí, las señoras nos presentaron una propuesta de servicios odontológicos y médicos. Nosotros pondríamos el lugar y ellas



los servicios.

Pero mi respuesta fue determinante y la propuesta no prosperó. Era descabellada y sin lógica social, ya que pretendían que obtuviéramos recursos de partidos políticos y usarlos en beneficio de la asociación, además de querer cobrar los servicios de salud.

Mi posición fue que se trataba de ofrecer servicios esencialmente de carácter altruistas, y de ninguna manera obtener limosna de los partidos políticos. Como si no conocieran mi postura social.

Lo peor es que sé que me conocen y yo a ellas, sólo quieren obtener un beneficio particular con este proyecto.

Ya estamos a punto de despedirnos de los asistentes de este día. En treinta minutos iré a los ejidos, allí tendré una entrevista con Javier Salinas de La Jornada, dice que está escribiendo un libro sobre mí, lo mismo me dijo una mujer periodista que vino de Europa, ella hizo su trabajo en dos semanas, prometió regalarme una copia del trabajo pero nunca regresó.

Y la próxima semana viajaré a Guadalajara, con los compas de la cooperativa de Euzkadi, van a conmemorar el triunfo de su movimiento obrero y me invitaron.

En 2003, ellos se encontraban en un proceso de huelga con la empresa alemana, eran obreros y lograron un triunfo legal que les otorgó derechos y poder para administrar la empresa, ahora son llanteros.

El siguiente año empezará muy activo para los miembros del Frente de Pueblos, ya que en enero de 2012 nos visitará Jody Williams que fue premio Nobel de la paz en 1997.

En 2010, Jody vino en representación de otros once premios nobel de la paz, y trajo una carta firmada por cada uno de ellos, la cual fue entregada al gobierno mexicano exigiendo nuestra excarcelación.

Ese año Williams no pudo quedarse para vernos salir a mis compañeros y a mí del encierro, pero prometió que regresaría y sé que cumplirá.

También regresaré a Chiapas, pero esta vez viajaré solo. A veces es mejor así.

No obstante mis viajes, la lucha principal sigue estando en casa, la amenaza para Atenco sigue vigente, no se acabó con la derogación judicial de los decretos expropiatorios de 2001.



La Comisión Nacional del Agua ha comprado alrededor de mil 200 hectáreas con el pretexto de reactivar mantos acuíferos, pero no existen tales mantos.

Los acontecimientos nos llevan a tomar caminos distintos, pero yo he elegido éste, el de la lucha social y a pesar de las consecuencias aquí estoy, no sólo para denunciar la existencia de gobiernos represores en México sino también para enfrentarlos y pedir soluciones a los problemas de nuestra gente.



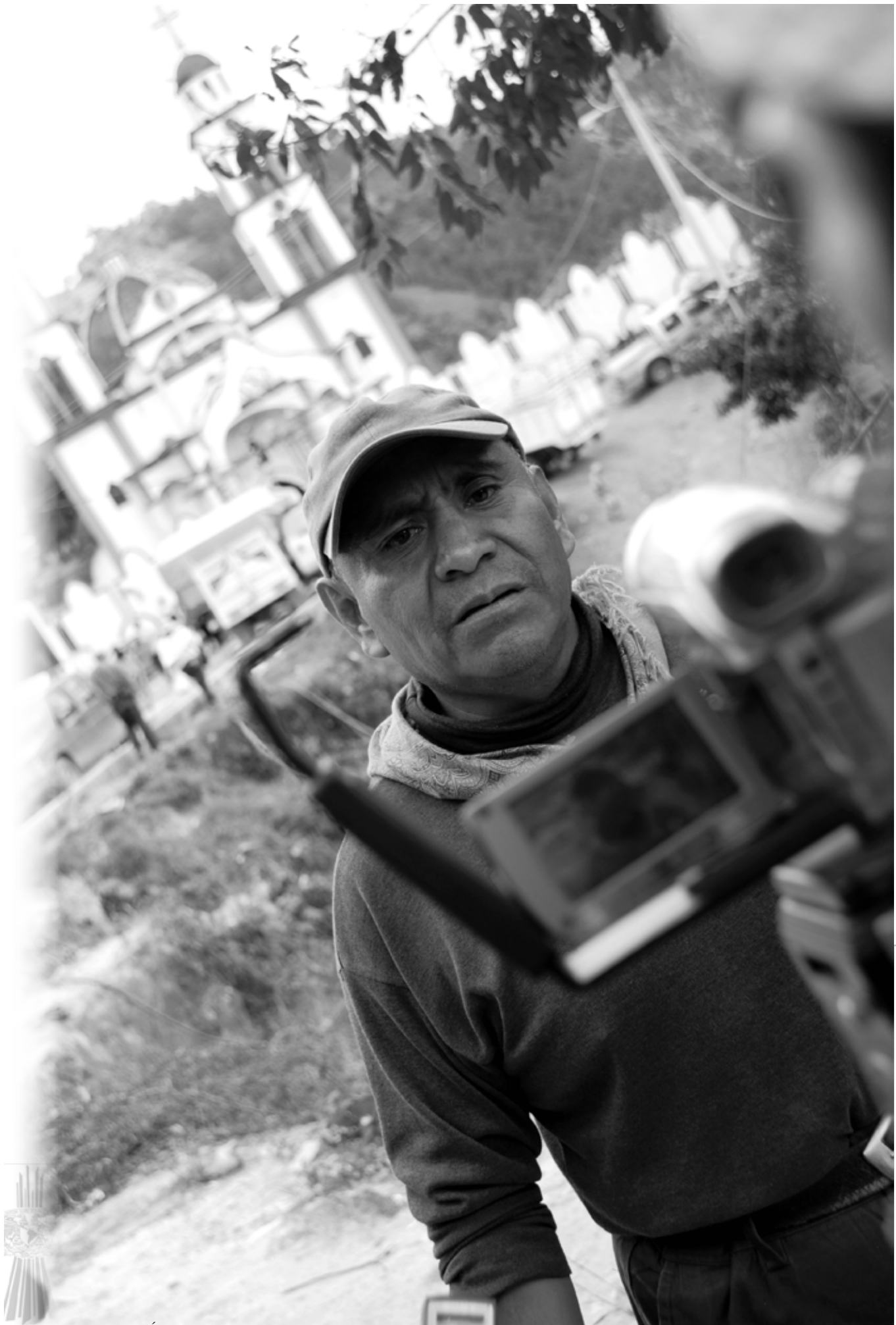


FOTO: JOSÉ VILLALOBOS

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Esta Entrevista de Semblanza a Ignacio del Valle, es el resultado de seis meses de trabajo, de julio de 2011 cuando decidí emprender este proyecto hasta enero de 2012 con la culminación de esta labor periodística.

Si bien seguí las recomendaciones básicas de los principales teóricos en el género de la entrevista, la realidad es que en la práctica, la entrevista de semblanza me hizo enfrentar y resolver desafíos no esperados.

Una de mis conclusiones que obtengo de este trabajo es que Ignacio del Valle no es personaje sencillo de entrevistar y no me refiero precisamente a la falta de disposición del periodista, sino al hecho de que hay temas que no aborda, como es el caso de su familia o de su vida privada.

Por ejemplo, el hecho de haberlo conocido desde un año antes del planteamiento del proyecto, no me ayudó en mucho al principio, no fue fácil conseguir hacerme de su confianza necesaria para desarrollar las sesiones de entrevista.

En los primeros meses, cuando le solicité su colaboración para la ejecución de este trabajo, el principal

reto fue no caer en la desesperación por la cancelación y aplazamiento para llevar a cabo la primera entrevista. Sin llegar a la persecución del entrevistado, después de dos meses de insistencia y de seguimiento de sus actividades, logré finalmente comenzar con la empresa de la semblanza.

Debido a su contexto como activista y luchador social, Ignacio es un hombre que cuida su seguridad y la de sus familiares y amigos más cercanos; si algún desconocido pretende acercarse a su vida privada, tendrá que resolver la forma de ganarse la familiaridad de Nachito, pues en su vida pública es relativamente fácil de encontrarlo y charlar con él sobre asuntos sociales.

Se puede afirmar que la agenda del señor Del Valle estuvo saturada de actividades diarias que también complicaron en cierto grado los encuentros con él.

Otro reto que se me presentó para satisfacer mis intereses y aquellos que de alguna manera también compensaran los del entrevistado, colaboré con él para conseguir los medios que permitieron la realización del viaje a la Montaña de Guerrero en octubre de 2011.



Sin esos medios, hubiera sido imposible ese viaje que fue muy importante en la obtención de información.

La solvencia de aquellos desafíos representó un avance importante para la conformación del cuerpo de este trabajo.

Es claro que seis sesiones y ocho horas de entrevista no son suficientes para hacer un bosquejo completo de la personalidad del entrevistado, como tampoco lo hubieran sido diez horas.

No obstante que se necesitarían incluso años para involucrarse directamente con el contexto del personaje de estudio, considero que logré el principal objetivo general planteado, que es el de adentrarme en la vida de Ignacio del Valle.

Un hombre que no sólo dedica su tiempo a las actividades agrícolas, sino que persigue las convicciones con que creció y que finalmente formaron su posición política, social e ideológica.

Para conocer la historia de vida de Ignacio, la entrevista de semblanza fue la modalidad periodística que me permitió lograr tal objetivo, pues admitió que se contara cómo es su personalidad, sus

rasgos físicos, su forma de ser, su visión del mundo, sus opiniones, y por qué él mismo es noticia.

Debo resaltar que se cumplieron en gran medida el resto de los objetivos particulares.

Así, los momentos de sesiones con Ignacio me permitieron construir un perfil biográfico de él mismo, basado en los datos y opiniones que él me aportó. Fueron diversos los pasajes de su vida, desde su infancia, repasando aquellos días en que emprendió la lucha por sus ejidos hasta los momentos de su estancia en el interior del Penal del Altiplano.

Determinar las razones que tuvo para rechazar la expropiación de su propiedad territorial en Atenco, era uno de los objetivos particulares más importantes que me interesaba, pues descifraría el cuestionamiento de por qué defender las tierras y no venderlas.

La iniciativa de Ignacio que derivó en la formación del Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra y así comenzar con el proceso de defensa de los ejidos de Atenco no fue casual. Desde muy pequeño experimentó un acercamiento con lo que él considera injusticias



sociales, lo que resultó en etapas posteriores en su involucramiento con distintos movimientos de protesta social y en distintos grados de participación.

Descubrí que su verdadero arraigo radica en la consciencia y memoria histórica de esos ejidos que son medulares en la vida de Ignacio. Con su abuelo Alberto Medina, él descubrió el valor productivo de la tierra y su estrecha relación con los demás elementos de la naturaleza. Aprendió el significado del sustento a partir de la actividad agrícola.

Con las anécdotas relativas a su tío Odilón, Del Valle reconoció el derecho de poseer tierras y pelear para conservarlas. Pero la posesión de los ejidos desde la segunda década del siglo XX no es un argumento suficiente para justificar la retención de los mismos.

Esas tierras representan décadas de trabajo que llevó a sus abuelos a volver productivos esos ejidos luego de que concentraban altas cantidades de sales que hacían insolvente la siembra y cosecha de diversos productos.

Su madre Dolores le enseñó a conocer el amor a la mujer, también a involucrarse en la ideología revolucionaria. Su padre Miguel le enseñó la importancia

del trabajo. Haber crecido y desarrollado la mayor parte de su vida en la región de Atenco también son justificantes. Esas tierras significan el patrimonio de sus hijos Ulises, César y América.

Conocer los rasgos distintivos de la personalidad de Ignacio y cómo estos influyeron en su imprescindible participación en los acontecimientos de Atenco, fue otro objetivo específico logrado. Del Valle es un hombre que le gusta la organización.

Es una persona prudente y crítico de su contexto social regional y nacional. Consciente, él es altamente participativo con los movimientos campesinos, obreros y civiles, la mitad de su tiempo lo dedica a estas actividades y el número de organizaciones con las que colabora también es diverso.

Pero no cualquier persona podría hacer lo que hizo Ignacio, defender su propiedad y resuelto a cargar con las consecuencias que tuvo, incluso el de afrontar la afectación a su núcleo familiar y vivir cuatro años en las condiciones de presidio.

Ignacio también es un sujeto de mucha valentía pero también de arrojo y entrega a su comunidad. Sabedor de que en un



problema que involucra a las autoridades y grupos de civiles, si el diálogo falla es necesario el enfrentamiento para presionar al aparato institucional.

Puedo afirmar que Ignacio es una persona que tiene pocos miedos y que no es fácil de atemorizar.

Su construcción ideológica desde muy pequeño, lo llevó a formarse con un perfil de corriente socialista, comprometido con la denuncia de los problemas colectivos. No es un individuo que se deje perturbar por las consecuencias que le acarren sus acciones como activista social, él no cede a nadie, persona o autoridad, ninguno de sus principios ideológicos.

Ignacio es un ser seguro de sí mismo; es amable, respetuoso y atento con las mujeres pero manipulador y mandamás con los hombres. Tengo que resaltar que en el plano público, Ignacio mostró virilidad, entereza y astucia; fue altamente comunicativo de sus experiencias y vivencias como luchador social.

Sin embargo, en el plano privado, más específicamente en el terreno familiar, se mostró extremadamente cauteloso y cuidadoso de mostrar sus sentimientos

y emociones.

Del Valle, simplemente hizo uso de su derecho de abstenerse a comunicar sobre su familia, posiblemente por temor a mostrar sus debilidades y a que considere como debilidad el exponerse sensible a los demás.

Es también una persona que desde niño ha gustado de la creación poética.

Con este trabajo periodístico, fue posible identificar los acontecimientos más importantes en la vida de Ignacio del Valle.

Asimismo fue viable conocer sus experiencias en relación con su formación como activista social, a saber de sus enfrentamientos con los cuerpos policiacos, incluso de conocer acerca de su encierro, que es precisamente el acontecimiento que mayor dolor le ha causado a Ignacio.

Con el cierre de este trabajo, remato para afirmar que Del Valle es un personaje lleno de anécdotas y de quién se podría escribir aún más con el uso de cualquier otra herramienta periodística.

También reconozco que la aportación de la entrevista que tuve con la señora María



Antonia Trinidad, esposa de Ignacio, hizo posible conocer un poco más de la vida familiar de ambos. Además de permitirme aseverar que Trini es una mujer sólida, sensible y ávida de solucionar los problemas sociales de las mujeres de Atenco, Trini es semejanza de Ignacio.

Concluyo igualmente que el señor Del Valle es un hombre de gran humanidad, porque es un hombre generoso y dadivoso, que comparte con los demás lo que sus tierras producen.

Es el líder social más importante de las últimas décadas por lo menos en el oriente del Valle de México, no sólo por sus labores sociales, sino por la congruencia que hay entre sus ideas y sus acciones. Hecho que confiesa su deseo de no traicionar nunca el arraigo a sus ejidos y a seguir peleando por que mejoren las condiciones de vida de los habitantes del pueblo de Atenco.

Del mismo modo considero que la labor de la entrevista de semblanza es una tarea ardua principalmente porque está sujeta al grado de apertura y disponibilidad del sujeto estudiado. Afortunadamente, Ignacio me comunicó en su mayor sustancia lo que yo pretendía obtener con el proyecto de investigación.





BIBLIOGRAFÍA

- Halperín, Jorge. *La entrevista periodística. Intimidades de la conversación política*, Buenos Aires, Editorial Aguilar, 2008, 288 pp.
- Marín, Carlos. *Manual de periodismo*, México, Editorial Random House Mondadori, 2006, 351pp.
- Pérez Miranda, Manuel. *La Entrevista de Prensa*, México, Asociación Cultural Carlos Septién García, 1986, 106 pp.
- Robles, Francisca. *La entrevista periodística como relato; una secuencia de evocaciones*, Tesis de maestría, UNAM, México, 1998, 138 pp.
- Rosas Vargas, Rocio. *Reparto agrario en San Salvador Atenco, Edo. de México, 1910-1940*. Universidad Chapingo, Estado de México. 2002

FUENTES VIVAS

- “Entrevista con Ignacio del Valle”. *Activista Social. Reunión grupal en los Ejidos de San Salvador Atenco, Estado de México.* 1 de julio de 2011, duración 120 minutos.
- “Entrevista personal con Ignacio del Valle”. *Activista Social. Casa de Ignacio, San Salvador Atenco, Estado de México.* 15 de septiembre de 2011, duración 101 minutos.
- “Entrevista personal con Ignacio del Valle”. *Activista Social. Foro Defensa de los Ejidos de Lerma, Toluca. Universidad Autónoma Metropolitana plantel Xochimilco, Distrito Federal.* 5 de octubre de 2011, duración 46 minutos.
- “Entrevista personal con Ignacio del Valle”. *Activista Social. Chilpancingo, Guerrero.* 14 de octubre de 2011, duración 185 minutos.
- “Entrevista personal con Ignacio del Valle”. *Activista Social. Evento XVI Aniversario de la Policía Comunitaria, Paraje Montero, Malinaltepec, Guerrero.* 15 de octubre de 2011, duración 25 minutos.
- “Entrevista personal con Ignacio del Valle”. *Activista Social. Chilpancingo, Guerrero.* 16 de octubre de 2011, duración 190 minutos.

- **“Entrevista personal con Ignacio del Valle”**. Activista Social. Casa de Ignacio, San Salvador Atenco, Estado de México. 10 de enero de 2012, duración 70 minutos.
- **“Entrevista personal con María Antonia Trinidad Ramírez”**. Activista Social. San Salvador Atenco, Estado de México, 10 de enero de 2012, duración 90 minutos.